



ELLA
me
PERTENEBE

LIA CARNEVALE

ELLA
ME PERTENECE

LIA CARNEVALE

Todos los personajes y eventos narrados en esta novela son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas es pura coincidencia.

Portada de Nory Graphic
Copyright © 2020 Lia Carnevale
Traducción por ElleBi translations

Una a una las noches,
entre nuestras ciudades separadas,
se suman a la noche que nos une.
(Pablo Neruda)

Capítulo 1

Alexander

Ciudad de México, 2007

En el momento en que me di cuenta de que mi vida estaba a punto de quedar patas arriba, fue cuando presioné el pie en el acelerador, la alfombrilla no detuvo el movimiento y el automóvil, un Chevy C2 de segunda mano, alcanzó los ciento cincuenta por hora.

Las calles de Polanco, el barrio más exclusivo de Ciudad de México, aparecían mojadas por una ligera lluvia.

El cielo estaba oscuro, el otoño ya había hecho su aparición. Bajé la ventanilla y respiré el aire perfumado de humedad; sin duda era mi estación favorita, suave, agradable, tranquila, tal como yo me sentía cuando estaba cerca de Ysabel.

No estaríamos solos nosotros dos, en pocas horas, tal vez minutos o segundos, seríamos tres: Alexander, Ysabel y Felicity, nuestra hija.

Nuestra familia.

Eran tan sólo las ocho de la tarde, por suerte, la hora punta había pasado, así que sólo había unos pocos autos en mi camino. Aparqué lo mejor que pude frente al hospital y salí rápidamente del pequeño automóvil que mis padres me habían dado tras de aprobar el examen de conducir. En ese momento, el teléfono comenzó a sonar, lo saqué mientras caminaba por la avenida hacia la puerta principal.

—Papá, he llegado. ¡Estoy entrando!

Lo noté molesto de la misma manera que percibí a mi madre cuando me llamó para decirme que Ysabel había comenzado el trabajo de parto.

—Esperamos noticias, chico.

Diablos, cuántas mujeres dan a luz hoy en día.

¿Por qué sólo había agitación en su voz?

—Claro papá —no dije nada más. Nadie apagaría mi alegría.

Me moría por ver a Ysabel, estar junto a ella, presenciar el nacimiento de mi hija.

¿Era feliz? Sí.

Superaríamos cualquier problema, derrumbado cada obstáculo. Tarde o temprano creerían en nuestro amor, sus padres, mi hermana, mi familia, todos.

Nadie nos separaría. Ahora menos que nunca. Estaríamos juntos para siempre. Serenos y unidos.

Me dirigía rápidamente al departamento de ginecología que la señora me había indicado en la entrada. El aire estaba impregnado de desinfectante, las escaleras llenas de polvo y los pisos cubiertos de manchas oscuras. La limpieza no era la mejor, aunque debería haber sido una prioridad, pero el hospital público no tenía fondos suficientes y, en cualquier caso, los que ingresaban allí eran demasiado pobres para fijarse en la suciedad.

Tenía la esperanza de que los padres de Ysabel elegirían una clínica privada para el nacimiento de su nieta. Yo no me lo podía permitir, pero ellos sí.

La familia Méndez se situaba entre las más ricas del mundo, podrían haber pagado cualquier cosa, pero estaban demasiado ocupados luchando contra nuestro amor para preocuparse por el lugar de mierda donde su hija estaba a punto de dar a luz.

Me pasé una mano por el cabello, alejé los malos pensamientos y me preparé para ir a la habitación donde la única razón de mi existencia pugnaba para hacerme más feliz aún.

Las luces iluminaban el largo corredor, el silencio era interrumpido por los gritos de una mujer: Ysabel.

Corrí hacia allí y cuando llegué a la entrada me detuve debido al grito que se escuchó al otro lado de la puerta.

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Debería haber llamado? ¿Entrar? ¿Por qué no había nadie allí? ¿No deberían las enfermeras hacer el turno de noche?

Decidí entrar, pero tan pronto como puse mi mano en la manija, se abrió.

¡Tanjia! la hermana de Ysabel me indicó que me corriera. La dejé pasar y cerró la puerta.

Tenía los ojos brillaban y sus labios temblaban. La miré confuso. Buscaba en sus ojos la alegría de quien acababa de convertirse en tía, pero no pude encontrar nada que no fuera... ¿dolor? ¿Enfado? ¿Miedo?

Se detuvo frente a mí, sus manos apretadas cerrando el puño.

—¡Es sólo culpa tuya! Maldito el día que entraste en la vida de mi hermana —dijo rompiendo a llorar.

La dejé a merced de sus emociones, porque no podía entender la razón de las lágrimas. Un indicio de desesperación se abrió paso en mi cabeza, borrando la euforia que lo ocupaba.

¿Qué demonios estaba pasando?

El silencio se adueñó de todo, tanto, que podía sentir mi corazón latir más rápido.

Fue en aquel momento que la puerta se abrió...

Fue en aquel momento cuando vi el cuerpo del amor de mi vida cubierto por una sábana blanca...

Fue en aquel momento que el médico me informó que habían muerto...

Muertas...

Ambas.

Caí sobre mis rodillas, llevé mis manos, manchadas de la grasa que distinguía a los mecánicos de los otros trabajadores frotándome los ojos, esperando que una vez abiertos descubriera que era sólo un mal sueño. No fue así. Ya no fue nada más.

Mi vida perdió el rumbo.

Se perdió en medio de la nada.

Capítulo 2

Nueva York, 2019

Salí de la limusina que me había llevado al enésimo evento organizado específicamente para personas con cuenta bancaria de seis cifras. Al menos una vez a la semana me veía obligado a asistir a estas *fiestas*, donde la caridad se usaba como excusa y el objetivo principal era aparecer en escena.

Alisé la chaqueta negra de Armani y me preparé para atravesar la alfombra roja entre los destellos de periodistas y la gente común que esperaba la llegada de algunos VIP que realmente importaban.

Siempre me preguntaba qué coño hacía en ese lugar.

La respuesta era siempre la misma, simple y objetiva: nuestro bufete de abogados estaba a la vanguardia en las donaciones a los más pobres. Gracias también a ellos, estábamos consiguiendo más y más clientes.

Publicidad.

Era sólo una forma egoísta de publicitarnos.

Simon caminaba a mi lado. Cruzamos entre la muchedumbre con paso rápido, algunos fotógrafos y periodistas intentaban detenernos y hacernos algunas preguntas, pero los ignoramos, como siempre, claro.

Quienquiera que hubiera organizado el evento no escatimó en gastos, la mesa estaba cargada de caviar y champán, una de las bandas de rock más populares alegró la noche y para terminar las cifras que se recaudaron superaron con creces las expectativas de cada presente.

Aparentemente todo era perfecto.

Exacto, sólo aparentemente.

Me gustaba mi trabajo, ir a los juzgados, ganar un caso, emitir una factura y recibir el pago; quería limitarme a eso.

Me hubiera encantado sin todas aquellas putadas.

—Parece que Sophie y tú estáis pasándolo bien esta noche. —La voz de Simon me obligó a apartar los ojos de la mujer que acababa de nombrar.

No le respondí, volviendo a mirar a mi compañera de juegos.

—¿Tarde o temprano sentarás cabeza? Sophie es inteligente, podría ser la ideal.

—¡No! —dije con firmeza. Terminé de beber champán y fui hacia la mujer que aliviaría otra noche de insomnio.

No había lugar en mi vida para nadie... y mucho menos para una mujer.

Lo tomaba todo.

Cada suspiro Cada respiración. Cada gemido. Luego me marchaba. Ese era yo.

Este era yo. En el trabajo. En la vida privada. Con personas.

—Alex, te ruego...

—¿Qué pasa Sophie? ¿Por qué estás rogando?

—¡Oh, Dios! —Eché la cabeza hacia atrás, dejándome libre acceso a su garganta.

Su piel era suave, blanca, delicada. Le habría dejado una marca, como cada vez que la follaba.

—Más fuerte. —Se aferraba a mis hombros y agarraba mi cabello, llevándome al centro de su

placer. Era su instante favorito.

Pasé mi lengua sobre su clítoris, lentamente, justo como a ella le gustaba, la penetré y luego volví a lamer.

Me di cuenta de que estaba a punto de correrse cuando sus músculos comenzaron a contraerse y los gemidos se volvieron más fuertes. La dejé alcanzar el éxtasis y, en el mismo momento en que terminó, comencé a arremeterla contra la pared de la entrada de su apartamento.

La penetré más profundamente, arrancándole un grito que rápidamente rompí con un beso.

Un beso que no tenía nada que ver con la dulzura, con el amor.

Después de todo, yo no era delicado, gentil.

Me gustaba follar

Me gustaba el sexo sucio, áspero y vulgar porque así me hacía sentir cuando terminaba. Sophie había sido la única mujer capaz de darme el mínimo de placer esperado en un polvo. Por eso se había convertido en mi entretenimiento permanente, a pesar de que ella estaba empezando a pedir más.

Y esto me cabreaba.

Ella sabía que no le habría dado lo que quería, ni a ella ni a ninguna otra.

Me separé de su cálido cuerpo. Sonreí traviesamente frente a su expresión enojada.

Tenía hermosos ojos verdes, fue justamente su magnética mirada lo que atrajo mi atención y provocó el deseo de quitarle las braguitas de primera vez.

Miré el cuerpo curvilíneo envuelto en el exiguo vestido púrpura, usado para la fiesta de cumpleaños de Simon esa noche; Su falda quedó retorcida alrededor de su plano estómago, sus braguitas yacían en el suelo junto a mis pantalones.

La giré bruscamente contra la pared y la penetré.

Empujé fuerte, entré hasta que golpeé mis bolas en la piel sudorosa. Dentro y fuera, un movimiento mecánico, rápido, instintivo y natural. Unos pocos empujones y la saqué, me alejé y me vacié en su piso. Estaba sin aliento, sudoroso y aunque en apariencia parecía satisfecho, siempre sentía aquel vacío.

Un vacío que me acompañaba ya durante años.

Me detuve por un momento para recuperar el aliento, recogí mis pantalones y me los puse. Miré a Sophie y le sonreí. No quería que ella pensara que no era suficiente, no se lo merecía, el problema no era ella, sino yo.

Se bajó el vestido y se acercó. Me quedé quieto y dejé que acariciara mi mejilla.

Sophie era una de esas hermosas mujeres con todo cuesta arriba.

—Vamos a la cama —susurró agarrando mi mano.

—¡Sophie! Mi tono sonó a advertencia. Pretendía ir más allá y como siempre, tenía que ponerla a raya, así que me liberé de su agarre y continué vistiéndome.

—Alexander, hemos estado teniendo sexo durante meses. Follamos y tú te marchas. ¡Estoy harta! Quiero más y si no estás dispuesto a dármelo, sal por esa puerta y no vuelvas.

Parecía segura, pero sus ojos brillosos traicionaban sus palabras.

Terminé de abrocharme el cinturón del pantalón y tomé su barbilla, trasladando nuestros ojos al mismo nivel.

—Siempre he sido claro contigo. No quiero emparejarme, no lo busco y nunca lo buscaré. Si ya no estás dispuesta a verme, lo acepto.

La dejé ir y esperé a que seacara la lágrima que mojaba su mejilla. No sé qué reacción me esperaba, seguramente había sido un imbécil al hablarle así.

—Sólo te estoy pidiendo que lo intentes. Sólo eso Alexander. Me lo debes.

—No te debo nada. Lo que acabamos de hacer fue buscado y deseado por ambos. No estoy en deuda contigo —dije dirigiéndome a la puerta y la abrí.

—¡Alexander! —Llamó de nuevo, pero no me di la vuelta. No podría, la habría vuelto a ilusionar.

Le dije adiós en silencio, como había hecho con todas las demás antes que ella.

Capítulo 3

Nueva York estaba cubierta con un ligero manto blanco. El invierno había entrado dominante abriendo la puerta a temperaturas heladas.

Miré hacia el cielo, el gris de las nubes todavía anunciaba nieve, tal como Katy había dicho. Curvé mis labios en una sonrisa traviesa ante el recuerdo de ella y su lengua, ciertamente no sólo era buena presentando el pronóstico del tiempo en una pequeña televisión local, sabía hacer mucho más. Había sido una lástima haber tenido que terminar nuestra relación hacía más o menos un año, pero su esposo no se alegró de descubrir la traición. No la extrañaba después de todo, no extrañaba a nadie, ni siquiera a las personas que me criaron.

Tiré de los cordones del cuello de mi rompevientos, protegiéndome la garganta del frío. Me puse los auriculares con Wi-Fi, subí el volumen del teléfono, lo guardé en mi bolsillo y comencé a correr.

Eran aproximadamente las siete, Times Square estaba lleno de gente. Aunque odiaba el bullicio y los ambientes demasiado concurridos, no quería renunciar a ese sendero, que se había convertido en mi mejor hábito. Durante ocho millas me sentía libre, dueño de mí mismo, lejos de los compromisos laborales que machacaban mi la vida.

Aceleré el ritmo, pasé la línea de autos y llegué al muelle que bordeaba el río Hudson.

La vista desde esta parte de Manhattan era magnífica, los botes iban y venían desde Battery Park, las ventanas de los rascacielos y las luces de Nueva York se encendieron iluminando la inmensidad de esta ciudad, convertida ya en mi hogar desde hacía ya cinco años.

Subí el volumen de la música, Oasis cantaban: *Don't look back in anger*; aumenté la marcha, sintiendo las primeras gotas de sudor que recorrían mi cara y los copos de nieve que comenzaban a caer. Me perdí en las notas musicales, llevándome al pasado: la llegada a Londres, las piezas de mí mismo a recoger y volver a armar, después de cerrar con mi pasado. Recordé la desesperación por mi alma, la de mis padres, mis amigos, los había arrastrado al Viejo Continente, a la casa de mi abuelo.

El rígido abuelo viejo y poderoso.

No conocía la historia de mi familia, no sabía que mi madre había sido expulsada de casa por su matrimonio con mi padre, un simple jardinero mexicano.

Se conocieron en el metro, ella era una muchacha que estudiaba en Cambridge, él buscaba suerte en la gran metrópoli. La única *suerte* que tuvieron fue de enamorarse, luego nada más, además de mí.

Un embarazo ocurrido por casualidad y la ira de sus padres la obligaron a mudarse después de mi nacimiento. Los gastos se habían vuelto insostenibles para mis padres y no podían contar con ningún tipo de ayuda, a pesar de las malditas riquezas de mis abuelos. Sólo más tarde mi abuelo se arrepintió. Recordaba perfectamente el día que se presentó ante nuestra puerta. Mamá lo dejó entrar, después de todo ella siempre había sido una buena mujer, unida a la familia. No olvidaría cuando lo vi por primera vez, envuelto en un lujoso traje y en su muñeca un reloj que costaba más que nuestra casa.

—¿Quién es mamá? —pregunté.

—Tu abuelo —respondió.

Yo tenía diez años y la edad suficiente para hacerme algunas preguntas

¿Por qué estaba él aquí?

¿Por qué lo veía ahora, por primera vez?

Mi madre respondió a todas mis preguntas, y también me contó que nuestra vida no cambiaría, que, aunque lo había perdonado, no aceptaría nada de él. Por eso había rechazado su dinero. Se había negado a regresar a Londres.

Quedamos en el sur de México hasta mis quince años, nos vimos obligados a mudarnos porque mi padre no había podido encontrar un buen trabajo y eligieron Ciudad de México como destino... y conocí a Ysabel.

Mis padres trabajaban para su familia, cuidaban su hogar mientras que mi deseo, tan pronto como la vi, fue ocuparme de ella.

La canción fue interrumpida por el sonido del teléfono, presioné el botón conectado al auricular y, sin disminuir mi ritmo, respondí.

—¿Qué carajo estás haciendo? ¿Me contestas mientras follas? —La voz divertida de mi primo sonó al otro lado del receptor.

—No hace ni media hora que te dejé en la oficina, Brian, ¿qué es lo que quieres todavía?

—Estoy abajo de tu casa, si no estás teniendo sexo ven a abrirme.

—No estoy en casa y repito, ¿qué quieres? —No tenía intención de detener la carrera, lo que fuera podía esperar.

Tengo un caso urgente que discutir contigo. Se trata de un asunto delicado y preferiría hacerlo en la cena, en tu casa, en compañía de una buena botella de vino.

Suspiré exhausto y molesto por esta invasión en mi privacidad, pero sabía que cuando Brian quería hablar conmigo sobre algo “a solas” sin duda era muy importante.

—200 Grand Street, hay una excelente tienda de vinos, encárgate tú yendo a comprar vino, no está lejos de allí; nos vemos en casa en treinta minutos, puedes decirle a Carl, el conserje, que te permita entrar en el apartamento.

Lo escuché objetar, pero colgué antes de que pudiera terminar la frase.

Lo hubiera escuchado, pero no ahora. Ahora tenía que disfrutar mi *libertad*. Algún rincón donde la sensación de ser absorbido por el mundo desapareciera.

Media hora más tarde volví a mi departamento, el calor de la calefacción me sacó el frío punzante.

Me quité la chaqueta mojada de nieve y caminé hacia la sala de estar, Brian estaba sentado en el sofá de cuero negro con la cabeza de Dark apoyada sobre sus rodillas. Tan pronto como me olió el Rottweiler de poco más de cuarenta kilos, levantó las orejas y vino a mí en busca de atención. Me agaché hasta su nivel y acaricié su cabeza.

Dark había sido el único que logró abrir una ventana en mi corazón, había conseguido mi afecto obsequiándome el suyo, confiaba ciegamente en él, tal vez él era el único que tenía mi estima al cien por cien.

—¡Brunello di Montalcino! —exclamé alejándome de Dark, que rápidamente me siguió jugueteando entre mis pies y me acerqué a mi primo. Tomé la botella de sus manos y la llevé a la altura de la vista.

—Añada del 1962, te ganaste una hora de mi tiempo. Voy a ducharme, tú mientras pide la cena —dije dirigiéndome a la cocina abierta y puse la botella en la mesa hecha de ébano negro.

—Ya está hecho, dos filetes poco hechos con guarnición de ensalada mixta.

—Genial —dije mientras me dirigía al baño.

Me quedaba claro que Brian estaba a punto de tirarme una papa caliente, uno de esos casos en los que se arriesgaba no sólo su reputación, sino algo más, le gustaban los desafíos imposibles. A ambos nos gustaban.

Estaba dispuesto a escucharlo y por qué no, ayudarlo si podía. Él me había salvado de mí mismo, del agujero negro donde me había lanzado de cabeza.

Conocí a Brian apenas llegué a Londres. Había salido de México inmediatamente después del funeral. Había llegado al viejo continente gracias a los ahorros que había guardado. No tenía la mente despejada, no razonaba bien, pero sabía que quería olvidar. Estaba buscando algo que alterara mi vida, que no me permitiera pensar, así que decidí ir con mi abuelo. Brian me estaba esperando junto a sus padres. Al principio me dejé cautivar por los placeres que me ofreció la metrópoli y él fue el único que no juzgó mi vida enferma, compuesta de alcohol, sexo y drogas.

Él llegó hasta el fondo... Hasta descubrir el fardo que llevaba cargando.

Gracias a Brian, a su terquedad, a la seguridad que enriquece a su persona, que empecé a pensar que aún podía sobrevivir, no vivir, eso nunca ocurriría.

Cuando mi abuelo decidió que tenía que regresar a México, mi primo le ofreció un acuerdo: me graduaría en derecho, como él, como casi toda mi familia materna. Después de todo, era lo que siempre quise. Mi destino era convertirme en abogado.

Inicialmente me negué, tal vez por orgullo o falta de confianza en mí mismo, pero sabía que volver a México sería como morir de nuevo, así que lo hice, me inscribí en la Universidad de Oxford, me gradué con honores y me convertí en un ilustre abogado, lo más probable es que tuviera esta vocación escondida en el ADN.

Durante un caso conocí a Simon, aunque perdí la causa, él me pidió que fuera socio minoritario de su bufete de abogados y me mudara a Nueva York; le respondí que sí, con la condición de que Brian viniera conmigo, él también estaba cansado de Londres e igualmente tenía sus fantasmas de los que huir y ambos aceptaron sin impedimentos.

Hoy, a la edad de treinta y siete años, soy miembro asociado de uno de los bufetes más prestigiosos de los Estados Unidos.

Salí de la ducha, me sequé y me puse los pantalones de deporte. Llegué a la cocina y encontré a mi primo poniendo la mesa.

—¿Tomas alguna pastilla para hinchar los músculos? —preguntó divertido mientras colocaba un vaso sobre la mesa.

—Deja de decir tonterías y háblame del caso —interrumpí mientras agarraba el cuenco de Dark y vertía las croquetas.

Cuando volví a mirar a Brian, se estaba masajeando la mandíbula.

—¿No quieres esperar a cenar?

—No.

—De acuerdo —respondió aprontándose para abrir el vino; lo sirvió en dos vasos y me entregó uno.

Se acercó a la gran ventana que daba al horizonte de Manhattan y lo escuché suspirar.

Estaba haciendo tiempo.

Me puse nervioso, pero había aprendido a manejar mis emociones, así que me senté en el sofá y le dejé suficiente tiempo para preparar su arenga.

—Conocí a una chica.

—Interesante —murmuré.

—Déjame hablar. Es difícil para mí pedirte esto...

—Continúa entonces.

—Se llama Erika y es mexicana —con aquellas palabras me hubiera gustado cerrar la conversación—. Tiene un permiso de residencia vencido y...

—¿No me digas que montaste todo este teatro para pedirme que obtuviera su permiso y salvarle

el trasero? —pregunté irónicamente.

—Yo también puedo hacer esto, Alex, es decir, lo hice. YO...

—¿Te acuestas con ella?

—Sí, me acuesto con ella.

—Bien, continua.

—Ella, como tú, ha perdido a su hijo recién nacido —disparó la bala tan rápido que llegó directamente a mi pecho.

—¿Qué quieres de mí, Brian? —dije, pues era un tema tabú que quería terminar lo antes posible.

—Cuando estábamos en Londres, en una de esas tardes donde el alcohol y las drogas te habían dejado tirado como un trapo, siempre repetías un solo nombre: Hernández. Murmuraste palabras sin sentido, asociaste la muerte de Ysabel con este nombre. Bueno, mencionaste exactamente el mismo nombre: Juliano Hernández.

Recordaba perfectamente quién era, tenía la cara grabada en mi mente como si lo hubiera visto el día anterior.

Quedé en silencio, haciendo señas a Brian para que continuara.

—Él la ayudó a parir, pero, aunque el bebé estaba vivo al nacer, murió unas horas más tarde. Al menos eso es lo que el médico le informó. Ni siquiera le mostró su cuerpo.

Conocía bien el procedimiento, ni tampoco a mí me habían dejado despedirme. No sirvió destruir la puerta y golpear a un enfermero. Sólo había pasado una noche en el calabozo por aquello.

—¿Entonces?

—Lo hace como negocio. Le pagan para hacer desaparecer a los niños —afirmó. Un nudo apretó mi estómago y me dio arcadas—. Sé que es difícil para ti, Alex. Tal vez no sea el mismo hombre que ayudó a Ysabel, tal vez sea otra persona, pero ella quiere ir al fondo de esta historia y yo también. Conoces Ciudad de México, tu familia vive allí... además Erika tiene... tiene un testigo.

—Entonces no es difícil ganar el caso, con el testigo tiene la oportunidad de demostrar lo que dice, tú puedes ocuparte de eso ¿Qué tengo que ver con eso?

—Ese es el problema, ella no quiere hablar.

—Brian, ¿qué mierda me preguntas? No he pisado México en doce años y no voy a volver.

—Alex sólo tienes que convencerla para que hable.

—¡No! —gruñí secamente.

—Si solo me dejas terminar... la testigo es...

—¡Joder, silencio! Silencio. No quiero escucharte más. No me inmiscuyas en esta historia.

Me levanté, me dirigí a la cocina y arrojé el vaso al fregadero, llamé a Dark y me fui al dormitorio.

—Cierra la puerta cuando salgas, si quieres esperar la cena y comer, o si no, vete ahora.

Me acordé de Hernández. ¿Cómo podría olvidar la cara del hombre que me quitó la vida?

Capítulo 4

Habían pasado dos días desde la conversación con Brian. Cuarenta y ocho horas donde no había hecho otra cosa que pensar en sus palabras.

Malditas palabras.

Recuerdo que esa noche soñé con Ysabel, hermosa y feliz mientras caminaba por un sendero de árboles de Tule, siempre lo recorriamos juntos, mucho tiempo atrás. Nos divertíamos formando pilas de troncos y ramas entrelazados; pero esta vez yo no estaba, ella tenía a nuestra hija en brazos, ni siquiera soñar con ella me permitió ver su carita, no conocía los rasgos de Felicity y nunca los habría conocido.

Me alejé de aquellos pensamientos obsesivos y volví a mirarme en el espejo mientras apretaba el nudo de mi corbata.

Si Ysabel pudiera verme ahora, ciertamente no se habría enamorado de mí.

Me había convertido en un hombre despiadado, duro, sin escrúpulos y dispuesto a todo para obtener lo que quería; así me había definido el artículo de Forbes y era la verdad.

Había construido mi carrera sin piedad, pisando cosa o persona que obstaculizara mi camino. La fortuna había llegado pronto, al igual que las mujeres y las relaciones banales. Había perdido toda emoción, todo se apagaba rápidamente, la alegría de ganar una causa, la intensidad de un orgasmo. Nada de esto duraba más que un mero instante.

Aparté la visión de mi propia imagen y me giré tan pronto como noté la presión de la pata de Dark en mi muslo.

—Lo sé, ¡ahora te daré de comer!

Me coloqué la chaqueta gris del traje a medida y me dirigí a la cocina.

Tan pronto como puse el cuenco al lado de la cama del perro, escuché el timbre.

—Aquí está tu mujer favorita —le dije y rápidamente levantó las orejas.

Llegué a la puerta y la abrí.

—Melinda, justo a tiempo, estaba saliendo.

La esposa de Simon venía todas las mañanas para llevar a Dark a dar un paseo a Central Park antes de que llegara la niñera, lo hacía como favor personal. Sarah tenía dos hijos, así que no podía comenzar el turno antes de las nueve y yo ya estaba en la oficina a las ocho.

—Sophie me despedirá tarde o temprano por tu culpa —dijo al entrar en la casa.

Melinda se había graduado en marketing y fui yo quien le presentó a su jefe y le conseguí una entrevista. El resto lo había hecho ella misma, era inteligente y lo demostraba cada día.

—No lo hará, eres demasiado importante para su empresa —le respondí sonriendo.

—No lo hago por ti, sino por este lindo cachorro —se inclinó hacia Dark y comenzaron a jugar. Afortunadamente para nosotros, vivíamos en el mismo edificio y siempre podía contar con ella.

—Está bien, me voy entonces —dije mientras me ponía la chaqueta.

—Espera, Alex. Pensé que las cosas entre tú y Sophie iban por buen camino. Ella me llamó, estaba muy revuelta.

—Conmigo nada va por buen camino. —La besé en la mejilla y salí corriendo.

Llegué a la oficina exactamente a las ocho en punto, cada mañana un café solo y leche desnatada me esperaba sobre el escritorio.

Estaba feliz de haber contratado a Janet como secretaria personal, ella había estado trabajando para mí durante los últimos cinco años y a pesar de tener más de cincuenta años, era más eficiente

que una chica de mediana edad. La verdad es que no la había contratado sólo por eso, sino también porque las probabilidades de que la hubiera llevado a la cama serían nulas.

Comencé a tomar la bebida caliente mientras encendía la computadora. Abrí el último caso en el que estaba trabajando, el clásico abuso familiar y leí el informe del testimonio que la acusación había presentado.

Suspiré exasperado pensando en cuánto dinero le habían dado al jodido jardinero para retractarse de la declaración unos días antes, excluyendo la posibilidad de cerrar aquel caso en la próxima audiencia.

Me pasé la mano por el pelo y volví la mirada hacia la ventana que ofrecía una vista impresionante de Nueva York blanca. Me encantaba mi espacio de trabajo también por esto, estaba ubicado en el septuagésimo piso, tan alto que me daba la impresión de perder el contacto con la civilización terrenal.

Un ruido sordo en la puerta me distrajo de mis pensamientos. Ya sabía quién era, todos los visitantes eran anunciados por Janet, excepto Simon o Brian. Esperaba que no fuera este último, nos habíamos evitado durante dos días. Yo porque estar demasiado cabreado y él, bueno, creo que se sentía culpable de haber reabierto viejas heridas.

—“*Hombre despiadado*”, ¿estás preparado para la gran batalla de hoy? —Simon había tomado la costumbre de atribuirme ese adjetivo. Era cierto, la denominación de *hombre despiadado* me quedaba como todos los trajes a medida que llevaba por la mañana y estaba orgulloso de ello, había sido un cambio agradable, mis manos ahora estaban limpias y cuidadas y ya no sucias de grasa.

—Sólo nos concedieron hablar con él un par de horas antes de ir al tribunal. Sería mejor moverse, tenemos que ir al otro lado de la ciudad.

—Ya voy, dame diez minutos.

Él asintió: —Te espero en la sala de relajación. —Y me dejó solo.

Me levanté de la silla, me sentía cansado. Cansado de toda aquella presión. De todas las responsabilidades, pero no podía evitarlo.

El trabajo era mi única fuente de vida, la única donde podía recargarme y sentirme invencible.

Pasé un rato mirando la ciudad envuelto en mis pensamientos, luego armé la bolsa con los documentos y me uní a Simon en la sala de relajación.

La reunión con el cliente fue la parte más fácil del día; al final, el juez dio crédito al testimonio del jardinero, donde afirmaba haber visto a nuestro cliente violar a su esposa. Estábamos seguros de que estaba mintiendo, pero no teníamos evidencia o, mejor dicho, teníamos la grabación de su declaración anterior en la que afirmaba que no había visto nada, pero según el tribunal, este último fue dictado por miedo, por tanto, no válido.

Teníamos que apelar o encontrar formas de demostrar que el acusado no era realmente culpable y que su esposa estaba apuntando hacia sus millones.

Regresamos a la oficina alrededor de las cuatro en punto, era viernes, al día siguiente no trabajaría y no podía esperar para irme a casa, ducharme y luego ahogar mis penas con alguna mujer. Se había convertido en un vicio, un vicio malo, tarde o temprano me cansaría de eso también.

Salí de la oficina a las cinco y media en punto, más que nunca necesitaba correr para liberar la tensión. Me abotoné el elegante abrigo justo antes de entrar en el ascensor. Le llevó poco llegar a la planta baja. Me desesperaba por escapar del edificio. Había algo que me ponía más nervioso que de costumbre, todo había comenzado desde que hablé con Brian y pronunció el nombre de Hernández.

Si esa historia era cierta, aquel hombre era un maldito hijo de puta.

Cuando el aire helado de Nueva York me golpeó, recuperé el aliento. Miré a mi alrededor al escuchar risitas, tratando de entender de dónde venían, divisé un grupo de chavales hablando entre ellos. Tenían sobre los catorce años, dos años más de los que hubiera tenido mi hija.

Apreté mi maletín, aparté la vista de esa pequeña multitud y decidí que era hora de volver a casa. Pero alguien no quería que me fuera y agarró violentamente la manga de mi abrigo. Me di la vuelta, listo para dar una lección a la persona que había hecho ese gesto grosero, y me encontré frente a una mujer.

—Alejandro —susurró. La miré confundido, sólo las personas que me conocían en México me llamaban así. Me quedé quieto, callado, buscando algún rasgo familiar, pero no vi nada en aquella cara rosada, ni en aquellos labios rojos ni en aquellos asustados ojos marrones.

—No me reconoces, ¿verdad?

—¿Nos hemos visto antes? —pregunté con dureza.

—Nos conocíamos... hace muchos años.

De repente sentí la necesidad de ensanchar el nudo de la corbata. Aunque no podía asociar su rostro con nadie de mi pasado, ella sabía quién era yo, así que, o estaba mintiendo y sacando información de mí o habíamos tenido un lío.

—No recuerdo, lo siento. Tengo que irme —me di vuelta, listo para huir de esa mujer, que estaba seguro de que algo tenía que ver con lo que Brian me había contado.

—Lolo —gritó y yo me bloqueé.

Sólo una persona me llamaba así. Sólo una. Y estaba muerta.

—Soy Erika Flores. ¿Este nombre realmente no significa nada para ti?

Ahora lo recordaba. Ella era... era...

No, no podía ser la misma persona de la que hablaba Brian.

Ella no podría ser la mejor amiga de Ysabel.

¿Cómo no la había reconocido? ¿Y por qué estaba ataviada de esa manera? Parecía una mujer sin techo. Su familia era tan rica como la de Ysa, asistían a la misma privilegiada escuela y frecuentaban los mismos ambientes.

Volví a analizarla y cuando choqué con su mirada, mi mundo se derrumbó, los momentos pasados se superpusieron al presente, las piernas arriesgaron a ceder, el aire se detuvo.

Había regresado.

El pasado.

La pesadilla.

Había venido de la peor manera para reclamar sus derechos.

Los ojos de Erika ya no tenían miedo, ahora estaban llorando.

Lloraban mí mismo dolor.

Lloraban porque, como los míos, no conocieron la cara de su hijo.

Traté de mantener la calma, no ceder ante aquella desesperación que me permitía sacar sólo en momentos en los que la soledad era la única compañía.

—No puedo ayudarte, Erika, se lo dije a Brian y te lo repetiré —advertí sin mostrar ni un atisbo de emoción.

Una lágrima que se secó con la manga del gastado abrigo humedeció su cara.

¿Qué demonios le había pasado?

—Ysa y yo tuvimos el mismo destino. Pero yo todavía estoy viva y puedo hacer que lo pague. ¿No quieres vengarlos? Las mató al igual que hizo con mi hijo.

Estaba delirando. Era la única explicación que lograba concederme.

Ysabel había muerto sangrando y Felicity había nacido sin vida. Esa era la verdad. Esa era la única jodida verdad que había estado tratando de aceptar durante doce años.

Erika se había vuelto loca. La muerte de su hijo nubló su cerebro, no podía ser de otra manera. Después de todo, era fácil perderse en medio de un inmenso dolor. Yo también lo había sufrido.

—Lo siento Erika, no soy el hombre correcto. No puedo ayudarte.

Me marché y esta vez no me di la vuelta cuando gritó mi nombre.

Aunque no estaba seguro de la decisión.

Aunque algo me dijera que volviera con ella y la escuchara, no lo hice.

Después de todo, le había dado la espalda a todo y a todos.

Especialmente a mí mismo.

Después del encuentro no deseado, una carrera que duró el doble de lo que solía recorrer y ducharme, me dirigí al Bar Central, un club exclusivo que había contribuido a enriquecer mi cartera.

Lo compré un año después de llegar a Nueva York y lo convertí en un lugar sólo para adultos, luego decidí darle la dirección a Brian. Me había vuelto demasiado exigente, agotaba al personal, mi obsesión por la perfección había atacado los nervios de todos los que me rodeaban, así que tenía que parar o me encontraría solo para encargarme de todo.

La impecabilidad estaba bien en los juzgados, donde el objetivo era hacer pedazos al oponente para que no perjudicara al bufete de abogados, pero para todo lo demás, era un peligro.

Aspiré humo de cigarrillo y tomé un sorbo de *Macallan* de 1940. El Bar Central estaba ubicado en el último piso de un rascacielos en el centro de Manhattan, el uso de la terraza era exclusivo y era exactamente donde yo estaba. Me recosté contra la barandilla y solté una nube de humo.

—Sabía que estabas aquí.

Alcé la vista y encontré la figura de mi primo que se acercaba.

—Hace mucho frío aquí afuera —dijo mientras se frotaba los brazos.

Los ojos azules de Brian se encontraron con los míos y pude leer su mortificación y vergüenza. Ciertamente estaba al tanto de la conversación que hubo con Erika, pero no sabía cómo empezar a hablar de ello.

—¿Es algo serio? —Brian entendió tan bien lo que quise decir que su mirada se volvió más intensa.

—Todavía estoy pensando en eso —bromeó, apoyándose también en la barandilla.

Era casi tan alto como yo, pero los ojos claros y el cabello rubio, típico del Viejo Continente, eran lo opuesto a mí, castaño y de pelo negro, heredados de mi padre.

—Te preocupas mucho por ella, por ser alguien que lo está pensando —dije tragando lo que quedaba del licor de un solo trago.

Por lo general, nuestra manera de echar polvos se limitaba a una noche, tal vez dos, después de lo cual cada uno seguía su camino. Excepto con Sophie, que hube pensado ir más allá con ella, pero me detuve tan pronto como me di cuenta de que no tendría éxito.

—Es mucho más que eso, Alexander. Si lo que dice es cierto, el hombre debe ser detenido.

No respondí, sólo miré hacia el frente.

¿Sería verdad? ¿Qué jodido hombre habría podido hacer esos actos? El desprecio por aquel ser se volvió más intenso.

—Tienes que enfrentarte a él primo. Tienes que enfrentar tu pasado. Vives para el trabajo y dejas todo lo demás fuera. No es justo, ¿lo sabes?

—¿Confías en ella? —Evité su última afirmación y pregunta y continué con mi interrogatorio.

—Está sola, indefensa y frágil. No puedo no confiar.

—¡Maldición!

Me di vuelta y miré la Estatua de la Libertad a lo lejos. Esta era mi ciudad ahora, mi nuevo hogar, mi vida tuvo lugar aquí, no podía volver a México.

¡No podía carajo!

—Habla con ella. Escúchala. Lo que ella dice puede hacerte cambiar de opinión. Puedes decidir ayudarla y cerrar esta historia definitivamente.

Pasé una mano por mi descuidada barba antes de mirar a mi primo.

—Si lo que dice es falso, haré todo lo que esté en mi poder para echarla de este país.

Brian asintió con la cabeza: —Entonces seremos dos.

Había aprendido a conocerme a lo largo de los años, sabía perfectamente lo que significaba para mí lidiar con aquel caso.

Sabía perfectamente que podía perder la cabeza.

De nuevo.

Capítulo 5

A la mañana siguiente estaba sentado detrás del escritorio esperando que Brian acompañara a Erika hasta mí. Estaba nervioso ante la idea de escuchar su versión de los hechos, pero como buen abogado, había preparado las preguntas, no lo habría tomado a la ligera, aunque no estuviéramos en el tribunal y delante de nosotros no hubiera ningún juez, aquel interrogatorio era el más difícil de mi vida.

Descubriría la verdad mirándola a los ojos, sabía cómo reconocer quién mentía, pues la voz temblaría y la mirada no se mantendría fija.

Esa era la ventaja, el observar cada pequeño detalle.

Cuando tocaron la puerta me llevé la mano pecho, donde una cruz estilizada quedaba escondida en medio de tanta tinta, la única señal del paso en mi vida de Ysabel y Felicity. Nadie podía reconocerla, mi tórax era como una tabla marcada y bronceada, pero en medio de tanto caos estaban ellas, y sólo yo podía distinguirlas. Eran mías. Lo serían hasta el final de mis días.

—¡Adelante! —exclamé levantándome de la silla.

Tras unos segundos entraron en el despacho, Brian con la cabeza alta y con un andar desenvuelto, Erika, sin embargo, no levantaba la vista del suelo.

Mi primo la hizo sentar en el sofá de cuero ubicado en la esquina de la habitación, probablemente para tranquilizarla.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó.

Ella sacudió tímidamente la cabeza.

Toda la situación ya me estaba desconcertando, nos estábamos perdiendo en vueltas innecesarias.

—¿Y bien? —Me di cuenta de que mi tono utilizado no era precisamente amistoso, pero no quería serlo, así que no me arrepentí cuando la vi sobresaltarse.

—Alexander... —me reprendió Brian mirándome con reproche.

Di un profundo suspiro y me apoyé en el escritorio, crucé las piernas y puse mis manos sobre la mesa de cristal.

—Cuando estés lista puedes empezar —dije tratando de llevar mi tono a un difuminado casi apacible.

—Yo... yo... —tragó saliva Erika; cuanto más le costaba hablar, más aumentaba mis ganas de sacarlos a patadas de mi oficina.

Finalmente, respiró hondo y encontró el coraje para mirarme a los ojos. Aquella mirada me dolió, estuve tentado de evitarla, pero encaré y con un gesto facial, la insté a continuar.

—Fui traicionada por el hombre que amaba —dijo sin mostrar un toque de emoción. La chica afligida había dado paso a una mujer decidida—. Dijo que me amaba y cuando supo que estaba esperando un bebé, él me dio la espalda. Mis padres me echaron de casa porque no quise darlo en adopción. No tenía un centavo, ni trabajo y no tenía más a mi gran amiga, así que recurrí a la Archidiócesis, que me protegió y me ayudó. Estaba a cargo de la cocina, organizando las habitaciones y barriendo el piso. No me pesaban esas tareas, las hacía con gusto sabiendo que aquellas personas me estaban ayudando con mi embarazo. El veintitrés de Julio rompí aguas...

Erika se detuvo repentinamente indispueta por el hipo. Ella, como yo, había aprendido a enmascarar las emociones, pero al igual que yo, no podía hacerlo cuando el tema era su propia pérdida.

Aquel llanto verdadero logró convencerme de que tal vez lo que estaba diciendo no eran todas mentiras. Teníamos algo que nos había marcado el resto de nuestros días. Vi a Brian que se le acercaba, pero ella con un gesto lo apartó.

Me picaban las manos de ira pensando en cómo lo había pasado.

Me levanté del escritorio, me acerqué a la nevera del bar, tomé una botella de agua y se la entregué. Le temblaban las manos, pero aun así logró abrirla y tomar un sorbo.

—Llegué al hospital, me llevaron al ascensor y desde ese momento comencé a sospechar que algo andaba mal. Cuando dio a luz mi prima la acompañé, así que sabía muy bien que la sala de partos estaba en el primer piso. Sin embargo, no dije nada, las contracciones aumentaban y el único pensamiento que tenía era que mi bebé naciera sano y fuerte. El ascensor se detuvo y cuando salimos al pasillo no había nadie. Vi al Dr. Hernández acercándose a mí, lo escuché dar órdenes a las enfermeras, pero no entendí lo que decían, los dolores se habían vuelto insoportables. Lo que recuerdo es que me llevaron a una habitación, me mantuvieron allí todo el tiempo del parto hasta que mi bebé decidió venir al mundo. Escuché su voz. Lo escuché llorar, quería verlo, levantarlo, pero a medida que pasaban los minutos mi cuerpo se debilitaba. Tal vez me quedé dormida por la fatiga o tal vez porque me habían drogado, pero cuando desperté, el médico me dijo que mi bebé se había ido. Dijo que tuvo un paro cardíaco.

En ese momento, Erika estalló en un mar de lágrimas. Todas las preguntas preparadas quedaron pulverizadas. Su historia había reabierto un extracto de aquel diecisiete de octubre.

El corredor vacío. Los gritos de y la triste noticia. Todo idéntico, todo con la misma praxis.

—Hablaste de una testigo. ¿Quién es? ¿Y cómo puedes estar segura?

—No me resigné con el dato de que mi bebé estaba muerto, ni que no me habían permitido verlo, así que regresé al hospital dos días después de que me dieran de alta. Entré furtivamente en la oficina de Hernández, ni siquiera sabía lo que quería encontrar, estaba en pánico. Pocos minutos después, él entró con una mujer. Peleaban y gritaban, él la silenció poniéndole la mano sobre su boca, pero ella lo mordió y tan pronto como se liberó, comenzó a gritar que todos aquellos niños los tendría sobre su conciencia, que tenía que dejar de manipular a las mujeres. Me encontraba escondida detrás de la cortina, no sé cuánto tiempo contuve el aliento. Mi suerte fue que los dos se fueron pocos minutos después de entrar.

—¿Quién es la mujer? ¿Has intentado buscarla? ¿Hablar con ella?

—Sí, pero me echó.

—¿Quién es? —insistí al sentir la sangre hervir en mis venas. La habría encontrado y destruido.

—Ella es... Tanjia Méndez, la hermana de Ysabel. La esposa del Dr. Hernández.

Capítulo 6

Dos horas más tarde, sentado en el sofá de mi casa, ya había vaciado una botella de whisky y la sonrisa que sentí tirando de mis labios era una señal de que estaba entrando en un estado de embriaguez. Aun así, me sentí lúcido y, sobre todo, seguro de que no estaba sonriendo por la borrachera, conocía mis límites y para estar borracho una sola botella no era suficiente.

Estaba sonriendo porque después de doce años sentía algo.

La adrenalina corría por mis venas, llevando mi ritmo cardíaco a una velocidad acelerada. El dolor de cabeza oscureció mi visión y cada músculo estaba en estado de alerta.

Estaba cabreado. Cabreado mal. Tan cabreado como para sentir cada jodida emoción.

Me levanté y tomé otra botella del minibar que guardaba en la sala de estar. Giré la tapa con los dientes y me serví otro vaso.

Tanjia Mendez.

La perra, viciosa Tania Méndez.

Si lo que dijo Erika era cierto. Si ella estuvo involucrada en aquellos delitos atroces, haría todo lo que estuviera en mi poder para encerrarla en una prisión de máxima seguridad de por vida.

Ella me odiaba

Me acordé de cada estúpida mirada. Para ella yo era insignificante, un muchacho de bajos recursos que no valía el amor de su hermana.

Maldito el día que entraste en la vida de mi hermana.

Volví a pensar en sus últimas palabras.

Lo había perdido todo aquel día. Había dejado de vivir. Y ella me dio el golpe de gracia.

Regresé con la mente a esos momentos que deberían de haber sido los más hermosos de mi vida.

Vi la mirada de Tanjia, llena de ira y odio.

No, no pudo haber hecho aquel acto. Ella nunca lo habría hecho.

¡Era su hermana, carajo!

¡Sangre de su sangre y además ella era mujer!

Era dos años mayor que Ysabel, aunque eran completamente diferentes tanto en apariencia física como en los modos. El cabello negro de Ysa contrastaba con su cabello rubio dorado, al igual que sus ojos marrones y azules. Ysa era dulce, humilde, tenía un alma noble. Tanjia, sin embargo, era la clásica niña rica caprichosa, en una ciudad donde la mayoría de la población vivía en la pobreza.

No obstante, aunque no estuviera implicada en la muerte de su hermana y Felicity, se había casado con un hijo de puta.

Un hijo de puta que escondía algo. Y lo descubriría.

No estaba preparado para regresar a Ciudad de México, lo sabía. Lo sabía porque cada vez que lo pensaba sentía un nudo en la garganta que me impedía respirar. Pero tenía que hacerlo.

Erika me había asegurado que no había sido la única.

¿Debía creerle?

Me acerqué a la cristalera, miré hacia abajo, las calles de Nueva York teñidas de blanco, las avenidas llenas de gente me hicieron sentir inadaptado. Si el mundo dependiera de mí, el cielo siempre sería gris, las luces apagadas y las calles vacías.

Realmente era un maldito hombre triste. ¿Qué habría pensado Forbes si conociera esa parte oculta? ¿Seguiría escribiendo igual sobre aquel hombre brillante y fiestero? No, se lavarían las

manos como la mayoría de las personas que conozco.

Un gimoteo de Dark me trajo de vuelta a la realidad. Me di la vuelta y lo encontré en el centro de la habitación con las patas en alto, la posición clásica de cuando quería llamar mi atención.

Me acerqué, doblé las rodillas y acaricié su suave pecho.

—¿Estás listo para un viajecito? —el can alzó las orejas.

—Te llevaré a ver dónde crecí. Te llevaré a descubrir el lugar donde realmente viví.

Capítulo 7

Tanja

—¡Quítate las gafas y muéstrame! —exclamó Adela enojada.

—Para ya, no tengo nada —afirmé mientras abría el bolso para sacar la tarjeta de crédito.

—Y un cuerno, llevamos media hora aquí y todavía llevas gafas de sol. No soy estúpida Tan, ¿por qué fue esta vez? —me levanté para ir a pagar nuestros cafés, pero ella permaneció sentada.

—Dime o juro que seré yo misma en denunciarlo —gritó detrás de mí. Me di vuelta y volví hacia ella.

—Escucha, tuve una noche infernal debido al dolor de cabeza que no me dio tregua. Me duelen los ojos por el sueño y la luz. Te lo diré de nuevo, no estoy ocultando nada —dije exhausta, volviendo a mi silla.

Adela era mi gran amiga, hablábamos todos los días, pero no nos veíamos desde hacía dos meses. Debido a sus compromisos laborales, a menudo estaba viajando por el mundo. Era una prestigiosa arqueóloga y acababa de regresar de Egipto.

—No me tomes el pelo Tan, sabes que no puedo soportarlo. Puedes tratar de ocultar tus lágrimas por teléfono, pero no puedes mentirme mirándome de frente.

—Sólo quiero pasar una mañana tranquila con mi amiga. ¿Estoy pidiendo demasiado? No nos hemos visto en sesenta días y desde que entré, sólo me has escrutado con ansiedad.

—Sólo estoy preocupada —dijo.

Comencé a levantarme nuevamente, pero ella me bloqueó el brazo.

—No lo hagas. No te preocupes. Estoy bien, ¿ok? ¿Podemos disfrutar el día? Sólo quiero... no pensar en nada por un rato —Me solté y fui a caja a pagar nuestras bebidas.

Cuando volví con ella, vi impresa en su rostro la sonrisa más falsa que la había visto. En otro momento me habría burlado de ella, le habría dicho que mentir era de imbécil, pero en aquel momento me venía bien.

Todo era válido mientras consiguiera poner mis pensamientos bajo llave.

Salimos del bar, la luz del sol penetraba entre las lentes de mis gafas y me causaba dolor en los ojos que todavía sentía hinchados.

Caminamos hacia mi Mercedes sacado hacía unos días del concesionario. Saqué las llaves del bolso y activé la cerradura automática.

Adele silbó tan pronto como vio mi coche azul brillante.

—Nos tratamos bien ¿eh? —bromeó subiendo por el lado del pasajero.

Le sonreí, feliz con su decisión de descartar la charla y pretender ser la chica frívola que todos creían conocer.

—¿Qué te crees? Me gustan las cosas buenas. —Le guiñé un ojo antes de subir.

—¿A dónde vamos?

—¿Cuánto tiempo hace que no usas ropa decente? —dije mirando sus pantalones marrones de estilo masculino y la sencilla camiseta blanca.

—Mi trabajo no me permite tener el vestuario de una dama. Ya estoy acostumbrada y me visto también así para salir —respondió levantando los bordes de su sencilla camisa de algodón.

—Pero ahora estás conmigo y me gusta la ropa bonita, así que ¿qué mejor que el Paseo de la Reforma?

Apreté el acelerador y partí hacia la avenida más hermosa y rica de Ciudad de México.

Treinta minutos después ya habíamos gastado una fortuna, no era un problema para mí, me pasaba el tiempo haciéndome feliz con las cosas materiales y gastando el dinero de mi esposo, pero Adela había cambiado, ya no le importaban estas cosas. Había encontrado la felicidad en su trabajo, venir aquí y fingir divertirse era sólo por mí.

Estaba agradecida por ello.

Salimos de la enésima tienda al mismo tiempo que mi teléfono comenzaba a sonar. Lo agarré, leí el nombre y rechacé la llamada. Sonó una y otra vez, pero seguí ignorándolo.

—¿Qué haces que no contestas? —preguntó Adela cuando entramos en la multitud que llenaba las aceras.

—No —dije secamente.

—¿Es él verdad? ¿El patán? —Mi gran amiga no aprobaba mi elección, nunca le gustó Juliano. Sonreí sin embargo ante sus palabras.

—¿Por qué no contestas? ¿Qué te hizo esta vez? Cuéntame Tan...

—¡Es suficiente! —interrumpí abruptamente—. Sé que no te gusta, y también sé que no estás de acuerdo con que me casara con un hombre quince años mayor que yo, pero él es mi esposo y si me respetas tienes que respetarlo.

Aquellas palabras me salieron duras. No quería lastimarla, pero sabía que si continuaba tendría que contarle todo y no me sentía con ganas. No quería entrometerla en mis problemas, después de todo, ella no podía ayudarme. Nadie podía hacerlo.

—Está bien. Pero sabes que para cualquier cosa siempre estoy ahí. Sólo necesitas una llamada telefónica y vengo, aunque esté en el otro lado del mundo. ¿Entendido?

—Entendido. Sólo te tengo a ti, eres la única en la que puedo confiar.

—Estaré siempre. Si ese bastardo te toca sólo con un dedo, seré la primera en denunciarlo.

Me detuve para observar su corto cabello negro, sus sinceros ojos grises hasta que bajé la mirada hasta ver sus manos entrelazadas con las mías. Me hubiera gustado abrazarla. Decirle que necesitaba sus brazos para apoyarme, que no se fuera esa misma noche, que la había extrañado. Sin embargo, sólo asentí, porque ambas sabíamos que nadie nos creería, que nadie movería un dedo; nuestra voz, la de las mujeres, no contaba en ciertos círculos.

Asentí porque no quería ponerla en peligro. Podía arreglármelas sola, había convertido mi debilidad en fuerza. Resistiría, siempre.

Me fui a casa pasada la una, estaba exhausta y el dolor de cabeza no me había dejado ni por un momento.

No recordaba lo que era sentirse bien desde hacía mucho tiempo.

Tan pronto como crucé el umbral, Angelina, nuestra ama de llaves, vino hacia mí con la habitual sonrisa circunstancial, se la devolví y le di las bolsas con ropa. Subí al piso superior para ducharme. Mi esposo estaría fuera todo el día, estaba agradecida por su trabajo, que a menudo lo alejaba de mí.

Entré en la habitación y agarré la bata de seda y me fui al baño.

Cerré la puerta y finalmente pude quitarme las gafas de sol. Me desnudé, abrí el agua y sólo después de eso me permití mirarme al espejo. No me reconocía.

Tenía la marca de la montura de las gafas en la nariz, pero no era lo que destacaba de mi imagen. El hematoma púrpura que rodeaba el ojo derecho estaba ahí, amplio y claramente visible. El dolor de la bofetada había sido severo, todavía lo era, pero nunca tan fuerte como el de mi corazón.

Dolía cada vez más.

Moví el largo cabello rubio hacia un lado y miré el seno izquierdo, aún quedaba la huella de la

mordida que me había dado la noche anterior. Odiaba cuando me tocaba. Odiaba tener que sentirlo dentro de mí, cuando lo único que quería era que se alejase lo más posible de mi vida.

Contuve mis lágrimas. Era adulta. Fuerte. Resuelta.

Lo lograría. No faltaba mucho. Unos años más y habría sido libre.

Si no me mataba antes.

Aparté esos pensamientos y me dirigí a la ducha. Me hubiera dormido, no había nada mejor que unas pastillas y un buen sueño.

Capítulo 8

Alexander

El viaje en avión fue muy largo. No estaba tranquilo pensando en Dark, solo en bodega. Aquel viaje me pareció eterno y, aunque temía que pudiera lastimarlo, nunca lo hubiera dejado en casa. Aterrizamos sin problemas y finalmente, después de casi cuarenta minutos, logramos salir ambos de aquella caja y del aeropuerto.

Mantuve mis emociones a raya tan pronto como puse un pie en el suelo de mi antigua ciudad. Alcé la vista al cielo y respiré el aire cálido y exótico. De todo lo que experimentaba, no lograba encontrar nada bueno, excepto la idea de volver a ver a mis padres.

Con un nudo en el estómago, me dirigí al estacionamiento donde nos estaría esperando un empleado del alquiler de coches. Afortunadamente, los trámites fueron rápidos y pude tener pronto el Jeep Renegade. Puse a Dark en el asiento trasero y me zambullí en el tráfico.

Como esperaba, la ciudad había cambiado, parecía más tranquila, las calles estaban pavimentadas y los edificios más alejados del centro ya no parecían desmoronarse. Aparentemente era una ciudad tranquila, casi pacífica, pero sabía que ocultaba grandes grietas. Grietas que, tarde o temprano, habrían derribado los castillos de mentiras de quienes vivían y manipulaban, como los Hernández y cómo le sucedió a la familia Méndez.

Hace unos años, el padre de Ysabel perdió todo, la empresa, el dinero, la casa, se habló de inversiones erradas, socios equivocados y elecciones arriesgadas. No creí ni una sola palabra leída en los periódicos, ni siquiera a mi madre, y mucho menos a Erika.

Había algo oculto debajo de todo. Algo grande. Mi intuición como abogado me lo decía. Sin embargo, decidí evitar cualquier noticia relacionada con aquella familia. Hice como que nunca hubiera existido, y casi lo había logrado, hasta hoy.

Me detuve y estacioné el auto en el aparcamiento privado al pie del rascacielos, en pleno centro, donde había comprado un departamento para mis padres. Me hubiera gustado ubicarlos más arriba, donde pudieran darse el lujo de perder el contacto con la realidad, donde me encantaba estar a mí, pero mi madre había vivido siempre con miedo a las alturas, por lo que habían elegido un segundo piso. Afortunadamente, el forcejeo fue corto hasta que decidieron aceptarlo; Después de la quiebra de los Méndez, ellos también se encontraron en medio de una encrucijada. Así pues, contacté a una agencia de bienes raíces. Hicieron todo ellos, evitándome tener que estar aquí.

Fue suficiente escuchar la voz de mi padre desde el intercomunicador cuando llamé, para sentir un primer golpe que me contrajo el pecho. No los veía desde hacía doce años.

Yo había elegido no verlos.

Pero lo peor estaba aún por llegar.

La cara de mi madre esperándome en la puerta. El dolor profundo en el corazón, rasgando una parte de aquella dura coraza que hube construido con tanto esfuerzo.

Amar dolía, lo sabía, lo había vivido.

Tarde o temprano ellos también se habrían ido, me dejarían solo; lo que había hecho en todos esos años era ir acostumbrándome a la idea evitando verlos.

Cuando estuve frente a ella, el deseo de abrazarla se convirtió en ira. Ira por aquellas profundas arrugas que le surcaban los ojos y la cara. Ira por el pelo blanco que llevaba atado en un apretado

moño. Ira por la muerte que pronto vendría a buscarlos. Ira hacia un destino que no podían alterar y finalmente ira contra mí por privarme de ellos y a ellos por privarlos de mí, su único hijo.

Si bien yo no moví un dedo, fue mi madre quien me echó los brazos al cuello. Yo era veinte centímetros más alto que ella, así que la levanté instintivamente.

Dark comenzó a ladrar, rodeándonos, moviendo su cola. Después de unos minutos también salió mi padre. Era de él de quien había tomado la altura, los dos medíamos lo mismo, en un tiempo, ahora, en la vejez, él había bajado unos centímetros.

Lo miré mientras mi madre todavía me sujetaba. Sus ojos estaban brillantes. Se acercó y se unió a nuestro abrazo.

En un momento me emocioné.

En un momento volví a ser niño.

En un momento sentí tener aún diez años para poder sujetarme sus brazos después de cada caída.

Hicieron falta varios minutos para que mi madre me dejara ir. Finalmente entramos en la casa y Dark nos siguió. Mis padres amaban mucho a los animales e inmediatamente se hicieron amigos de mi Rottweiler.

Nos sentamos en la cocina. Había notado desde que entrara, la modernidad con la que estaba amueblado el departamento. Ciertamente no reflejaba el estilo de mis padres, sino más bien el mío.

—¡Estás aquí! Aún no me lo creo —dijo mi madre mientras me servía una taza de café y colocaba un vaso de leche al lado.

Conocía mis hábitos, a menudo ella me preguntaba por teléfono, quería que le dijera lo que me gustaba, lo que hacía durante el día, dónde vivía y todo lo relacionado con mi vida diaria.

Obviamente omití lo que no podía ser revelado a una madre, pero del resto me gustaba hablar con ella, así que entraba en su juego.

—Estoy aquí —sonreí agarrando la bebida caliente.

—No estás por casualidad el venir a vernos, eso es seguro. ¿Qué te trae por aquí?

Se habían acostumbrado a no verme, por lo que no me sorprendió la pregunta. Sin embargo, lamenté notar que habían perdido la esperanza.

—Vine a buscar a Tanjia Méndez —contesté directo, no tenía intención de ocultarle nada.

—¿Por qué? —preguntó mi padre entrando, seguido de Dark.

—Cosas del trabajo.

Era sincero con ellos, pero contarles la historia y reabrir viejas heridas estaba fuera de discusión. La muerte de Ysa y su nieta casi los matan.

—Ya no vive en Villa Méndez —dijo mi madre, bajando los ojos.

—Después de que nos echó, la vendió —volvió a intervenir mi padre.

—¿Qué hizo? ¿Por qué no lo supe? —Sacudí la cabeza y miré a los ojos de mi madre.

La vi tragar, su rostro estaba marcado por un gesto de dolor. Si bien Tanjia era una malcriada, mi madre la amaba como una hija.

La ira se revolvió en mis venas al pensar en el sufrimiento que esta mujer había traído a mis padres.

—Con el dinero de su esposo, ella rescató la villa que habían expoliado a sus padres. Inmediatamente después nos echó del sitio. Ella se ha convertido en una mujer peligrosa, deberías mantenerte alejado Alejandro.

—Sólo necesito información y luego la dejaré en paz —dije reanudando mi café y evitando deliberadamente pedir más datos. Los habría descubierto yo mismo.

Quería descubrirlos por mí mismo.

Aun así, traté de mantener una expresión tranquila, pero por dentro estaba lleno de ira.

Pasé el día con mis padres, aunque era un ambiente extraño, su calor era más de lo que necesitaba para hacerme sentir en familia.

La habitación que me habían preparado era más adecuada para un joven con la mitad de mis años, pero al fin y al cabo era así cuando los dejé. Un joven de 23 años que estaba a punto de convertirse en padre.

Minutos más tarde, cuando llegué a la sala de estar, encontré a Dark agazapado a los pies de mi padre, mientras él, sentado en el sofá veía la televisión.

—Voy a salir —le dije poniéndome el polo gris.

Mi madre se asomó desde la cocina.

—¿Vas a ir donde Andrea? —inquirió ella.

Asentí. No había visto a mi gran amigo desde el día que decidí marcharme, pero a diferencia de mis padres, ni siquiera un mensaje, una llamada telefónica o un maldito correo electrónico con él.

Lo hubo intentado, pero yo decidí cambiar de número cuando las llamadas se volvieron demasiado insistentes.

Ahora él tenía una familia, dos hijos y una esposa. Me costaba acudir a él, pero era el único que podía ayudarme, así que tomé cada dato que mi madre logró darme.

Me despedí de todos y salí, me dirigí a mi auto y cuando entré puse la dirección en el navegador.

Si recordaba bien, la zona no era de las mejores. Tal vez a Andrea no le iba tan bien. Por un momento me sentí culpable, probablemente tuvo momentos difíciles y yo no supe nada al respecto.

¡Qué jodido buen amigo que había encontrado en mí!

No obstante, había sido bueno para él no tenerme cerca, me había convertido en un egoísta hijo de puta y muy probablemente no hubiera movido un dedo para ayudarlo.

Cuando llegué frente a su número eran las nueve en punto. Tenía razón, la villa era una pequeña casa en ruinas, el jardín sin cuidar y las paredes casi derruidas.

Salí, me puse el jersey de doscientos dólares, cerré el auto y caminé hacia la pequeña puerta de madera.

Antes de entrar percibí dos pequeñas bicicletas apoyadas en el porche. Mi garganta comenzó a apretarse y tuve que respirar profundamente para deshacerme del pánico que se me abría paso a lo largo del cuerpo. No estaba preparado para verle de nuevo.

Sin embargo, con pasos decisivos fui hacia la puerta y sin pensarlo demasiado, toqué. Ví que se encendía la luz del pasillo y oí pasos acercándose.

—¿Quién es? —preguntó alguien en español.

Después de unos segundos, mi voz salió ronca:

—Alejandro Torres.

La puerta no se abrió. Me quedé allí unos minutos más. Andrea no me abría y tenía todas las jodidas razones.

Cuando decidí irme, me encontré frente a él. Había cambiado mucho, demasiado. El cabello, un tiempo atrás rapado, era largo y recogido en una cola. Su físico, antes con unos pocos kilos de más, había dado paso a un pecho liso y musculoso.

En cambio, sus ojos eran los mismos. Ojos que me miraban con desprecio.

—Pensé que estabas muerto —comentó saliendo y cerrando la puerta tras de sí.

Me moví para que avanzara. El olor a cerveza y humo invadió mi nariz; *¿Cuánto carajo había bebido?*

Fue a sentarse en una vieja mecedora oxidada. Lo seguí y me instalé a su lado.

—Si te refieres a la muerte del alma, entonces sí, estoy muerto.

Él permaneció en silencio. Respiramos juntos el olor del aire nocturno, libre de smog en aquella parte de la ciudad.

—¿Qué te trae de vuelta a casa?

Casi me eché a reír, esa no era mi casa, no lo sería nunca más.

—Trabajo.

Se pasó una mano por el pelo, tomó un paquete de cigarrillos y me ofreció antes de llevarse uno a la boca.

—¡Pensé que no te volvería a ver, carajo! —repitió él.

Encendí el Marlboro, exhalé el humo al aire y le miré directamente a los ojos:

—¡Pensé que no iba a encontrarte en estas condiciones carajo! Él apartó la vista hacia sus manos.

—Las cosas se pusieron mal cuando mi esposa me dejó y se llevó a los niños con ella.

—Lo siento amigo —logré decir.

Era fácil hablar con él, pero yo no quería ir más lejos, me iría pronto, regresaría a mi fantástica vida en Nueva York.

—¿Por qué viniste a mi casa? —preguntó levantándose y apoyándose en la balaustrada de madera.

—Necesito ayuda.

Él sonrió y sacudió la cabeza: —¿Y qué te hace pensar que estoy dispuesto a ayudarte?

—Porque tú haces algo por mí y yo hago algo por ti. Tú también necesitas ayuda amigo.

Me había vuelto astuto con los años, sabía cómo lidiar el caso; aunque él lo negaba, también necesitaba algo. Algo muy importante: sus hijos.

—¡Vete! —ordenó yendo hacia la puerta.

—Se trata de Ysabel y... Felicity.

Él se detuvo de repente.

—¿Qué mierda estás diciendo? —Tiró la colilla y caminó unos pasos hacia mí.

—Necesito encontrar a Tanja. ¿Tienes algo fuerte? —indiqué hacia la entrada.

—No es alcohol lo que me falta en este momento. Ven —dijo abriendo camino y juntos entramos en la casa.

Media hora más tarde llevábamos ya dos cervezas cada uno, le había contado todo y él me había explicado la situación de su casa, me había dado la matrícula de su auto y la clave de acceso para la fiesta privada que se celebraba en la casa de los Hernández dos días después.

Andrea trabajaba para una empresa de seguridad, revisaría la entrada, controlaría las invitaciones y me daría la oportunidad de colarme.

—No lo hago por ti, si lo que dices es cierto, a ese hijo de puta hay que arrancarle las pelotas —dijo destapando la tercera cerveza.

—Y contigo, ¿qué pasa? ¿Qué me dices? ¿Por qué te dejó tu esposa?

—Porque no era un buen esposo —admitió, torciendo la cara—. La he traicionado, demasiadas veces. No me importa que mi matrimonio haya terminado, sólo quiero volver a ver a mis hijos —sus ojos se humedecieron.

Saqué una tarjeta de visita de mi billetera y se la entregué:

—Llámame y recuperarás a tus hijos.

No la tomó, así que la dejé sobre la mesa, pero un destello de esperanza iluminó sus ojos.

—Nos vemos el sábado —dije levantándome del sofá.

—No creo que ella te reconozca, ¿sabes? Quizás tampoco tú la reconozcas. Ambos habéis

cambiado. Tú, un gilipollas que encontró suerte en Nueva York. Ella, una gilipollas que la suerte la alcanzó aquí —dijo siguiéndome hacia la salida.

La suerte no tenía nada que ver con mi carrera, resultado del trabajo duro y el sudor, a diferencia de ella, que vivía de su esposo.

—Espero que tenga sentido común para cooperar.

No lo creía, siempre había sido una idiota malcriada.

—Los comentarios de ti son correctos, no hay rastro de aquel chico siempre disponible que una vez conocí.

—Ya te lo dije, está muerto.

Capítulo 9

Tanjia

Permanecí inmóvil mientras Manuela me aplicaba una base en la cara. Ella arreglaba mi rostro cada vez que tenía que aparecer en público. Silenciosamente y sin ningún atisbo de emoción, cubrió todos los moretones sin hacer preguntas.

—Quédese quieta, Sra. Hernández —reprendió impaciente.

No podía más. Sentía la sogá apretarse alrededor de mi cuello con cada vez más fuerza. Iba a morir... pronto. Intentaba en vano infundirme coraje, lo intentaba todos los santos días, pero eran más los momentos de desánimo que los que realmente pensaba poder seguir.

—Aquí está, un poco de lápiz labial y hemos terminado —dijo alegremente.

La miré a los ojos mientras me pintaba los labios de rojo. Me hubiera gustado tirar de ella, agarrarla y rogarle que hablara. Que me contara lo que pasaba dentro de aquella jaula dorada. Que me salvara. Pero después de todo, no podía ser salvada, pues yo misma había decidido espontáneamente mi destino.

Había elegido casarme con el hombre que todos admiraban.

Cuando terminó, se fue. Todavía estaba sentada frente al espejo. Apreté los bordes de la bata de seda negra y miré mi reflejo.

Estaba perfecta... impecable, *muy hermosa*. La piel de mi cara era lisa, los labios sobresalían carnosos y suaves, mis ojos azules, aunque apagados, no habían perdido aquel tono púrpura, resaltado aún más por el borde negro que alargaba mis pestañas.

Cualquiera que me viera aquella noche se encontraría frente a una mujer satisfecha, poderosa y feliz.

Si tan sólo miraran un poco mejor, encontrarían mi alma sucia y el corazón roto.

Contuve las lágrimas que pugnaban por salir.

No podía permitirme llorar, no después de todo el tiempo que Manuela se había tomado para ocultar los signos de la violencia de mi esposo.

Escuché pasos acercándose a la puerta. Corrí hacia ella y la cerré apoyando mi espalda contra. Era la habitación donde me sentía más segura, donde podía dar rienda suelta a todo mi dolor y donde mantenía la única parte de mi corazón intacta y limpia.

Cuando el corredor quedó en silencio, me moví. Fui hacia la cama y tomé el vestido rojo de seda que mi esposo me había enviado. A pesar del abundante escote en la espalda, el corte era elegante y no muy vulgar.

Me lo puse con dificultad, afectada por las náuseas que me causaba la idea de tener que fingir estar bien frente a todas esas personas para un evento que ni siquiera me interesaba, pero yo era su juguete.

Me puse las sandalias, me miré de nuevo en el espejo, apreté el costoso collar de diamantes y después de dos respiraciones profundas, salí de la habitación hacia el salón principal.

Directo hacia aquellas personas que odiaba más que a mí misma.

Los candelabros de cristal iluminaban el ambiente dando mayor contraste al brillante piso con cuadros blanco y negro. La música, proveniente de un artista sentado en el piano, conseguía un ambiente elegante y señorial.

Vi a la gente beber champán y comer caviar, se reían y hablaban entre sí, sin imaginar que sólo eran peones del Dr. Hernández, que los movía libremente cuando y como quería.

Sentí su mano apretar la mía y en un instante, un escalofrío cruzó mi cuerpo. Sus ojos negros se posaron en los míos, le ofrecí una sonrisa falsa mientras me guiaba hacia la pareja recién ingresada para saludarlos.

Un tiempo atrás, las fiestas, la vida social, la gente rica eran todo mi mundo. Todo lo que quería. Mis padres se habían encargado de convertirlo en la única forma de vida que conociera; Debería estar agradecida con ellos, pero en lugar de eso los había echado a la calle. Les había quitado todo, los había sacado de su casa y muy probablemente, incluso de México, al menos esos eran los rumores que circulaban. No los había visto más. No merecían mi presencia.

Las voces, sin embargo, eran sólo voces y no siempre representaban la realidad. De hecho, yo no era la bruja que generalmente definían y sólo quien realmente me conocía podía saberlo.

El final de la música indicó que había llegado el momento de servir la cena. Se había colocado una mesa para casi cincuenta personas en el ala principal.

Las fiestas en Villa Hernández eran famosas por la comida buena venida de todo el mundo que el propietario solía servir a sus invitados.

Los observé, tenían hambre de codicia, de riqueza, de egoísmo, me dieron arcadas, me puse la mano en el estómago y contuve la contracción.

Nos sentamos durante largo tiempo y cuando finalmente, me dieron permiso para levantarme, sin ser grosera, corrí escaleras arriba hacia el baño, donde vomité las pocas cosas que había tragado.

Después de vaciar mi estómago, fui al lavabo y traté de remediar las manchas del maquillaje debajo de los ojos. Miré a través del espejo la ventana que estaba detrás de mí y decidí que necesitaba una bocanada de aire para terminar aquella tarde como la más devota de las esposas.

Salí del baño y subí las escaleras de servicio que solían usar el ama de llaves y sus empleados. Me crucé con algunas camareras encargadas de llevar los platos a la cocina; me sentí triste al ver la forma en que me miraban, se percibía en sus ojos todo el odio que sentían por mí.

Sabía la razón y por desgracia los entendía, los trataba mal, trataba mal a cualquiera, no podía soportar su devoción por mi esposo. No podía soportar que lo consideraran un líder amable y uno de los mejores médicos.

Me subí el dobladillo del vestido, me quité los tacones y finalmente salí de aquel museo.

El olor de las dalias, el aire cálido del otoño y la luna llena que iluminaba el cielo estrellado, me otorgaron el momento de libertad que necesitaba para recuperar energía.

El jardín en la parte trasera de la villa era uno de los pocos espacios sólo míos, lo diseñé, elegí las flores, los árboles e incluso diseñé la gran fuente en forma de ángel que había creado un escultor.

Era mi hogar

Mi verdadero hogar

Descalza caminé sobre los guijarros, apreté los dientes por el dolor que me causaban, pero ahora era parte de mí. Estaba acostumbrada sufrir.

Sólo tenía unos minutos antes de que mi esposo comenzara a preguntarse qué me pasó, así que inhalé todo el aire que pude, para que no me faltara una vez que volviera a entrar en la casa y me endosara nuevamente la máscara.

Caminé unos metros más hasta llegar al muro que bordeaba todo el perímetro de la casa. Desde ahí podía admirar gran parte de Ciudad de México, desde aquí arriba mi esposo podía esconderme de sus habitantes.

De la verdad.

Estaba entregada a mis pensamientos cuando un movimiento entre las plantas me hizo sobresaltar. Me di la vuelta buscando algo, pero estaba demasiado oscuro.

Toda la seguridad estaba vigilando la puerta principal, en la entrada, y realmente yo había sido tonta al aventurarme lejos en la noche. Moví la cabeza de un lado a otro, los ruidos se volvieron más insistentes, hasta que se convirtieron en pasos que se acercaban hacia mí.

Podría haber gritado, pero no lo hice, si fuera algún participante de la fiesta, habría hecho el ridículo y mi esposo no me lo habría perdonado. Así que tragué saliva, traté de mantener la calma y me desplazé para volver al camino que me llevaría de regreso.

Pero un grito se apagó en mi garganta cuando me encontré frente a una bestia negra con dientes afilados.

Capítulo 10

Alexander

La sombra de la noche y el árbol detrás del cual me había escondido me ocultaban de ella. Desde allí pude identificar su imagen.

Dark estaba frente a Tanjia y basándome en su grito, había logrado en ella el efecto deseado. El miedo que atravesaba su cuerpo era igual al disfrute que atravesaba el mío.

Había llegado justo antes de verla irse, así que la seguí hasta el piso superior y luego al exterior de la villa. No fue fácil esconder a mi perro, pero lo había entrenado bien para responder a mis órdenes, por lo que permaneció en silencio esperando mi gesto.

Vi que Dark avanzaba y Tanjia retrocedía. Esperaba que su lado dócil no saliera en este momento, mi pequeño animal era grande pero bueno en igual medida.

—Está bien cachorro, ahora sé bueno y déjame volver adentro.

Curvé mis labios al escuchar su asustada voz tratando de calmarlo.

Dark no se movió, me sentía orgulloso de él.

Miré hacia ella otra vez, la vi agarrar un mechón de cabello y colocarlo detrás de su oreja. Aquel gesto me devolvió doce años atrás, ella siempre lo hacía, cada vez que estaba nerviosa, cada vez que mi presencia la ponía nerviosa.

Las palabras de Andrea no se realizaron, reconocí a Tanjia tan pronto como cruzó el umbral de su casa. Habría sido imposible ignorar una mujer con el cabello dorado y los ojos casi violáceos.

La odié al instante.

Su mirada real, que después de todo este tiempo lograba hacerme sentir como una nimiedad.

Su belleza efímera, su risa falsa y, sobre todo, su vida mimada por el lujo y la riqueza, que acabaría destruyendo la nuestra.

En el interior de aquella enorme casa, entre tanta gente, mi vista se centró en sus dedos, entrelazados con los de su esposo. Me preguntaba cómo lograba tocarlas, que sus manos la tocaran, las mismas que había provocado la muerte de su hermana.

En ese momento todas las palabras de Erika se convirtieron en verdad absoluta, pues la pareja Hernández eran manipuladores crueles y yo los destruiría.

Mi venganza sería mi redención.

Apreté los puños y decidí que era hora de mostrarme.

Tanjia habría entendido que Dark no la lastimaría y por ello tendría vía libre para escapar.

En silencio salí de mi escondite. Mis pasos hicieron girar al Rottweiler y corrió hacia mí meneando la cola. Cuando me planté detrás de Tanjia, su ceño asustado se convirtió en una expresión confusa.

En el momento en que abría la boca para gritar, la cerré con la palma de mi mano.

Dark ladró rompiendo el silencio en el que estábamos envueltos. La rodeé con el brazo y acerqué aún más la mano a sus labios.

¡Estaba muy buena, carajo!

La fina tela del vestido me permitió sentir lo plano y firme que era su vientre. La proximidad a su rostro y la luz de la luna revelaban la perfección de su boca. Sus iris, entre azul y púrpura, apuntaban directamente a los míos, recordándome la rareza de aquella cortante mirada.

El pánico que la atravesó me facilitó aún más ímpetu para apretarla contra mi pecho.

Permanecimos en esa posición durante unos segundos, tan pronto como estuve dispuesto a revelar mi nombre, trató de morderme los dedos.

—No lo intente, Sra. Hernández —susurré a unos centímetros del oído. Su cuerpo comenzó a temblar.

Era hermoso...

Hermoso verlo, finalmente, entre mis manos.

—Ahora te dejo, si intentas emitir un sonido por esa hermosa boca te arrepentirás. ¿Entendiste?

Esperé una reacción que se produjo unos segundos después, cuando su cuerpo se relajó y se rindió a mi agarre.

Me dolió esa rendición. Esperaba una mujer más combativa, feroz frente a su torturador y en cambio, me encontré viéndola asentir.

Lentamente aflojé mi agarre hasta que sus labios pudieron abrirse y tomar aire. No hice lo mismo con su cuerpo, que sostuve sujeto contra mí, así como para que no permitirle escapar.

—¿Qué quieres? —susurró ella casi sollozando.

A nuestro alrededor imperaba la noche más oscura, su susurro era casi imperceptible.

La odiaba.

—¿Estoy tan cerca de ti y todavía no me has reconocido? —me burlé.

La radiografía que hizo duró el mismo tiempo que le tomó recuperar fuerzas e intentar enérgicamente alejarse.

Me había reconocido. Y había perdido la actitud sumisa tan pronto como asoció mi rostro a un nombre.

—El chico del sur ha vuelto. Quitame tus sucias manos de encima —ordenó con los dientes apretados.

—Seguiste siendo la gilipollas mimada habitual —le obsequié una sonrisa burlona.

—Una gilipollas que puede mandarte a la cárcel sólo por atreverte a tocarme. No sabes quién soy Torres, así que te repito, déjame y nunca más me toques. —Trató de empujarme sin poder liberarse.

Al final fui yo quien la liberó de mis brazos. Dio unos pasos hacia atrás, un tirante del vestido se le había resbalado del hombro y no pude evitar seguir su mano mientras lo levantaba.

Había crecido. Cambiado. Mucho. Demasiado.

No es que esperara encontrar un patito feo, Tanjia ya era hermosa, pero no esperaba encontrarme frente a la mujer más fascinante que jamás había visto.

—Desprecias que te toque mientras se lo permites a un anciano que ya ni siquiera tiene la fuerza para que se le ponga dura. Supongo que el amor es más fuerte que cualquier cosa, incluso que la edad.

—¿Qué sabes sobre el amor? Dijiste que amabas a mi hermana y luego la llevaste a la muerte.

La acusación me golpeó como un puñetazo en el estómago. Agarré su cuello hasta que nuestras narices quedaron a centímetros de tocarse.

—No te permitas hablarme así. No te permitas utilizar el nombre de Ysabel sólo porque tú y tu maldita familia no aceptabais nuestra historia. ¡No sabes un carajo de nosotros!

La aparté de inmediato, sintiendo el calor que su cálida piel había pasado a la mía.

—Dime qué necesitas y luego sal de mi casa Torres.

—Vine a buscar justicia y me ayudarás, lo quieras o no. —Hice un gesto a Dark para que se acercara a ella. El perro obedeció y comenzó a olerla.

—No sé lo que estás buscando, pero ciertamente no lo encontrarás aquí. —Lanzó una mirada asustada hacia el animal.

—En cambio, creo que estás ocultando algo y me lo vas a decir ahora.

—No puedes...

Tanjia comenzó a moverse, pero Dark le puso las patas en la cintura. Emitió un gemido ahogado y me reí de su miedo desmotivado.

Sin embargo, algo se movió detrás de nosotros y fuertes pasos avanzaron hacia allí.

Crucé la mirada con Tanjia, un suspiro de alivio brotó de su pecho. Con un silbido llamé a Dark y antes de desaparecer en la oscuridad, la miré de nuevo.

—No termina aquí.

Había ganado una batalla, pero la guerra apenas acababa de comenzar.

Capítulo 11

Tanija

Por primera vez, estaba agradecida con mi esposo por enviar a uno de sus “amigos” a buscarme. Sabía que pagaría las consecuencias por alejarme de su lado, pero no me inquietaba tanto como que Alexander estuviera en la ciudad. Y me había buscado.

¿Por qué? Pensé que nunca lo volvería a ver. Pensé que me había librado de él muchos años atrás. Esperaba que se olvidara de mí como lo hizo con todas las personas que lo amaban. No es que lo quisiera. Lo detestaba desde el primer día que apareció en nuestra casa.

Caminaba detrás de Jason, pero mi mirada nunca dejaba de buscar. De buscarlo.

Estaba allí. Seguía mirándome. Sentí sus ojos sobre mí, así como percibí su maldito y caro perfume que me molestó en cuanto invadió mis fosas nasales.

Se había convertido en uno de ellos. Uno de aquellos hombres ricos y crueles que quería mantener alejados de mi existencia, a pesar de que estaba casado con alguien así.

¿Cómo pudo entrar? ¿Cómo había superado la barrera de seguridad sin tener invitación?

¡Esta villa era una fortaleza, demonios!

¿Cómo había tardado en reconocerlo? Sobre todo, ¿cómo podría haberme sentido atraída por él tan pronto como sus ojos se posaron en mi cuerpo en el salón?

Lo había vislumbrado mientras bajaba las escaleras e inmediatamente capté la mirada dura y profunda que se movía entre todas aquellas insignificantes y egocéntricas personas. En seguida, la curiosidad por comprender quién era se había apoderado de mí. Ciertamente no era un peón de mi esposo. Era evidente por la forma en que se movía, por cómo evitaba encontrarse con los que importaban en esta ciudad y por cómo me había mirado, sin ninguna vergüenza, sin miedo.

Jason se detuvo abruptamente y me topé con él con su espalda. Se volvió hacia mí y me ofreció la habitual mirada despectiva. No le gustaba, aunque no lo mostrara. Yo era quien echó a sus padres de su propia casa. La hija desagradecida que se había deshecho de su propia familia y de toda su riqueza y que se casó con uno de los hombres más ricos de la ciudad.

Una aprovechada sin escrúpulos.

Todo había cambiado desde la muerte de Ysabel. Todo tuvo que cambiar.

—Vuelve adentro, tu esposo ya está bastante enojado.

Jason conocía perfectamente el poder que el Dr. Hernández tenía sobre mí. Sabía lo violento que era ese hombre y como todos los demás, giraba hacia otro lado cada vez que mi cara presentaba un nuevo moretón.

Apreté la tela del vestido y asentí ante sus palabras.

A ritmo rápido, me fui a casa, junto a mi esposo.

Pasé toda la noche con un nudo en el estómago. Sonreía y respondía las preguntas que nuestros invitados me hacían sólo por cortesía. Parecía un autómata. También estaba impasible ante las miradas de advertencia que me daba el hombre que se casó conmigo.

Cuando la fiesta finalmente terminó y el último invitado se fue, corrí hacia la habitación de arriba.

Juliano se había detenido para discutir con Jason, así que tuve unos minutos para tomar aire antes de que viniera a desahogar su rabia conmigo.

Fui al tocador, agarré una toallita desmaquillante y me la pasé por la cara con movimientos

rápidos.

Cuando encontré mi mirada en el espejo vi que mis ojos se llenaban de lágrimas. Tiré la toalla sobre la mesita, fui al otro lado de la habitación, agarré el teléfono celular, lo encendí y llamé.

La voz al otro lado respondió tras un segundo tono.

—¡Esta aquí! Alexander Torres ha vuelto —dije esas palabras mientras admitía que él estaba en Ciudad de México.

Me tenía que esconder. Ahora más que antes.

Capítulo 12

Alexander

Las puertas correderas se abrían y se tragaban a toda persona que las atravesaba. Hacía quince minutos que estaba allí, mirándolas fijamente sin tener el coraje de cruzar el umbral.

Llegué a Ciudad de México hacía cuatro días y ni una sola vez me había permitido pensar que los cuerpos de Ysabel y mi hija yacían allí mismo. Hacía años que me destruía con la idea de haberlos perdido, pero sólo ahora, frente al hospital del que deberíamos haber salido felices, me di cuenta de cuánto me estaba desintegrando ese dolor.

Me sentí un idiota por haber aceptado regresar, pero la necesidad de buscar respuestas, de encontrar una mísera justificación de la maldición que la vida me había impuesto, había sido más fuerte.

Respiré hondo y di el primer paso decidido a entrar, pero el sonido del teléfono me detuvo haciéndome dudar de mi valor.

—Brian —contesté tan pronto como leí su nombre en la pantalla. Mi voz se conmovió por la emoción, él lo notó porque pasaron unos segundos antes de que comenzara a hablar.

—¿Es un mal momento? —preguntó quedando claro que usaba las palabras con cuentagotas, sabía que yo era una bomba de relojería y que cada gesto incorrecto me haría explotar.

—Más o menos. ¿Necesitas algo? —le pregunté a toda prisa.

—Te llamo para el caso de la Sra. Moone, el juez ha aceptado la apelación, pronto sabremos la fecha de la próxima audiencia. ¿Sigues pensando en dejarnos el caso a Simon y a mí?

—Estoy aquí para resolver un problema *tuyo*, ¿cómo quieres que lo solucione también? —hablé sin preocuparme por el tono áspero. Quedé pensando en la respuesta ante la pregunta que era tan superflua, ambos sabíamos que debía encargarse él, habíamos hablado de ello antes de partir, estaba seguro de que la razón de aquella llamada era otra.

—Está bien —respondió Brian.

—¿Eso es todo?

—No... Erika me preguntaba si la viste.

Sonreí enojado. ¿Brian perdió las bolas por esa mujer?

—Quieres saberlo tú o Erika —bromeé.

—Ambos.

—Sí, la vi, por poco y no, no tuve una entrevista con ella sobre el asunto —y no habría sido fácil tenerla, hubiera querido decirle—. Ahora estoy en el hospital. Habrá alguien más que pueda darme pistas.

—Alexander, lo siento... —Brian comenzó a decir, pero lo detuve de inmediato.

—¡Tengo que irme! Métete en el caso Moone y consigue la victoria —colgué sin esperar su respuesta.

Guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón y mis ojos se pusieron en blanco. Las nubes revoloteaban por el oeste y un viento suave y cálido me despeinaba el pelo.

Volví la mirada hacia la puerta y entré. Yo no era un tonto cualquiera. Estaba allí para hacer mi trabajo. Un trabajo que sabía hacer bastante bien, porque no me dejaba involucrar. No sentía nada hacía mis clientes, no me importaba su vida, mi único objetivo era su absolución y el dinero. Tenía que ser el mismo ahora.

La praxis era simple y siempre la misma: encontrar evidencias, denunciar y meter en la cárcel muchos años, estaba aquí sólo para eso.

Caminé sin mirar a mi alrededor, sin darme cuenta de que había habido cambios en el recibidor, o en la estructura o disposición de los muebles. Mi paso me llevó directamente hacia la mujer del escritorio.

Era más bien anciana, con cabello gris y los anteojos resbalándose de la nariz.

—Estoy buscando a la doctora Sonia Cruz.

La mujer bajó el marco de las lentes y me miró fijamente antes de arrugar la nariz y volver a escribir en la PC.

—Ya son años desde que la Doctora Cruz dejó el hospital. Desde hace un tiempo atiende la Doctora Santos, pero tiene que pedir cita o reservar en línea. ¿Está embarazada su esposa? No creo que usted necesite una ginecóloga.

Me quedé mirándola. Aquella pregunta me desplazó más que su impertinencia.

Sus ojos se volvieron hacia mí ansiosos por una respuesta, pero de mi boca no salió ni una palabra.

Me devolví a doce años atrás, cuando juntos hicimos la primera ecografía, incluso entonces atribuyeron el papel de mi esposa a Ysabel. Recordé su radiante sonrisa cuando respondió “*aún no, pero sucederá pronto*”.

Había pedido un permiso de tres horas en el trabajo, el médico nos esperaba a las tres. Ysabel llevaba un vestido amarillo con flores azules. Era feliz. Eso era lo que importaba para mí, que fuera feliz. No deseaba nada más aparte de nuestro niño o niña. Sonreí como un idiota, había vuelto a ser el chico enamorado de la vida y con gran deseo de conocer el futuro.

¡Joder, todo era perfecto!

Perfecto como el pequeño corazón que latía salvajemente.

Aquel recuerdo me causó un apretón en el pecho.

Estaba a punto de irme cuando escuché a alguien pronunciar mi nombre:

—¡Alexander! —La voz femenina me hizo girar y me sorprendió cuando me encontré frente a una antigua compañera de colegio.

—Amalia.

Amalia Santos era la nueva ginecóloga de la sala.

—No puedo creerlo.

Otra persona que había excluido de mi vida. Habíamos tenido un vínculo muy fuerte en el colegio, Andrea y yo la habíamos tomado bajo nuestra ala, protegiéndola de los matones que no la dejaban en paz.

Se acercó a mí, la bata blanca inmaculada parecía quedarle bastante grande debido a su pequeña estatura.

Sin previo aviso, me abofeteó la cara y luego tiró sus brazos alrededor de mi cuello.

Me sorprendió su reacción, pero no dije una palabra, merecía la bofetada tanto como no merecía aquel abrazo.

—¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que nunca volvería a verte —dijo separándose y clavando sus ojos color avellana en los míos.

No había cambiado mucho, sí era más mayor; sus pupilas todavía tenían el poder de sonsacarme la verdad.

—Estaba buscando a la Doctora Cruz.

—Yo tomé su plaza. Vamos, tengo cinco minutos antes de comenzar el turno.

Fuimos al bar del hospital, pedimos un café y nos sentamos en una pequeña mesa blanca.

—¿Qué haces aquí, Alex? —preguntó inquisitivamente.

—¿Todavía puedo confiar en ti?

—No soy yo la que desaparecí. Siempre me he mantenido igual y sabes que habría hecho todo lo posible para verte feliz.

Asentí y decidí decirle la verdad.

Amalia suspiró y miró hacia otro lado.

—¿Sabes algo? ¿Cualquier indicio o pista me es útil?

—Debes estar loco por tomar ese camino. Si puedo darte un consejo, déjalo —dijo poniendo una mano sobre la mía.

—Encontraré la verdad con o sin tu ayuda, pero si tienes la más mínima información, por favor dímelo.

—Hernández dejó este hospital antes de que llegara yo. Pero la doctora Cruz lo hizo después de la muerte de Ysabel. Nadie sabe por qué dejó el trabajo después de pocos años de servicio y nadie volvió a saber de ella, algunos dicen que desapareció o fue obligada a desaparecer. Si yo fuera tú, lo dejaría y volvería a Nueva York, aquí es peligroso encontrarse con ciertos entornos, deberías saberlo Alex.

Amalia había perdido a su padre cuando era sólo una niña debido a algunos traficantes de drogas a quienes debía dinero.

—No te preocupes por mí. Ahora soy adulto y antes de que me destruyan, los destruiré yo.

Hablamos de todos los pormenores. Aún no estaba casada, había tenido alguna historia, pero estaba en busca del amor verdadero. Fue agradable volver a verla, no me hubiera imaginado que después de tantos años de distancia todavía tuviera el poder de hacerme sentir como en casa.

Nos despedimos con la promesa de que antes de partir habríamos cenado juntos, Andrea ella y yo; y con la intención de no volver a pisar aquel lugar, salí del hospital.

Capítulo 13

Tanja

Como imaginaba, después de la fiesta, mi esposo vino a reclamar lo que le pertenecía. No me había levantado la mano, pero había hecho algo peor, había usado mi cuerpo una, dos, tres veces... Prefería los golpes.

El dolor de un golpe pasaba, pero el asco de su espermatozoides dentro de mí, lastimaba cada órgano que aún me mantenía con vida.

Él ya estaba fuera cuando me desperté a la mañana siguiente, así que podía desayunar en paz; no podía moverme, estaba demasiado débil y destruida, habría pospuesto todo programa al día siguiente.

Recordé que tenía una cita con mi abuela, pero ella se habría dado cuenta de mi mal humor y yo habría terminado por contarle por enésima vez lo que me pasaba. Necesitaba despejar mi mente y estudiar el próximo movimiento que me permitiría cumplir mi promesa.

A la mañana siguiente me preparé rápidamente, subí al Mercedes, me puse las gafas de sol y arranqué levantando una polvareda. Me encantaba la velocidad, mi sangre hervía cada vez que pisaba el pedal del acelerador. Era un desafío entre la vida y la muerte, cuanto más corría, más viva estaba y más probabilidades tenía de morir. Me acostumbré a ir llevándolo así, en un equilibrio entre el deseo de permanecer en la tierra y el de abandonarla para siempre.

Aparqué el auto frente a la floristería, salí y compré el mazo de orquídeas blancas de siempre. La señora me dirigió la habitual mirada despectiva cuando pagué, lo que me hizo bajar la mirada.

Me despedí con un saludo al que ella respondió con esfuerzo. Tener una reputación como la mía en una ciudad tan grande como la capital de México era devastador.

Mi nombre estuvo en todos los periódicos cuando mi padre se declaró en bancarrota y tras unos pocos meses me casé con mi esposo y él compró la casa que pertenecía a mis padres y la puso a la venta de inmediato. Por mi parte, no había hecho nada para que la gente cambiara de opinión, no me importaba mucho, mis planes eran diferentes y pronto abandonaría aquella ciudad y todos sus habitantes.

Aquel era el único pensamiento que ocasionalmente me permitía sonreír.

En cuanto podía, pasaba a dejar flores en la tumba de mi hermana, también lo hice aquella mañana. Miré la foto en la lápida que la retrataba sonriendo y coloqué las orquídeas sobre el frío hormigón.

No me sentía culpable por ella. Todo lo que había hecho era en su honor, era por el amor que me unía a ella, era para asegurarme de que aún permaneciera.

Acaricié su imagen, demasiado joven para estar allí, una lágrima me mojó la mejilla, Ysabel me faltaba como el mismo aire y cada vez que me acercaba a ella, un voraz dolor me envolvía.

Pensé en su último día, su último aliento, sus últimas palabras:

Cuida a mi bebé.

Cuida de Lolo.

Ella no era consciente de su destino. No sabía que no éramos nada en comparación con las personas que ya habían diseñado nuestro futuro.

—Amaste incondicionalmente a quien te traicionó.

Esperaba que me escuchara. Esperaba que me ayudara a enfrentar aquellos días difíciles.

Me quedé con ella durante casi una hora, luego las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer rápidamente, así que decidí decirle adiós y volver al auto.

Mientras conducía a casa, mis pensamientos se volvieron hacia Alexander. Me buscaría de nuevo y no podría evitarlo. Tarde o temprano tendría que enfrentarlo.

Hace unos años me había molestado en buscar noticias de él, mi esposo me había contado de su carrera, se había burlado de la historia con mi hermana y concluyó que su muerte le había traído suerte. No creí en sus palabras, Alexander moriría por Ysabel, sabía cuánto la amaba, por eso lo odiaba. Ella merecía mucho más y aunque en ese momento era un buen chico, no podía aceptar que un pordiosero entrara en nuestra familia.

Cuando vi sus fotos en Internet no pude evitar cambiar de opinión. Se había convertido en un abogado exitoso y un follador en serie, al menos eso escribían y contaban de él.

El chico amable del pasado había dado paso al hombre despiadado de hoy.

Desde entonces nunca lo volví a buscar y por eso no hube reconocido su rostro la noche anterior.

Aun así, su encanto había dejado huella en mis pensamientos. Sólo recordarlo me hacía sentir en peligro. La amenaza de ceder ante la atracción que me había surgido por aquel cuerpo imponente me aterrizzaba.

No podía.

No podía sentirme así por ese hombre.

Él había sido la fuente de todos mis males, debería seguir odiándolo. Había sido fácil en el pasado y lo sería ahora.

Aparté la idea de mi mente y conduje sin rumbo durante aproximadamente una hora, hasta que me encontré frente a la pequeña playa el Paraíso.

Siempre iba con Ysabel y algunas compañeras de colegio. Nos encontrábamos cuando aún teníamos sueños, planes, amores y secretos. La lluvia se había vuelto más persistente, pero no me importó, salí del auto y me dirigí hacia la arena blanca y el mar cristalino.

Hacía años que no venía. Dolía demasiado. Me traía a la memoria demasiados recuerdos.

Me quité los zapatos, por suerte no hacía frío, así que comencé a caminar mojándome los pies. También me quité las gafas, no había nadie allí que pudiera notar el hematoma que estaba ahora desapareciendo.

Miré a mi alrededor y descubrí algunos trozos de madera quemada, restos de hogueras que los muchachos solían hacer. Ya no era nuestra playa, quedaba poco de aquellos compañeros, también Erika, la mejor amiga de mi hermana, había desaparecido sin dejar huella.

Llegué a un pequeño acantilado que se adentraba desde la orilla y se adentraba en el mar, subí y me senté en una de las rocas más cercanas al borde, donde las olas rompían perezosas, a pesar de la lluvia.

Observé la extensión de agua gris, no era cristalina, como solía ser desde hacía mucho tiempo. Quedé envuelta en mis pensamientos. Aunque estaba mojada entera, no tenía intención de irme.

Aquel lugar me regalaba aún la paz de un pasado y ahora se le añadía otra cualidad, la soledad.

El sonido de las olas y la lluvia, sin embargo, se vio perturbado por un repentino ladrido. Me di la vuelta y reconocí al perro de Alexander corriendo hacia mí.

Mi corazón casi explotó cuando mis ojos también captaron su presencia. Incluso desde la distancia, su estatura era más alta de lo normal.

Me levanté de un brinco, dispuesta a salir corriendo antes de ser descubierta. No estaba preparada para verlo, ni a encontrarme frente a él y tener que fingir.

Fingir que todo estaba bien, que no escondía secretos. Que estaba limpia.

Di unos primeros pasos sobre las rocas mojadas, pero me resbalé en una maldita piedra. A pesar del dolor, me puse de pie. Miré hacia ellos. Estaban cerca y me habían visto.

Me dolía el pie, pero no detuvo mi carrera.

Escuché a Alexander gritar mi nombre, pero mi único objetivo era regresar al auto rápidamente.

No obstante, cada intento fue en vano; una vez en la playa caí de nuevo, había perdido el equilibrio y Alexander, tratando de agarrarme del brazo me siguió en la caída, así que en un momento me encontré debajo de él.

Capítulo 14

Alexander

Habían pasado seis días desde que llegué, si bien mis padres me habían atendido gratamente, había decidido recuperar mi privacidad y mi independencia; ir a un hotel ni hablar, no todos habrían aceptado hospedar a Dark, así que en cuanto leí un anuncio de casa de alquiler en los acantilados de Playa el Paraíso, lo tomé.

Conocía bien aquel lugar, iba con Ysabel.

Allí hicimos el amor por primera vez.

Allí le juré eterna lealtad.

No sabía cuánto tiempo me quedaría, si tuviera que seguir mi parte más racional habría tenido que abandonar la ciudad lo antes posible, pero era mi instinto el que me frenaba, el que me decía que me quedara y aunque me sentía extremadamente incómodo, aquí estaba.

Dark había apreciado el arreglo temporal, tanto que ya había elegido su rincón favorito, frente al cristal de la ventana, donde la vista de la playa y el mar hacían de fondo. Fue justo cuando estaba preparando el tazón con la comida que la vi.

Tanjia Méndez era una incógnita para mí. No se había dejado conocer doce años antes y temía que tampoco lo hiciera esta vez. Me mantuvo a distancia, siempre lo hizo, con su mirada y sus afiladas palabras, pero al día de hoy yo tenía el control. No se escaparía, me dejaría entrar en sus secretos con o sin su voluntad.

Cuando se sentó en el acantilado mirando las olas, decidí alcanzarla. Fue una buena oportunidad para pillarla desprevenida y sobre todo sola.

Al menos esperaba que lo estuviera.

Noté que ella me percibió cuando la vi levantarse y moverse rápidamente. Se resbaló, pero el deseo de evitarme hizo que volviera a ponerse de pie de inmediato.

Podría haber ordenado a Dark que la persiguiera y la acorralara, pero era lenta, tal vez se había hecho daño, así que la alcanzaría.

Tras unos pocos pasos, estaba encima de ella. Tanjia cayó debajo de mí. Mi cuerpo masivo la detuvo sobre la playa mojada. Rápidamente agarré sus manos y las llevé sobre su cabeza.

La lluvia caía sobre mi espalda, apenas notaba eso, ella había captado toda mi atención. Intentó liberarse. Arqueó el cuerpo y movió las piernas. Curvé mis labios y la dejé hacerlo por un tiempo más, sólo para darle la esperanza de que lo lograría.

—Déjame, bastardo —gritó.

Evitaba mi mirada, se retorció debajo de mí, movía la cabeza de lado a lado, sin importarle la arena que ensuciaba su rostro, lo más importante para ella en ese momento era evitarme.

—¡Nunca!

Tomé sus muñecas con una mano y agarré su mentón con la otra, asegurándome de que nuestros ojos finalmente se encontraran. Cuando ocurrió, Tanjia dejó de luchar.

Sus pupilas se habían oscurecido y me apuntaban como si quisieran matarme. Le devolví la mirada, vi la misma ira del pasado, el mismo odio que nunca olvidé. Aun así, no me puse nervioso, sino que sucedió lo contrario. Ocurrió que aquella pasión, ese fuego, ese ardor también me prendieron fuego a mí.

La necesidad de empujar mi polla en su vientre para mostrarle que yo era la más fuerte surgió

incontrolable, viéndome obligado a apretar los dientes para no moverme. Lástima que ella pensara lo contrario porque se movió y me causó un espasmo involuntario.

—Tú y yo tenemos que hablar —gruñí aquellas palabras a unos centímetros de su boca.

Estaba enojado. Furioso con aquellas sensaciones que invadían una gran parte de mi cuerpo.

—No —respondió decidida.

Apreté su barbilla aún más. Me tomé unos minutos para mirar hacia abajo. Observé su boca, ahuyentando la imagen que se había materializado violentamente en mi cabeza. Me deslicé para ver cómo su pecho subía y bajaba regularmente.

Tanjia era peligrosa. Insidiosa para mi estabilidad mental.

¿Qué demonios estaba pensando? ¿Follármela?

¡Dios santo, cuánto lo deseaba!

Cerré los ojos por un momento. Suponía que la actitud que teníamos nos llevaría por peligrosos caminos. Tenía que calmarme y simplemente pedirle de encontrarnos de una manera madura y respetuosa.

Cuando volví a abrir los párpados, vi que las lágrimas mojaban sus mejillas, las seguí y mi mirada se detuvo sobre la mancha púrpura cerca del pómulos. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que era la consecuencia de una bofetada o un puñetazo. Había visto mujeres maltratadas, golpeadas y las hube defendido, en la corte y fuera de ella.

—¿Qué carajo te ha hecho? —gruñí.

—Déjame, Alex. Por favor déjame —Tanjia se echó a llorar. La mantuve aún quieta, pero cuando sus sollozos se hicieron más frecuentes, la liberé de mis manos y de mi cuerpo.

Me puse de pie y esperé a que ella también lo hiciera.

Temblaba. Tal vez tenía frío... o miedo.

—¿Ves esa villa? —señalé con el dedo la casa en el acantilado—. Yo vivo allá. Mañana a las ocho te espero a cenar en casa, si no apareces vendré a buscarte a la fuerza.

Aquellas fueron las últimas palabras que le dije antes de llamar a Dark y marcharme.

Necesitaba tiempo. Debía pensar. Reflexionar sobre lo que estaba sucediendo.

Estaba seguro de que algo mucho más grande se escondía detrás del Dr. Hernández, un monstruo.

Capítulo 15

Tanjia

Desde que regresara el día anterior, había estado buscando una manera de evitar aquella cena. El encuentro con Alexander y lo que había vuelto a la cabeza, me había desestabilizado. No sabía cómo terminaría. Era una caja de Pandora que nunca debería abrirse.

—Buenas tardes, Sra. Hernández, ¿qué quiere para cenar? — preguntó Angelina entrando al dormitorio principal después de tocar.

—No comeré en casa, gracias —le respondí, desplazando la mirada del armario hacia ella.

La vi morderse los labios. Sabía lo que estaba pensando. Sabía que pagaría un alto precio por lo que estuviera a punto de hacer. No tenía compromisos programados con mi esposo. Ella estaba informada de más cosas que yo, ya que se la follaba sin siquiera tratar de escondérmelo. Me preguntaba si realmente le gustaba o si era una alternativa fácil debido a una esposa fría y distante. Lo que sea que hubiera entre ellos, me daba pena.

Los ojos negros de la ama de llaves se posaron sobre el vestido gris que acababa de sacar, su boca se abrió como si quisiera decirme algo, *ordenarme algo*.

—Nuestra conversación ha terminado. Puedes irte. —La acallé antes de que pensara en decirme lo que estaba pensando.

—No creo que sea una buena idea...

—No creo que sea una buena idea continuar esta conversación. Ahora vete de aquí. —El tono perentorio que usé tuvo éxito, ya que unos segundos después estaba cerrando la puerta tras de sí.

Aunque era una nulidad para mi esposo, todavía era mi hogar y yo estaba a cargo.

Suspiré mientras me dejaba caer en la cama.

¿Cuándo terminaría todo esto? ¿Cuántos años pasarían antes de que mi aliento cesara?

Apoyé el vestido sobre las sábanas y masajee mis sienes con los dedos. La migraña había vuelto, dominante, acompañada esta vez de un severo cansancio que apenas me permitía levantarme.

El silencio fue interrumpido por el sonido del teléfono.

—Adela, por fin.

Le había dejado un mensaje por la tarde. Necesitaba de ella, de sus consejos.

—¿Qué pasa cariño? Recién me liberé —gritó por la confusión surgida por alguien a su alrededor.

—Alejandro Torres está aquí y quiere hablar conmigo.

—Espera Tan, no te escucho. ¡Joder, moveos!

Sonreí ante las delicadas maneras de mi amiga.

—Aquí estoy.

—Alejandro Torres está aquí —repetí.

Hubo un momento de silencio.

—¿Te vio? —preguntó ella preocupada.

—Sí, e iré donde él esta noche.

Rápidamente le conté lo que había sucedido. No había dormido la noche anterior debido a nuestro encuentro, pero lo que me mantuvo despierta fue sobre todo la preocupación de saber qué quería de mí.

—Debes mantenerte alejada de él, Tan.

—Lo sé, pero él me amenazó con venir a buscarme. Tengo miedo Ad... me temo que...

—Shhh, ni lo digas. Ve donde él y dale lo que quiere. No sabemos exactamente qué quiere decirte, tal vez no sea nada serio, o si lo es, miente.

—¿Qué pasa si no puedo? Él... él no es la misma persona que cuando dejó esta ciudad.

—Eres fuerte, Tan. Tú sabes cuánto lo eres. Luchaste, has ido contra todo y contra todos. Ahora él es el último desafío, dale lo que quiere y se irá.

—¡Lo haré!

La conversación terminó poco después, hablar con ella, aunque fuera durante unos minutos me había dado un poco de valor.

Valor el que tuve que usar en parte tan pronto como mi esposo se asomó a la habitación.

—¿Cómo es que no tendré el placer de cenar con mi esposa? —La vena de su frente ya estaba hinchada mientras hablaba y el terror comenzaba a inmovilizarme.

—Bajo donde mi abuela. No se siente bien y... preguntó por mí —respondí costándome mucho mantener mi tono estable.

Tenía miedo. Demasiado miedo de él.

Apreté la bata más fuerte alrededor del cuerpo

—Vuelve para dormir, de lo contrario iré a buscarte.

Asentí, las lágrimas ya estaban asomando. Las contuve. Él odiaba verme llorar, era suficiente que mis ojos se pusieran brillantes para ponerlo nervioso.

Lo vi acercarse a mí, bajando a mi nivel y cuando me di cuenta de que me iba a besar, cerré los párpados.

Sus labios eran ásperos, amargos y carentes de sentimiento. Cada vez que me besaba tenía que reprimir una arcada. Pensé que con el tiempo aceptaría su caricia, pero cuanto más avanzaba más lo detestaba, y aquel era el motivo principal de su violencia. El hecho de que no lo quisiera lo volvía una bestia.

Afortunadamente, me dejó sola y pude seguir vistiéndome. Antes de salir fui a la habitación, donde me escondía cada vez que no quería que me molestaran, entré con cuidado de que no me observaran, cerré la puerta y agarré el teléfono que solía dejar en *su* mesita de noche.

Tan pronto como crucé el umbral, una ráfaga de viento me barrió y casi me hace perder el equilibrio. Me encontraba mal, pero sabía que todo era provocado por el estrés.

El camino a la casa de Alexander parecía interminable. El viaje estuvo plagado de pensamientos sobre él y lo que su cuerpo sobre el mío me había hecho sentir.

Cada sentimiento

Cada emoción

Cada latido acelerado del corazón había sido un error.

Una equivocación que pudo ser fatal, así que tuve que vencerla.

Obligándome a no pensar en el calor de su piel en contacto con la mía, fría y húmeda, a sus fuertes manos que me apretaban sin lastimarme, ni a sus ojos, que me miraban como si realmente me vieran y como si yo fuera la única mujer que hubiera deseado; fue lo más sensato que pude hacer. Lo que sentía por Alexander era todo lo contrario a lo que sentía por mi esposo.

Pero sabía que esa loca atracción tenía que parar de inmediato. O bien habría mandado todo a la mierda.

Pensé en Ysabel, él era su hombre y yo era un gusano por tener ciertos pensamientos.

Nuestra reunión no duraría mucho. Hablaríamos y luego me iría y él abandonaría pronto la ciudad.

Aparqué el auto frente a la villa. Me tambaleé al bajar. Me di cuenta de que apenas podía mantenerme en pie, mi tobillo todavía me dolía por la caída, pero no era sólo eso, tenía frío. Arrastré mis pies hasta llegar a la puerta. Toqué y afortunadamente, Alex llegó justo a tiempo para cogerme en brazos antes de que todo a mi alrededor se oscureciera.

Capítulo 16

Alexander

—Gracias Amelia, cuento contigo —colgué el teléfono y me levanté del escritorio de la pequeña habitación que había decidido usar como estudio. Estaba feliz con su ayuda. Feliz de ver que todavía tenía personas dispuestas a ayudarme, a pesar de haberlas abandonado.

Le había pedido que rastreara a algunos de los pacientes de Juliano a través de los archivos del hospital, para poder hablar con ellos y averiguar qué ocultaba aquel hombre.

Sabía que era ilegal, pero le había garantizado la máxima protección y confidencialidad. Si Tanjia no me ayudaba, tenía que comenzar por alguna parte. Incluso ahora no estaba seguro de que Erika hubiera dicho fuera la verdad, pero estaba seguro de que había algo oculto detrás de la excelente reputación de Juliano.

Tanjia era la prueba, la infelicidad y el gesto de su rostro me daban certeza de ello.

Esperaba con todas mis fuerzas poder poner un punto final a esta historia y seguir adelante con mi vida. Nunca como ahora había estado ansioso por volver a la normalidad. Una normalidad hecha de apariencias, pero que de una forma u otra me satisfacía, al menos superficialmente.

Apagué la luz y salí del estudio. Dark dormitaba en el lugar de siempre frente a la ventana, entré en la cocina, abrí la nevera y tomé una cerveza. Hubiera preferido algo fuerte, pero temía que el alcohol encendiera aún más mis instintos animales.

Era extraño cómo me sentía. Habían pasado doce años desde la muerte de Ysabel, todavía sentía la suavidad de su piel bajo las yemas de mis dedos, aunque me sentía atraído por Tanjia.

Por su hermana

La vida era realmente burlona.

La atracción que sentía por la mujer que estaba a punto de llegar, había destruido todas mis expectativas de deshacerme de ella pronto. No estaba preparado para aquella agitación de emociones que habían impregnado abrumadoramente mi cabeza y mi polla.

Llevaba todo el día pensando en ella.

Llevaba todo el día sintiendo la necesidad de volver a tocarla. La necesidad de follarla no había disminuido ni con las dieciséis millas corriendo que me impuse hacer en la playa.

Me acerqué a mi perro y le acaricié la cabeza. Estaba feliz de haberlo traído conmigo, en todos estos años se había convertido en la única familia que tenía. Simon era un buen amigo al igual que Melinda, pero Brian y Dark realmente eran parte de mí.

Dark lamió mi mano antes de volver a dormir. Sonreí y me dirigí a la habitación.

La casa de la playa era pequeña y acogedora. El mobiliario mínimo, pero adecuado a cada necesidad.

Abrí el armario y tomé pantalones de chándal, me los puse y quedé con el pecho desnudo. Me gustaba estar sin ropa, era cómodo. Pasé la mano por mi piel, los tatuajes me cubrían todo el tórax, llegué a la cruz estilizada en el pecho y tan pronto como mis manos la tocaron sentí un marcado latido cerca del corazón.

Desde que llegué, había intentado extinguir aquella parte de hombre roto por tan gran pérdida como para volver a ponerse en pie por completo. Evitaba pensar en ellas, pero no podía.

Estaban presentes, siempre.

Ysabel siempre había estado en mi vida, en mis pensamientos, en mi vida cotidiana. Estaba aquí

sólo por ella y nuestra hija, pero algo más estaba sucediendo.

No había pensado en el deseo que sentía por Tanjia y si no me equivocaba, era el mismo que sentía ella.

Aquel pensamiento me llevó a detestarla aún más, prefería yo su desprecio. Prefería yo mismo despreciarla.

El sonido del timbre me advirtió que ya estaba aquí. Me puse una camiseta blanca y fui a abrir la puerta.

Esperaba encontrarme frente al mentón altivo conocido y la misma mirada descarada color púrpura, en cambio, lo que apareció frente a mí fue una mujer que apenas se tenía en pie y que tan pronto como me vio se derrumbó en mis brazos.

Tanjia se aferró, pero no lo suficientemente como para sostenerse, así que la tomé en brazos y la llevé adentro. Dark inmediatamente se cruzaba entre mis pies tratando de entender lo que estaba pasando.

—Ahora no amigo —dije pasándolo y fui directamente a la pequeña sala de estar, donde había un sofá lo suficientemente grande como para poder estirarla.

Suavemente la acosté y la noté temblar al contacto con el paño frío.

Tenía una jodida fiebre. Tenía la cara roja y gotas de sudor caían de su frente. Acerqué mi rostro al de ella y apoyé mis labios en su frente.

Ardía.

Maldije mientras me dirigía rápidamente hacia la habitación y saqué dos mantas del armario. Cuando regresé, vi a Dark oliéndola, se volvió hacia mí y emitió un sonido estrangulado.

Le gustaba Tanjia, lo sentí por su pata descansando sobre su pecho. A menudo lo hacía conmigo, con Melinda, levantaba la pata como señal de amistad.

Maldije mentalmente. No tenía por qué gustarle ni mi perro ni a mí.

Mientras la tapaba, pensé en los años pasados. Hubiera preferido que no me odiara. Hubiera preferido que nos quisiéramos. Así como para poder seguir viéndola como una hermana. Como la hermana de mi prometida, sin embargo, la conocía poco, rara vez la había visitado y tal vez por eso lo que sentía era absurdo. Inexplicable. Insensato.

Después de tatarla, me hice a un lado y fui a buscar una botella de licor de la vitrina, me serví un vaso y me senté en el sillón frente a ella.

El alcohol ganaba.

Me sentí mareado y quería estarlo más aún.

Quedé estudiándola por largo tiempo. Escuché su respiración excitada. Observé su boca entreabierta y la blanca piel de su rostro. El hematoma estaba desapareciendo. Era tan pequeña, tan frágil, ¿qué hombre cuerdo podría haberla lastimado?

Yo, si descubriera que estuvo involucrado con la muerte de mi hija, podría haberlo hecho.

Me pasé la mano por el pelo. Estaba en la mierda Y no sabía cómo salir, que carajo.

Necesitaba a esa mujer, para obtener respuestas, para acabar con algo que me estaba destruyendo y necesitaba a esa mujer porque su cercanía me hacía sentir algo.

Y eran años que no me sentía así.

Eran años que no *sentía* nada.

Miré por la ventana. El clima estaba cambiando de nuevo. El viento había agitado el mar y las nubes negras habían tomado el lugar de las estrellas, lo más probable era que llegara una tormenta.

A Ysabel le hubiera encantado todo esto. La casa. Nosotros juntos y la lluvia. Pero no estaba con ella. Estaba con su hermana.

Tanjia se movió, tratando de apartar las mantas.

Me acerqué y las saqué. Estaba empapada de sudor y temblaba. Miré al cielo y agarré la camisa blanca que había dejado en la silla la noche anterior. Contuve el aliento antes de comenzar a desnudarla.

Le desabroché el abrigo y se lo quité, luego los zapatos y cuando la giré para desabrochar el cierre del vestido, ella se puso rígida.

—No, no me hagas daño por favor.

Me detuve por un momento. Sus ojos aún estaban cerrados.

¿Estaba consciente? ¿O estaba durmiendo?

—Tengo que quitarte la ropa mojada si no quieres pillarte una neumonía.

Bajé la cremallera, llegué hasta la mitad cuando ella comenzó a moverse entre mis brazos.

—No —gritó.

—Cálmate Tanjia. Soy Alexander, no quiero hacerte nada. Estás enferma y... —Vi las lágrimas correr por sus mejillas.

—Me quedaré quieta, pero no me hagas demasiado daño Juliano.

Contraje mis mandíbulas y un movimiento de ira me invadió, obligándome a contenerme para no dar un puñetazo a la pared.

¿Qué le había pasado a ella? ¿Era violento? ¿La violaba? ¿La golpeaba?

—Tan, soy Alex y no te lastimaré.

Sus párpados se elevaron débilmente. Sus ojos morados encontraron los míos.

—Tengo que sacártelo, lo siento.

Ella asintió y bajé la cremallera. No dijo nada cuando se lo quité ni tampoco cuando le quité las medias. Se dejó poner la camisa y finalmente la volví a cubrir con las mantas.

Me recosté de nuevo en el sillón a mirarla.

Me costaba mucho ignorar su cuerpo, aunque estuviera lleno de moretones. Estaba claro que era perfecto, como estaba claro el mensaje que emanaba del mío, lo deseaba. Lo exigía.

Y si me conociera lo suficientemente bien, lo habría tomado.

Hacía años que tomaba todo lo que quería, sólo que ahora tenía miedo.

Maldito miedo.

Nunca podría haber nada entre nosotros, pero si el solo hecho de tocarla me endurecía el miembro, no me atrevía a imaginar si lo tuviera dentro.

¡Qué demonios estaba pensando!

Tal como se preveía, la noche estuvo perturbada por la lluvia y el viento, al igual que Tanjia estuvo perturbada por el sueño y la vigilia. La había acostado en la cama mientras me acomodaba en el sillón que había arrastrado de la sala a mi habitación.

Escuchar sus delirios causados por la elevada fiebre, me llevó a preguntarme en qué tipo de mujer se había convertido la niña mimada y egoísta.

Parecía muy cambiada, por algo. O por alguien.

Alguien que tenía de negro sus sueños. Me encontré lamentando, por mis planes, realmente quería asustarla, exprimirla para sonsacar cualquier verdad que escondiera. Pero me di cuenta de que ya estaba lo suficientemente asustada, que no confiaría en mí si la hubiera tratado mal y que tal vez nunca hubiera confiado todos modos.

Tenía que intentarlo. Ella era mi única esperanza. Y además podría servirle también yo. Podría haberla salvado de sus monstruos, como los había definido durante toda la noche.

Cuando la primera luz del amanecer se asomó por las grietas de la persiana, decidí que me

vendría bien una ducha. No es que tuviera sueño, muchas veces el trabajo me obligaba a permanecer despierto por la noche, pero necesitaba lucidez para cuando ella despertara.

Me acerqué a la cama y le toqué la frente. La fiebre había bajado, la piel estaba más fresca y su respiración pausada.

—Mantente en guardia —ordené a Dark.

El chorro de agua no atenuó mis indecentes pensamientos.

Había pocos pasos entre donde estaba y la habitación y ya me parecía demasiado.

Demasiada distancia.

Apoyé mi frente contra el mármol húmedo y frío.

¿Qué mierda estaba sintiendo?

¿Por qué estaba tan preocupado por ella?

Detesté cada parte de mí.

Cada parte que la deseaba.

De todas las mujeres que había conocido, con las que había follado, ninguna había logrado ir más allá del simple contacto con la piel, ¿por qué ella?

La única a la que debería haberme alejado, se había metido en mi maldita cabeza.

Estaba casi al borde del colapso cuando escuché a Dark ladrar.

Sin pensarlo dos veces salí de la ducha, agarré una toalla alrededor de mi cintura y en pocas zancadas llegué al dormitorio.

Tanjia se había despertado. Se sentaba en la cama y miraba a Dark con ojos aterrorizados, pero no tan asustados como cuando se encontraron con los míos.

Capítulo 17

Tanjia

Confundida, miré a mi alrededor antes de darme cuenta dónde estaba. La luz del exterior iluminaba sólo una parte de la pequeña habitación, incluida la cama en la que me había despertado.

Me estallaba la cabeza, especialmente debido a la toma de conciencia, que me golpeó de repente, como puño en el estómago.

Ya era de día.

No estaba en casa.

Esta vez Juliano me mataría.

Estaba en casa de Alexander, al menos eso era lo que recordaba.

Me giré de un lado a otro, asegurándome de estar sola, de que este silencio no era sólo una mera ilusión.

Me podría ir.

Me tenía que ir.

Inmediatamente.

Intenté levantarme, pero mi cuerpo estaba demasiado débil, así que apreté los dientes y puse más esfuerzo en ello.

Quedarse en aquella casa un minuto más significaba adentrarme en el peligro.

El corazón latió más rápido aún ante la idea de toparme con la ira de mi esposo, pero galopó con fuerza ante la idea de encontrarme sola con Alexander.

Ayer estaba preparada.

Pero no hoy.

Hoy sólo quería huir.

Tan pronto como mis pies tocaron el frío suelo y estuve lo suficientemente segura como para estar erguida, algo se apoyó sobre mi pierna.

Incrédula, primero miré mi piel.

Desnuda.

Me había quitado la ropa.

Luego llegó el turno de la pata peluda.

Una sílaba estrangulada brotó de mi garganta cuando una boca babeante tomó el lugar de la pata.

No me moví. Me encantaban los animales, nunca tuve problemas, especialmente los perros. Pero él. Tenía algo aterrador. Era grande. Como lo era el dueño.

Emitió un sonido y su lengua pasó de la pierna a mis manos, que sostenía apretadas en mi regazo.

Me encontré con su mirada. Sus ojos eran negros, brillantes y buenos.

Había aprendido a reconocer la crueldad escondida en una mirada, hombre o animal, no había diferencia alguna y aquí estaba claro que no había maldad.

Concentré toda la energía en mi brazo y lo alcé. Sin mostrar el miedo que se apoderó de mi garganta, lo dirigí hacia el cuerpo del perro.

Me miró con curiosidad.

Había dos posibilidades: me mordería o se dejaría tocar. Esperaba que fuera la segunda.

Mis dedos tocaron su suave pelaje y, tan pronto como comencé a masajear su negra melena, hundió su cabeza entre mis piernas.

Estaba sorprendida y casi feliz con esa reacción.

Una sonrisa apareció en mis labios y continué acariciándole con mayor soltura.

Pasaron unos minutos y cuando estaba segura de que no me haría daño, me levanté.

No tuve tiempo de ponerme de pie porque la esperanza de poder escapar fue arruinada por los ladridos del perro.

—Shhh, por favor cállate —supliqué en voz baja.

Me mordí el labio y volví a la cama. Bajé la mirada hacia mis piernas desnudas, subí hasta donde la tela blanca comenzaba a cubrir mi piel. Agarré el trozo de tela y lo miré como si fuera algo que nunca había visto.

En realidad, era nuevo.

Todo era nuevo.

Haber pasado la noche fuera.

Ser desvestida en una cama que no fuera la mía.

Sentir su perfume encima.

Un olor que debería haber despreciado con todo mi ser y que, en cambio, me hacía sentir protegida.

Apreté mis ojos, evitando las lágrimas.

Estaba a punto de responder de mis acciones.

La vida me estaba presentando el precio más alto a pagar.

Tenía que irme, pero ¿a dónde podría ir desnuda y con un perro de guardia?

No sabía dónde estaba mi ropa, mi bolso, si pudiera encontrarlo tal vez podría haber llamado y que vinieran a recogerme.

Dios, ¿a quién llamaría? ¿A mi esposo? Ya me estaba imaginando su ira y sus preguntas.

Sin embargo, quedarse aquí estaba fuera de discusión.

Tenía que desaparecer, tal y como Alexander tenía que hacerlo de mi vida. De una vez por todas.

Estaba elaborando un plan para salir de aquella situación cuando sentí pasos caminando hacia la habitación.

Había pasado tan sólo una fracción de segundo desde que mis ojos se posaran en el hombre que acababa de entrar en la habitación, cuando el pánico se apoderó de cada célula de mi cuerpo.

Alexander se había convertido en un hombre maravilloso.

Todo en él sugería sexo salvaje.

Pequeñas gotas de agua corrían sobre el pecho cubierto de tatuajes. Fue difícil para mí no seguir su dirección, ya que desaparecían justo debajo de la toalla que él mantenía atada en la cintura.

La curiosidad por mirar lo que había detrás de la tela me hizo detestar el simple hecho de ser mujer.

Qué. Diablos. Estaba. ¡Pensando!

Odiaba a los Torres y así tenía que seguir siendo.

Por mi bien.

Por el bien de todos.

—¿Cómo estás? —Su cálida voz me hizo levantar la cabeza. Y me encontré con su cara. Y en ese mismo instante comprendí que tenía que huir, lejos...

Lejos de aquellos ojos oscuros y profundos.

Lejos de aquellos labios de pecador.

Lejos de él.

—¿Dónde está mi ropa? Tengo que irme. —Apenas podía mantener mi mirada con la suya. Nunca me habría mostrado débil. Nunca.

Alexander sacudió la cabeza y entró en la habitación, se acercó al perro que inmediatamente le mostró su afecto.

—Tenemos que hablar —dijo acercándose.

Me sentí irritada por el tono tranquilo y especialmente por la forma en que me miraba.

Como si realmente estuviera preocupado.

Me odiaba exactamente de la misma manera que todos me odiaban.

Me pasé la mano por la frente. En realidad, me sentía débil, tal vez la fiebre no había pasado del todo. No había sido una buena idea caminar por la playa bajo la lluvia.

—No seas difícil Tan, es una guerra perdida de antemano y lo sabes.

Puso las manos en sus caderas, sin darse cuenta de cómo su torso desnudo tenía el efecto de aturdirme.

Lo había deseado desde que puso sus ojos en mí. Pero él no debía saberlo. Él era el hombre que pertenecía a mi hermana y ella le pertenecería para siempre.

¿Quién sabe si aún amaba? ¿Quién sabe si tenía una mujer?

Aquel pensamiento me dio un atisbo de celos. ¿Pero por qué estaba celosa, por mí o por mi hermana?

Todo era absurdo.

Habría perdido esa guerra y lo sabía. Entonces asentí. Le hubiera dado lo que yo quería. Nada.

—Está bien, pero primero quiero vestirme.

Satisfecho, salió de la habitación. Su perro se quedó conmigo, lo hubo mirado antes de irse y como si le hubiera dado una orden en silencio, no se movió.

—¿Cómo vives con él? Tu eres mucho mejor —Extendí la mano y él se dejó acariciar.

—Se llama Dark y es la única familia que ha estado a mi lado. Te espero fuera.

Un destello de dolor pasó por sus ojos y no pude evitar bajar la mirada.

Esta vez Dark lo siguió y me quedé un momento mirándolos.

Tal vez las cosas podrían haber sido diferentes.

Tal vez.

Si hubiese confiado en él.

Capítulo 18

Alexander

Desde que me mudé a Nueva York, había contratado a personas que cocinaban para mí, ordenaban mi casa y aseguraban de que mi vida fuera siempre perfecta. Ahora, sin embargo, me encontraba en una pequeña cocina friendo tiras de panceta y tostando pan. Y esa no era la parte divertida. Era que la estaba haciendo por una mujer que había convertido mi vida en un infierno y que hubiera preferido estar en cualquier lugar, pero lejos de mí.

Bueno, también quería estar lejos de ella.

Hubiera querido no tener que encontrarla de nuevo. Hubiera querido no verla nunca más y, sobre todo, no la quería bajo mi propio techo; pero ella estaba allí, tenía que hacerlo y quería averiguar qué ocultaban sus ojos y su boca.

Pensé en sus labios y la idea de saborearlos me causó una punzada de dolor en el pecho. Dolor de un deseo que no debería haber sentido. Me dolía mucho querer a la hermana de Ysabel, pero era así y por mucho que intentara mentirme a mí mismo, esconderlo, mi cuerpo revelaba la verdad.

El sonido de un teléfono interrumpió mis pensamientos y el silencio que reinaba en toda la casa.

Dark levantó la vista tratando de averiguar de dónde provenía. Miré a mi alrededor hasta que vi el bolso de Tanjia al pie del sofá. El sonido venía de allí. Me acerqué al pasillo, hacia el baño, dentro, el agua de la ducha corría.

Regresé al salón diáfano, pero el timbre había cesado. Eché un último vistazo al corredor y decidí que era hora de tener pruebas concretas. Quienquiera que estuviera llamando al teléfono, tenía que hablarle. Saber algo más de ella y de sus contactos.

Rápidamente lo abrí y saqué el teléfono. De repente, comenzó a sonar de nuevo y sin pensarlo dos veces, presionar el botón verde.

—Mamá... mamá.

Mi aliento se detuvo en la garganta cuando escuché la voz de una niña.

¡Mamá!

Tanjia tenía una hija.

Tragué saliva, pero mi boca se había secado y las palabras estaban luchando por salir.

—Mamá, ¿estás ahí? —gimió la voz infantil al otro lado del teléfono.

Hubo un momento de confusión y una mezcla de voces, cuando al final alguien habló, la reconocí a la primera sílaba.

—Hija ahora sí que estás realmente en problemas. ¿Dónde estás? —reprochó la mujer.

—Paulina —pronuncié débilmente.

La abuela de Ysabel fue la única que creyó en mí, en ella, en nosotros. Ella siempre nos había apoyado y sostenido.

Ella estaba de nuestro lado.

—¿Quién habla? —preguntó alarmada.

—Alexander —respondí apretando el auricular.

—Oh, Dios mío, ¿Alejandro realmente regresaste? Gracias a Dios estás aquí muchacho. —Su voz ocultaba la misma agitación que brillaba en los ojos de Tanjia—. ¿Tanjia está ahí? —preguntó sin dejarme responder a la primera pregunta.

—Sí, y aquí puede estar tranquila.

—Tienes que decirle que vuelva a casa. Juliano está aquí, vino a buscar a la pequeña Ysabel. Sólo Dios sabe de lo que es capaz.

Paulina colgó antes de que pudiera responder. Miré el teléfono.

—¿Qué estás haciendo?

Moví mi cabeza hacia arriba y la vi caminando a grandes zancadas por la sala.

La vi venir hacia mí y no me moví cuando me arrancó el teléfono de las manos. De hecho, la miré directamente a los iris.

Las ojeras marcaban sus ojos sin maquillaje. Había recuperado una pequeña parte del ardor y a través de aquella irritada mirada vi a la chica del pasado.

Sin embargo, duró una fracción de segundo, antes de que aquella luz en los ojos se apagara nuevamente.

—Ella era tu abuela —dije como si aquella llamada me hubiera sido indiferente.

—No tienes que involucrarte en mis asuntos Torres. No tienes derecho —dijo con frialdad.

Nos miramos el uno al otro por unos segundos antes de que el olor de algo quemándonos nos hiciera volvernos hacia la cocina.

—¡Maldición! —murmuré con los dientes apretados. Llegué a las hornallas y lo apagué todo.

—Toma tu abrigo, vamos a Backhouse.

—Ese lugar ha cerrado hace mucho tiempo. Y me voy a casa —anunció mientras se ponía la chaqueta.

Crucé mis brazos sobre el pecho. Nunca la habría dejado ir.

Ahora no.

—Adiós, Torres.

No la detuve cuando salió cerrando la puerta tras de sí.

Me volví hacia Dark y le mostré una sonrisa de satisfacción.

Sólo pasaron unos segundos y escuché golpear.

Podía tomarlo con calma. Dejarla sufrir un poco más, pero había estado enferma y no quería que se enfriara, así que abrí la puerta.

—Dame las llaves del auto —dijo levantando la palma de la mano esperando que se las diera.

—No —me burlé.

—Dámelas. —El tono de niña caprichosa que usó me hizo sonreír.

—Entra —ordené sin dar vueltas.

La había sacado de su bolso justo antes de que me pillara en el teléfono y las había guardado como medio para no permitir que se fuera.

—Llamo un taxi. Quédate las jodidas llaves.

La agarré del brazo y la forcé a entrar.

La solté tan pronto como estuvo adentro.

—¿Se puede saber qué quieres de mí? ¿Por qué no me dejas en paz? ¿Volviste para torturarme? ¿Porque no quería que arruinaras la vida de mi hermana?

Aquellas palabras estaban a punto de hacerme perder el control.

Tanjía era una gilipollas, pero yo había aprendido a controlar mis emociones, a fingir indiferencia.

—Si pudiera, lo hubiera evitado con ganas. Volver a ver tu cara engreída no era una de mis prioridades. Sin embargo, resulta que tú estás al tanto de alguna información que necesito obtener. Y me la darás. De lo contrario, te haré la vida imposible —dije con aparente calma.

—Pregúntame y acabemos.

—No era así como imaginé nuestra *conversación*, ahora somos adultos y pensé que podríamos

hablar de manera civilizada. ¿Podemos, Tan?

Llevar la mente de la gente donde yo quería era mi trabajo, así que probé un enfoque que siempre funcionaba en los juzgados, fingir no ser un tiburón dispuesto a morder su presa.

—Estás perdiendo el tiempo y me tengo que ir. Mas bien dime qué quieres saber y cerrémoslo aquí.

—¿Por qué? ¿Tienes que volver con tu hija? ¿Con tu marido? —dije dando unos pasos hacia ella.

Cuando estaba lo suficientemente cerca de ella y pude percibir el olor de mi gel de baño en su piel, perdí una décima del control que me había impuesto. Apreté los puños y me obligué a mantener cierta distancia.

—¿Tienes que irte a casa para que te folle tu marido viejo? —Me maldije después de decir esas palabras.

Pero imaginarlos en la cama juntos, concebir a su bebé, me hizo perder la razón.

La bofetada que llegó a mi mejilla ardió, de la misma manera que la mujer frente a mí ardía de ira.

Tanjia me pasó por delante y cuando estaba a punto de salir, la agarré por los hombros y la contuve con mi cuerpo contra la puerta.

Ella entrecerró los ojos, como si lo que estaba experimentando fuera una pesadilla, donde sus monstruos abusaban de ella. En aquel momento también lo era yo.

Lo sabía.

Pero no quería dejarla.

Aún no.

—Quítame las manos de encima —susurró antes de sacudirme con sus iris violetas.

Empujé mi pelvis aún más contra ella. La erección estaba lastimando mis bolas.

—¿Qué escondéis Hernández y tú? ¿Qué le pasó realmente a Ysabel?

Tanjia no registró de inmediato mis palabras, pero cuando lo hizo, un destello de terror la hizo gemir y agrandar los ojos.

Ella sabía...

¡Ella era cómplice!

Capítulo 19

Tanjia

No estaba preparada para tal tormenta de emociones.

A esa pregunta. A escuchar aún su nombre saliendo de sus labios.

No estaba preparada para él.

A mi pasado.

A nuestro pasado.

Intentaba levantar la mirada. Quería evitar encontrar la suya, limpia, doliente y sin pizca de culpa.

Él había amado realmente a Ysabel. A diferencia de las personas que la habían traído al mundo.

Alexander no sabía lo que la familia Méndez había organizado para el futuro, y así debía quedarse.

Apreté los puños tratando de evitar el miedo, que se apoderó de mi estómago, por la verdad que estuve ocultando durante muchos años.

Yo era fuerte.

Era mucho más fuerte que todo esto.

Encontré el coraje de mirarlo y al hacerlo oculté todas mis debilidades.

Mientras él siguiera pensando que yo era sólo una tonta mimada, mis acciones habrían sido también tontas.

Pero si supiera lo poco tontos que eran mis pensamientos, ¿qué pensaría?

¿Cómo me habría llamado si hubiera sabido que ansiaba al hombre de mi hermana?

Había olvidado lo mucho que deseé su calor en un tiempo. Había olvidado cuánto envidiaba a Ysabel por poner sus manos sobre él.

¿Por eso lo odiaba? ¿Por qué lo deseaba?

¿Quería sus manos en mis caderas como ahora? ¿Su pelvis apretada a la mía? ¿Su aliento en mi cuello?

Reprimí las lágrimas. Los sentimientos de culpa se hicieron tan grandes como rocas.

No podía soportar esa situación más.

Yo...

Él...

Y...

El sonido de mi teléfono rompió el atormentado silencio.

El tono de llamada era el establecido para mi esposo.

¿Cuán largo sería ese día? ¿Qué me faltaba aguantar todavía?

Todas estas preguntas resonaban en mi cabeza, haciendo que la migraña volviera.

Tan pronto como cesó el timbre, Alexander agarró mi barbilla y me levantó la cabeza.

—Todo terminará si te decides a hablar.

Sé a qué se refería con ese “todo”. No era tonto y entendió perfectamente que Juliano no era una espina de santo, que estaba en grado de agredirme.

Pero si le hubiera contado ¿Qué habría cambiado? Era con él con quien debía regresar.

Siempre.

De repente me encontré libre.

Mis ojos ardían por el esfuerzo de contener las lágrimas.

El deseo de liberarme de lo que guardaba dentro se hacía agotador.

Era mi fardo y su peso me concernía sólo a mí.

Me tomó unos segundos recuperar la compostura. Alexander no dejaba de mirarme y aunque era tarea difícil, lo enfrentaría.

—¿Qué quieres de mí? Dime de una vez en y luego mantente fuera de mi vida.

La sonrisa satisfecha que marcaba su rostro me hizo querer aplastárselo.

—No me importa una mierda tu vida. Lo que me interesa es saber qué pasó con Ysabel y mi hija. Siéntate —indicó con el dedo hacia las sillas alrededor de la mesa, preparadas para el desayuno.

Lo seguí y obedecí sus órdenes.

Él en cambio, apoyándose contra el armario de la cocina se cruzó de brazos.

Me sentía aún más pequeña frente a él. Alexander emanaba poder y seguridad. Cualidades que aumentaban mi miedo a cometer errores al usar las palabras.

—¿Qué pasó la noche del 17 de octubre de 2007? —preguntó directamente.

—Mi hermana murió —respondí con enojo. Aquella noche fue la peor de mi vida. A partir de esa noche todo cambió—. Al dar a luz a tu hija. —Traté de mantener un tono duro.

Cuanto más mala fuera, más se alejaría de mí.

No obstante, procuré no tener ninguna reacción. Al menos parecerlo. Por un lado, me sentía aliviada, sabía que él había sufrido y en el fondo, muy en el fondo, no quería lastimarlo nuevamente.

—¿Por qué murió? ¿Estabas ahí verdad? Sentiste su último aliento. Escuchaste sus últimas palabras. Viste sus ojos cerrarse. ¿Por qué demonios murió Ysabel?

—No eres un buen abogado si pierdes el control tan rápido —dije lamentando de inmediato haberlo provocado de esa manera. De hecho, esperaba una reacción furiosa de él. Pero me sorprendió mostrándome una media sonrisa.

—Responde Tan y serás libre de irte.

—Mi hermana tuvo una hemorragia, perdió sangre, mucha... —Tragué saliva, revivir esos momentos no fue nada fácil. Alex tenía razón. Yo había visto sus ojos apagarse lentamente. Había escuchado sus últimas palabras.

Cuida a Felicity...

Morí con ella aquella noche.

—Juliano, no logró salvarla. Se apagó rápidamente. Ella no podía... no podía ser salvada. — Finalmente permití que mis lágrimas brotaran.

Era la verdad.

Se suponía que Ysabel no debía morir, pero el destino lo había establecido así y su joven vida se había extinguido demasiado rápido.

Al menos no supo la verdad. Se fue sin saber que nuestro mundo dorado era toda una ficción.

—¿Y mi hija? ¿Por qué?

—Ella... ¡No lo sé! Nació sin vida. —La voz se quebró. Los ojos de Alex se oscurecieron.

La garganta comenzó a apretársele evitando que el aire pasara libremente.

—Tú estabas ahí. Lo has visto todo. Te casaste con el hombre que las mató, ¿cómo pudiste? — continuó hablando Alexander, pero ya había dejado de escucharlo.

La verdad era difícil de manejar y la fuerza para luchar era casi nula.

—Tengo una testigo. Una persona que puede confirmar que tú sabes que la muerte de mi hija no fue accidental.

Me levanté de un salto.

Eso era demasiado.

No habría soportado más acusaciones sin sentido.

Él había escapado. Si se hubiera quedado, tal vez... tal vez las cosas hubieran resultado de otra manera.

—Quienquiera que sea, miente —dije justo cuando estaba mintiendo yo—. Dame su nombre y te lo demostraré.

Sus ojos brillaban con malicia. ¿Estaba jugando o realmente alguien había hablado de mí? De nosotros.

Suspiró, se apartó del mueble y se acercó. Con cada paso que daba, mi corazón ganaba un latido extra. No lo quería a pocos metros de mí.

No quería que me mirara de cerca, que viera mis debilidades y mis inseguridades.

Su olor me invadió tan pronto como ocupó la silla junto a la mía.

Sus manos podrían tocar las mías si sólo las levantara ligeramente. Un escalofrío me recorrió la espalda y me hizo recordar lo que era el placer.

Quería que me tocara.

Quería su cercanía.

Quería cometer el pecado de engañar a mi esposo con un hombre como él.

Pero no podía. Me habría traicionado solo a mí misma y habría ayudado a que mi corazón ya roto dejara de latir.

—Erika, ¿este nombre significa algo para ti? —preguntó. Abrí mucho los ojos.

Erika... La encantadora...

—Erika es una traidora y una mentirosa. No voy a seguir con esta discusión. Dame las llaves, quiero irme.

Jadeé cuando las arrojó sobre la mesa sin apartar sus ojos de mí.

Me perdí por un momento en la profundidad de sus iris oscuros.

Realmente se había convertido en un hombre. Un hombre hermoso y encantador.

—Ah, tu esposo fue a buscar a la pequeña Ysabel. Pensé que querías saberlo, Paulina estaba bastante preocupada.

—Eres un gilipollas Torres. —Corrí hacia la puerta.

Esta vez no me detuvo cuando salí de su casa.

Me metí en el auto y apreté el pedal del acelerador.

Recé para que a ella no le hubiera pasado nada.

Juliano era capaz de cualquier cosa, incluso usar a nuestra hija para hacerme daño.

Estaba acostumbrada a acelerar por las calles de Ciudad de México, lo hacía por placer.

Pero ahora era una carrera contra el tiempo.

Ahora lo hacía por miedo.

Mi estómago estaba aterido por calambres que nunca antes había sentido.

Todo se estaba desmoronando.

Lo sabía.

Lo sentía.

Me concedí el permiso para llorar. De sacar todo el mal que sentía.

Habían sido años duros, difíciles.

El maltrato de mi esposo.

Alejarme de Ysabel para no mostrarle los signos de la violencia que me dejaba. Para protegerla de un monstruo que parecía ser un santo.

Porque esto era lo que Juliano escondía de todos. Sólo me había concedido el placer de conocer su alma oscura y lo había permitido por necesidad.

Le había vendido mi vida a cambio de favores que sólo él podía hacerme.

Finalmente, en casa, dejé las llaves en el tablero y bajé. Corrí hacia la puerta. La lluvia había comenzado a caer nuevamente empapando mi ropa. Todavía estaba débil, me sentía muy cansada, pero sin embargo quería encontrarme con mi hija lo antes posible, así que no me dejé abrumar por el malestar físico.

Crucé el umbral. La casa estaba fría, sombría y silenciosa. Aquellas paredes encerraban mis últimos once años, pero nunca me sentí realmente como en casa.

El único hogar que tenía era el abrazo de mi hija y era el único que nunca abandonaría. Ni con la muerte.

Caminé sobre el piso a cuadros de la sala de estar. Subí las escaleras y rápidamente llegué a la habitación de mi niña, donde solía refugiarme también cuando ella no estaba allí. Donde el deseo de verla crecer fuerte y feliz era el único pensamiento que hacía que mis noches de insomnio fueran más fáciles de llevar. Esperaba encontrarla allí, jugando con sus muñecas.

La sonrisa se ahogó en mi garganta tan pronto como vi la figura de mi esposo, de espaldas, mirando algo fuera de la ventana.

No avancé. Recé para que no me hubiera escuchado llegar. Traté de retroceder, pero su tono de barítono me inmovilizó en el acto:

—Entra Tanjia y cierra la puerta. —Aquella voz tranquila y pacífica era la calma antes de la tormenta.

—Tengo que ver a Ysabel. ¿Dónde está? —pregunté tratando de ocultarle mi miedo.

—¡Entra y cierra esa maldita puerta!

Hice lo que me ordenó. Cuanto antes terminara, antes podría correr hacia ella. Sólo esperaba que me perdonara la cara, no quería alejarme de ella debido a los moretones.

—Juliano, te debo algunas explicaciones...

La bofetada que dio fue completamente inesperada y violenta.

Perdí el equilibrio y caí al suelo.

—Mi esposa durmió en la casa de Torres.

Me estaba frotando la cara cuando me dio una patada en el vientre.

Empecé a sollozar. La última vez que me golpeó ahí estuve hospitalizada... ya no podía tener hijos.

—Eres una puta como tu hermana —dijo tomándome con fuerza y me arrojó sobre la cama.

Cerré los ojos rogando que terminara pronto. Sabía lo que iba a pasar. Sabía que era cuestión de segundos y que violaría mi cuerpo.

—Si tu hija está viva aún me lo debes sólo a mí. A mí, ¿entendido? —gritó abofeteándome de nuevo.

De mi boca no salió, ni una palabra ni un lamento. Terminaron los tiempos que intentara rechazarlo, defenderme, al final todo era inútil. Siempre todo inútil.

Ganaba él.

Cada vez.

La tela del vestido estaba rota y mi piel sentía frío.

—Fui yo quien te dio a tu hija y sabes que puedo quitártela en cualquier momento.

Él siempre usaba ese argumento.

Ysabel era mi mayor debilidad y su mejor herramienta.

Esperé a que me penetrara. Que se tomara su revancha. Así que me quedé quieta, apreté las

sábanas rosadas y cerré los ojos. Mi refugio se estaba convirtiendo en escenario de pesadillas. Ahora ya no había un lugar donde esconderse y no tener que ver de lo que mi esposo era capaz.

Sin embargo, lo que sucedió unos momentos después fue aún más terrible que lo que pasara entre Juliano y yo.

Ysabel estaba en el marco de la puerta, fue su grito lo que hizo que Juliano se volviera y dejara mi cuerpo semidesnudo expuesto a su vista.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y sin darme tiempo para saber cómo actuar, se escapó.

La llamé. Grité su nombre. Le supliqué a Juliano que me dejara ir. Quizás por milagro o quizás por lástima, me dejó.

Intenté cubrirme lo mejor que pude mientras corría escaleras abajo, pero cuando llegué allí la puerta estaba abierta de par en par e Ysabel se había ido.

Capítulo 20

Alexander

La lluvia no cesó de mojar todo el valle durante la mañana, así como el viento, que había elevado las olas del mar hasta sumergir casi la mitad de la playa.

Me quité la chaqueta y desabroché los primeros botones de la camisa blanca, saqué una cerveza de la nevera y me apoyé contra el cristal para observar aquel paraíso que contenía mis mejores años.

La llamada telefónica de Amalia, que llegó inmediatamente después de que Tanjia se fuera, me distrajo de recordar todo lo que había salido de su boca.

Amalia había rastreado muy bien a algunos de los pacientes de Juliano, al igual que astuta al llevar a tres de ellos al bar de donde yo acababa de regresar.

Los tres lo habían definido como un hombre honesto y un médico atento.

También podía creer esas palabras de elogio, pero los moretones en la piel de Tan estaban y no quería irme antes de tener evidencia de que la lastimaba.

A ella.

A su hija.

La idea de que podría ser violento con una niña pequeña me hizo hervir la sangre. Me di vuelta y caminé hacia la cocina. Tomé el paquete de cigarrillos sobre la mesa, saqué uno y lo encendí.

Salí a la terraza.

¿Cuántos años tenía su hija?

¿Cómo era?

Me hubiera gustado saber más.

Estaba mal, pero quería.

Un pensamiento demasiado fuerte para silenciarlo.

Un deseo demasiado grande para tratar de desplazarla de mi mente.

Me encontré pensando en cómo tenía que ser tener una familia propia. Había estado a un paso de conocer esa gran sensación, pero nunca más la busqué.

Ni quise.

Ahora, sin embargo, tenía curiosidad por conocer la de ella.

Sus costumbres.

Sus charlas.

Verlas sonreír juntas.

Me pasé la mano por la cabeza.

Qué demonios estaba imaginando.

Tengo que irme.

Tengo que comenzar a aceptar la verdad y cerrar el pasado.

Para siempre.

El teléfono comenzó a sonar. Tiré la colilla y entré en la casa.

—Brian —respondí tan pronto como vi el nombre.

—Primo —afirmó agitado, podía notarlo por el tono de su voz. —Ella se ha ido. Se escapó —
continuó.

—¿De qué estás hablando?

Teníamos más de cincuenta demandas pendientes. Podría haber sido cualquiera.

—Erika. Me levanté esta mañana y no la encontré en casa. El teléfono está desconectado. Creo que ella huyó.

—Tal vez sólo está haciendo sus cosas. Tenía una vida antes de ti y aún la tiene.

—¡No! Te estoy enviando una foto. Mírala y no cuelgues.

Me quité el teléfono de la oreja, abrí el chat y finalmente la vi.

Erika y el Dr. Hernández intercambiaban un beso que hacía pensar en cualquier cosa, excepto una relación sólo amistosa.

—¡Qué gran perra! —exclamé a mi primo.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó con un hilo de aliento.

—Los dos tienen o han tenido una historia. Creo que de alguna forma quiere algo de Juliano y ha organizado toda esta historia.

Yo era abogado y cada prueba me llevaba a una conclusión. Y casi nunca me equivocaba.

—Pero ¿qué? —preguntó Brian.

—No sé ni quiero saberlo. Tanjia dijo que era una mentirosa y probablemente tenía razón. Me voy a casa mañana. Aquí ya no hay nada más que me interese.

Quería terminar con aquello y volver a mi vida.

No sólo me estaba lastimando con el pasado, sino que mi futuro también estaba en juego.

Si me quedara no podría alejarme de Tanjia y ella formaba parte de aquel pasado que tenía que borrar.

—Tu vida te espera. Alex... lo siento por todo.

—Me las pagarás, ¿lo sabes? —dije serio

Aquel juego era más grande que yo. Que él. Involucrarse en aquella historia había cuestionado mi estabilidad mental.

—Haré lo que quieras para que me perdones. Tú y Dark me faltasteis.

Colgué sin responder.

Todas las piezas coincidían ahora. Juliano era un hijo de puta, pero no tenía nada que ver con la muerte de Ysabel y Felicity y mucho menos con el hijo de Erika si es que alguna vez lo tuvo.

Sólo lamentaba dejar a Tan en sus manos. Ese pensamiento me hizo gemir de frustración.

Me preparé para encender la PC, mientras compraba el boleto para mi regreso a Nueva York, llamé a Simon y le avisé sobre el inminente regreso.

Obviamente, él estaba feliz de saberme de regreso en la oficina, pero, sobre todo, estaba feliz de que le dijera que iba a dar por zanjado el asunto y seguir adelante.

Cerré la PC y miré el reloj. Eran las nueve de la noche, Sólo tenía cinco horas para hacer la maleta, preparar las cosas de Dark y descansar.

De camino a mi habitación, sonó el timbre. Abrí la puerta y encontré a Tan, que lloraba desesperada.

Capítulo 21

Tanjia

Había perdido la razón. Me estaba desmoronando y ya no tenía fuerzas para recoger las piezas de mi vida. Entonces tomé la decisión más obvia y estúpida de todas.

Corrí hacia Alexander.

—¿Qué carajo te pasó?

Sabía que ver mi cara marcada lo cabrearía, pero no era el momento de responder a su pregunta.

—Mi hija se escapó —respondí entre sollozos.

—¡Vamos entra, maldita sea!

—¡No! No, tú no lo entiendes. Ella ya no está. La busqué por todas partes. Llamé a las madres de sus amigas. Mi abuela... pero no está en ninguna parte. Debes ayudarme, por favor, Alexander.

La ropa mojada se me pegaba al cuerpo, me arriesgaba a una pulmonía, pero no me importaba, mi hija estaba allá afuera.

Ysabel tenía miedo a la oscuridad.

Y ella estaba sola.

Las lágrimas cayeron aún más rápidas.

Hubiera soportado mil percances, violencia, pero perderla a ella no. Era demasiado doloroso.

—¿Quieres volver a ver a tu hija? —preguntó.

Por supuesto que lo quería. Era lo que más quería en el mundo.

Asentí.

—Entonces entra y déjame entender qué demonios está pasando. Y quítate esa ropa si no quieres morir de neumonía.

Hice lo que me dijo. Entré en la casa y el impacto con el calor del ambiente detuvo los escalofríos y temblores.

Alexander me dio una sudadera y un chándal, me acompañó al baño y me dejó la intimidad que necesitaba para cambiarme y secarme el pelo.

Lo hice lo más rápido posible y cuando volví a la cocina había dos vasos servidos con algo de color ámbar.

—Bébelo, es brandy, te hará sentir mejor —Comprendí que no era un hombre de té o chocolate caliente, esto me lo confirmaba.

Tragué el primer sorbo y tosí.

Los labios de Alex se separaron en una media sonrisa como si ya supieran mi reacción al alcohol.

Joder, no era una niña y para demostrárselo, me lo mandé de un trago.

Casi vomito, pero de alguna manera logré ocultarlo o al menos pensaba haberlo hecho hasta que tomó el vaso de mis manos con mirada sombría.

—¿Llamaste a la policía?

—¿Realmente me haces esta pregunta? —grité.

—Cálmate, Tan. Sólo quiero entender cómo moverme.

—No, no la llamé. ¿Qué debería decirle a la policía? ¿Que mi hija se escapó porque vio a mi esposo violarme? —solté aquellas palabras con la misma facilidad como tuve para enojarme conmigo misma al decirlas.

Le estaba confesando algo que nunca hubiese querido.

Traté de calmarme y lo logré. El brandy estaba haciendo efecto porque me sentía más ligera, más tranquila.

—¿Dónde la buscaste? ¿Hay algún lugar al que generalmente le guste ir? No sé, un parque. Un centro comercial. Una gran amiga.

Lo miré con asombro. Esperaba un comentario, una palabra, pero nada parecía inmutarlo.

—He buscado por todas partes. Llamé a todos, pero nadie la vio. Salió corriendo de la villa y no la he vuelto a ver.

—No puede haber ido muy lejos. Tal vez ella se escondió en algún lugar de la casa.

Nuestro jardín era inmenso, pero no la había buscado allí. En realidad, ni siquiera lo pensé.

—Vamos, Dark. —Pasó por delante y me tomó de la mano. Me costaba caminar, los pantalones de chándal eran grandes y el botín con tacón no era exactamente el tipo de calzado adecuado para ese atuendo.

Nos dirigimos a los autos.

—Yo conduzco —dije. Conocía las calles mejor que él y no quería que nada retrasara la búsqueda.

Alexander asintió.

Nos metimos en el auto. Dark se sentó en los asientos traseros mientras su amo estaba en el lado del copiloto.

Pronto su aroma llenó la cabina. Apreté los puños en el volante. Lo único que importaba en ese momento era encontrar a Ysabel y no sentirse irremediamente atraída por aquel hombre.

—¿Tienes alguna ropa de tu hija?

—Atrás —señalé con el dedo mientras aceleraba en las carreteras mojadas. Afortunadamente había dejado de llover, a pesar de que el cielo estaba oscuro.

Alexander agarró el suéter rosa de Ysabel y lo acercó a la nariz de Dark. Seguí la escena desde el espejo retrovisor y deseé con todo mi corazón que el perro nos ayudara a encontrarla.

—Vamos a tu casa —ordenó volviendo a mirar hacia la carretera.

Tomé esa dirección y apreté el pedal del acelerador aún más.

Vi a Alex agarrarse del brazo del asiento. No sabía si la alta velocidad lo asustaba, pero a juzgar por su mirada preocupada, me temía que sí. En una situación diferente, me habría reído de aquel hombre que aparentaba estar libre de todo miedo.

—Háblame de tu hija. ¿Cómo es? ¿Cuántos años tiene?

Es hermosa, pensé, al igual que lo era mi hermana. Era muy similar a ella, tenía el mismo cabello y la misma mirada. Todo lo demás, sin embargo, era muy similar a su padre.

—Tiene diez años. Es más alta que las niñas de su edad. Es muy dulce y es lo único que me permite seguir viviendo. —Me mordí los labios, mientras intentaba tragar el nudo que no permitía que el aire pasara libremente. Había hablado demasiado. Le había dado a Alexander la oportunidad de abrir un paréntesis en mi vida que quería mantener oculto.

—Ella es sólo una niña. No debería vivir ciertas situaciones ¿Por qué sigues con él? ¿Por qué dejas que te lastime?

—Las cosas no son así. Juliano me ayudó en el período más difícil, gracias a él Ysabel está conmigo. ¡Hemos llegado! —exclamé esperando terminar la conversación.

—Abre la puerta y entremos —ordenó.

—No sé si Juliano todavía está en casa. Si nos ve juntos...

—¡Déjame a mí y abre esta jodida puerta!

Hice lo que me pidió y nos encaminamos por el paseo hasta la villa.

No vi el auto de mi esposo y sentí alivio.

Bajamos y Alex dejó a Dark libre para moverse. Lo seguimos, pero estaba segura de que perdíamos el tiempo, Ysabel no estaba aquí, de lo contrario la habría encontrado.

Pasaron varios minutos y cuando escuchamos al perro ladrar, mi corazón pareció explotarme en pecho.

Alex corrió hacia él. Permanecí inmóvil, temerosa de lo que podría encontrar. Cualquier cosa podía haberle ocurrido. Podría haberse caído y lastimarse. Mil terribles escenarios pasaron por mi mente consiguiendo que mis piernas no se movieran de donde estaba.

Un instante después, lo que vi me dejó sin aliento y sin fuerzas.

Alexander sostenía a mi hija en sus brazos, ella descansaba sobre su hombro, sus pequeños brazos alrededor del cuello del hombre y su ropa mojada.

No pude contener las lágrimas. La emoción de encontrarla de nuevo, el alivio de que no le había pasado nada me hizo perder el equilibrio. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no caer al suelo.

Ysabel siempre había estado allí, podría haberla encontrado antes y no haberle pedido ayuda a él.

—Vamos —dijo pasando por delante de mí y se detuvieron frente al Mercedes.

—¡Yo conduzco! —Alexander posó a Ysabel en mis brazos y subimos.

La apreté fuerte y la dejé sólo cuando el auto se detuvo frente a la casa de la playa.

Alex nos dejó nuestra privacidad. Le di un baño caliente y me vi obligada a cubrirla con su camisa.

No hablamos mucho. Su carita me daba el impulso de pensar en el mañana de una manera diferente.

No podríamos seguir así.

Debíamos irnos y dejar el país.

¿Pero dónde?

Juliano me lo haría pagar caro y si ponía en práctica las amenazas con las que me sometía, yo podría haber terminado en la cárcel.

En aquel punto ya no podría hacer nada por Ysabel.

—Irá todo bien, cariño —susurré.

Cuando llegamos a la cocina encontramos la mesa puesta. Alexander tuvo que haber pedido comida, porque había perritos calientes y papas fritas sobre el mantel blanco.

Ysabel corrió sobre las viandas y me sentí aliviada, más allá de comer comida basura, también le había arrancado una media sonrisa.

Después de la cena se detuvo para jugar con Dark. No sabía qué pensaría el dueño de la casa sobre nuestra intrusión, lo más probable es que tuviéramos que irnos; por la forma en que lo había tratado, esperaba que nos echara en cualquier momento, aunque en mi interior, sabía que no habría tenido el coraje.

Alexander, aunque cambiado, no había perdido su lado protector hacia las personas que le importaban, lo hizo con mi hermana y lo hizo también con nosotras.

Esta convicción fue la que me llevó a pedirle ayuda.

Pero si nos hubiéramos quedado, habría exigido algo a cambio. Haría preguntas, pediría explicaciones y yo no tenía ganas de darle respuestas.

Sin embargo, no me opuse cuando él nos propuso quedarnos.

—Dormiré en el sofá. Ysabel y tú podéis quedaros en mi habitación.

No pude hacer otra cosa que asentir. Aproveché la excusa de que había sido un día difícil para

mi hija para encerrarme en la habitación.

Después de todo, necesitaba unas horas de tregua.

Capítulo 22

Alexander

—Podría ser mi sobrina, Dark —le susurré al perro agachado en el sofá. Levantó la cabeza tan pronto como escuchó mi voz, curvé los labios en una marcada sonrisa y volví a mirar afuera.

No había tenido tiempo de absorber las sensaciones que me había dejado Ysabel, pero ahora estaban invadiendo lentamente cada célula de mi cuerpo.

Ella era tan parecida a “mi” Ysabel. Tenía el mismo matiz de marrón de ojos, la misma boca. Me pareció que incluso podía percibir el mismo aroma afrutado de su piel.

Podría haber jugado con mi hija. Saldrían juntas... crecerían juntas.

Enfundé mis manos en los bolsillos del traje y apoyé mi cabeza contra el ventanal.

Había acabado.

Todo se había acabado.

Me habría ido al día siguiente y nunca las volvería a ver más.

El pensamiento apuntaba a Tanjia y el deseo que tenía de cuidar de ella y su hija.

La atracción que sentía por ella no tenía nada que ver con eso. No era por mi deseo de arrimarla contra la pared y follarla lo que me atormentaba.

Era ella.

Sólo ella y la vida que el destino le había reservado.

La opción de que podía sacarlas de allí, llevarlas conmigo a Nueva York, se me presentó tan pronto como mis ojos se posaron en las dos figuras que se aferraban entre sí, pero se desvaneció al instante; No podía tenerlas conmigo, el pensamiento de que no eran mías y que nunca lo serían, me habría destruido día a día.

Y, además, yo también quería tener una familia, hijos. Quería a alguien a quien amar. Alguien con quien compartir mi vida, mis éxitos y fracasos.

Nunca había sido consciente de lo pobre que era, hasta ese momento. No me faltaba dinero, mujeres, amigos, me faltaba amor y nada podía ocupar su lugar.

—Hola.

Aquella voz llegó suave. Hundí mis manos aún más en mis bolsillos y tomé unos segundos antes de darme la vuelta.

Cuando lo hice, vi a Tan inmóvil, apoyada contra el marco de la puerta.

Llevaba mi camisa, pero sus piernas estaban desnudas.

Me volví hacia el mar.

No tenía que mirarla.

No quería mirarla.

Tenía miedo... de no poder frenar mi deseo por ella.

—Pensé que dormías. —El tono de mi voz resultó áspero, pero la dureza estaba más dirigida a mis pensamientos que a ella.

—Ysa, duerme, yo no podía.

Escuché sus ligeros pasos moverse en el pequeño comedor.

Cuánto hacía que no nutría mi exigencia de poseer a una mujer y sentirme bien. Había tenido muchas y con todas ellas hubo la misma pasión, pero ninguna me había hecho sentir una sensación de bienestar.

No respondí a su comentario.

—Me preguntaba si todavía tenías un poco de ese licor que me diste antes. Tal vez me ayude a dormir.

A este punto la miré directamente a los ojos. La nostalgia bloqueó mi garganta cuando no sostuvo mi mirada y bajó la suya. Necesitaba volver a ver aquellos de púrpura intenso. Eran demasiado hermosos para avergonzarse y demasiado raros para permitir que cualquier hombre los apagara.

Maldije en silencio y pasé por delante. Fui a la cocina y tomé dos vasos, luego la botella y vertí un dedo de Brandy para cada uno.

—No exageres. No es bueno para las señoritas —dije poniendo el líquido ámbar sobre la mesa y le indiqué que se acercara.

Tímidamente siguió mi orden.

¿Dónde quedó la arrogancia con la que me odiaba? En aquel momento casi parecía temerme y era suficiente para ponerme furioso, porque, ¡jodidamente, era adorable!

Tomó el recipiente de vidrio y tragó el licor de un solo sorbo, como había hecho unas horas antes.

La mayoría de las veces parecía una mujer decidida, lista para arañar a quien le quisiera pisar la cabeza, sin embargo, dejaba que su esposo la sometiera de esa forma.

¿Por qué?

La seguí analizando. Su cabello dorado caía en suaves ondas sobre la espalda y enmarcaba la cara de un ángel.

Me gustaba mirarla.

Suavemente colocó el vaso sobre la mesa, sus mejillas se habían puesto rojas y la expresión parecía más relajada, tal vez debido al alcohol.

—Gracias por lo que hiciste hoy. Sé que no merezco tu ayuda, pero si no hubieras estado allí, yo no sabría a quién recurrir.

—¿Qué fue de tus padres? ¿Por qué no fuiste con ellos?

Se pasó las manos por el cuerpo. No pude evitar seguir ese gesto y notar lo fuerte que mi camisa contenía los senos turgentes.

—No nos hablamos desde hace años. Es una historia demasiado larga y no quiero aburrirte. Sólo quería agradecerte, ahora mejor me voy a dormir, nos iremos temprano mañana.

—¿Y a dónde irás? ¿Vas a volver con tu marido, Tan? ¿Escapas de mí, pero no puedes hacerlo de él?

—No quiero hablar de eso, ¿de acuerdo? —respondió levantando la voz.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te obliga a estar con él, a defenderlo a pesar de su violencia?

Estaba claro que había algo que la unía a ese hombre, pero no podía ser amor.

No se podía amar a un hombre así.

—Juliano me dio todo lo que quería. Dinero, una vida cómoda, una familia, eso es más importante que cualquier otra cosa.

—¿Cuenta más que el bienestar de tu hija? ¿Sabes cuánto tiempo llevará superar lo que ha visto? ¿Lo sabes? —levanté también el tono de mi voz. Tanjia y su irracionalidad tenían el poder de irritarme. Siempre lo había tenido, desde la infancia.

—Te dije que no es asunto tuyo, Alexander.

—Eres tú quien me ha inmiscuido en tu vida y ahora quieres que finja que no pasa nada? ¿Has visto tu cara? ¿En cuánto tiempo desaparecerá ese moretón? ¿Cuántos más vendrán?

Sus ojos se llenaron de lágrimas, usé toda mi fuerza para contenerme y no apretarla.

—Tú fuiste el que irrumpió en mi vida si fuera por mí, hubiera preferido no verte nunca más.

Eso era cierto. Lo había buscado. Había hecho todo lo posible para averiguar qué estaba ocultando.

—Pospuse mi partida mañana unas horas. Ysabel y tú podéis quedaros aquí, está pagado hasta fin de mes, además tengo contacto con un muy buen abogado de Ciudad de México que puede manejar tu caso. Puedes salir de esto, Tan, no tengas miedo. Ysabel y tú podéis cambiar de vida.

—¡Nooo! No podemos. Nunca me libraré de él. ¡Nunca!

—¿Sabes a cuántas mujeres he oído decir lo mismo que tú? Un poco de valor es suficiente para salir de esto. Y lo tienes ¡Puedes hacerlo carajo!

Las lágrimas seguían mojándole el rostro, maldije el día que mi primo me dio la oportunidad de volver aquí. Nada iba según lo planeado.

No había otra verdad que la accidental sobre la muerte de Ysabel y mi hija, la única verdad que había encontrado y que no quería aceptar era el deseo de abrazar a Tanjia.

—No puedo dejarlo, esa es la verdad. Además... no soy tan valiente como crees. No lo soy porque no tuve el coraje de salir de aquí tan pronto como encontramos a Ysabel. No lo tengo porque, aunque debería alejarme de ti, no puedo. Yo...

—¿Qué estás diciendo, Tan?

Ella se mordió el labio avergonzada, mientras un escalofrío de placer recorría mi cuerpo hasta que llegó al miembro ya duro.

Me miró y eso fue suficiente para darme el impulso de acercarme a ella.

Me moví lentamente, tenía miedo de asustarla. Era un hombre inteligente, entendí el mensaje oculto detrás de sus palabras, sin embargo, quería estar seguro de que podía ir más allá. Tenía que asegurarme de que ella también lo quería, porque de no ser así, habría sido muy doloroso.

Cuanto más me acercaba, más su rostro adquiría una expresión de terror, pero no lo suficiente como para bloquearme.

Fui hacia ella. Nos miramos por unos segundos. Nos observamos. Ambos estábamos tratando de averiguar si lo que iba a suceder era lo correcto... y no nos destruiría.

—No te preocupes. —Mi voz sonó ronca. Ya no podía ocultar la excitación que era causa de una irracionalidad total.

Pasé una mano por su mejilla. Le acaricié la piel suave hasta que bajé por su cuello.

Tan no se movió. El silencio se quebraba por nuestras marcadas respiraciones.

La quería más que cualquier cosa.

La exigía.

Había algo que me unía a ella. Tal vez las ganas de sentirme vivo de nuevo. De olvidar. De volver a respirar.

Su proximidad me hacía visualizar todo eso.

Sus dedos también se acercaron a mi pecho. Ligeramente apoyo la palma de la mano. Esperaba que no la usara para retirarme y cuando comenzó a palparme, suspiré aliviado.

—Quiero ser tuya por una noche, Alexander. Esta noche es todo lo que tenemos.

Finalmente había admitido la verdad.

Finalmente podría tenerla, de verdad.

Tomé su cara. Miré sus iris cárdenos.

Una noche era muy poco, pero era cierto, todo lo que teníamos lo perderíamos por la mañana.

Ella no me pertenecía.

Nunca la tendría.

Había un fantasma entre nosotros y aunque hubieran pasado muchos años, no estaba seguro de

saber amarla como se merecía.

Su aliento alcanzó mis narinas. El olor a brandy intoxicaba mis sentidos. Estábamos cerca. Muy cerca.

Cuando bajé la mirada hacia sus labios, el pequeño fragmento de cordura que me retenía, cayó.

Me posé sobre su boca y comencé a besarla, a llenarme de su esencia. Lo que sentí fue una oleada de placer, un billete de ida al cielo.

El renacimiento de la muerte a una nueva vida.

Había una voz que me gritaba que me detuviera, mientras estuviera a tiempo, pero no la escuché, nada tenía que interferir entre ella y yo.

Éramos sólo nosotros y la pasión que compartíamos.

Era cierto que no era mía, pero en ese momento, algo me dijo que *me pertenecía sólo a mí*.

Capítulo 23

Tanjia

Sabía que habría sido un error.

Sabía que este sería el golpe de gracia. Ya no tendría tregua, mis días habrían sido aún más difíciles de enfrentar. Pero por una noche no quería dejar de sentirme viva. Tener todo lo que siempre quise.

Tenerlo a él.

Sobre mí.

Dentro de mí.

Alexander iba despacio. Notaba su sufrida necesidad de tenerme y que se estaba conteniendo. Sus manos acariciaron mi cuerpo ligeras como plumas. Su boca besaba la mía sin violencia. Pero su respiración profunda mostraba una necesidad completamente diferente. Costaba contenerlo. Luchaba por aceptar que no podía ir más allá.

—No tengo miedo de ti, ni de que me toques. Hazme el amor, pero a tu manera —susurré tomando su rostro.

Me gustaba mirarlo.

Una cara de hombre había tomado el lugar del chico que una vez conocí. Aun así, sus profundos ojos marrones eran los mismos, sólo que, con más experiencia, más vividos, más maduros.

Agarró mi cabello y lo envolvió en su mano. Me abrazó aún más. Cerré los ojos en contacto con el calor de su cuerpo y la rigidez de su erección.

¡Dios, cuánto necesitaba esto!

Había congelado cada sentimiento y ahora fluían como lava incandescente.

—¿Estás segura? No quiero hacerte daño —respondió tirando del cabello y dejando mi cuello descubierto.

Mis piernas lucharon por sostenerme cuando su lengua tocó mi piel desnuda.

—¿Segura? Quiero tomarme todo lo que me puedas dar.

Alexander levantó la cabeza y me miró. Su mirada se oscureció y por unos segundos, pensé que lo estaba pensando.

—Te daré todo, pero *esto* es todo lo que puedo darte.

Aquellas palabras dolieron. No esperaba nada de él, ciertamente no esperaba que nos tuviera con él. La situación era demasiado complicada. Pero sentí un apretón en el pecho que me dejó sin aliento.

—¿Estás segura de que quieres seguir?

Asentí ante la pregunta y sus hombros se relajaron.

Volvió a besar mis labios, esta vez la intensidad cambió. Era mayor, más exigente, más desesperado.

Me aferré a su cuello, me soltó el cabello, agarró mis piernas y me levantó, haciéndome ceder sobre su duro miembro.

Alexander dio unos pasos mientras continuaba devorando mis labios. Sólo se separó de mí para posarme sobre la fría superficie de la mesa.

Seguí su silenciosa disposición y me acostó con las manos en mi cabeza. Me tocó la mejilla, la clavícula, hasta que llegó al primer botón de mi camisa.

Los abrió uno por uno sin apartar sus ojos de los míos.

—Si hay algo que no te gusta, detenme —dijo abriendo la prenda y dejando mis senos al descubierto.

—¿Podrás? —Sus labios se torcieron en una sonrisa forzada, en ese momento una chispa amenazante cruzó su mirada.

Se había detenido, pero no porque quisiera, sino porque era un hombre que difícilmente perdía el control, difícilmente dejaba de manejar sus emociones.

No era eso lo que yo quería, de todos modos.

No quería que se detuviera y tampoco quería que se entretuviera.

Le levanté la camisa y se la quité. El musculoso y tatuado pecho captó toda mi atención.

Toqué su piel bronceada, recorrí con los dedos aquellos dibujos de los que no sabía el significado y que nunca sabría.

Alexander comenzó a besar mis senos, un grito desesperado salió de mi boca.

Quería más.

Cerré los ojos, embriagada por las sensaciones que me causaba su lengua. Perdí completamente el contacto con la realidad cuando su dedo llegó a mi intimidad.

Había olvidado cómo se sentía, lo hermoso que era ser tocada de aquella manera delicada y no forzada.

Tan pronto como él me invadió, grité. Su dedo se deslizó lentamente envolviéndose en mis líquidos. Su boca volvió a cubrir la mía mientras introducía otro.

—Debería seguir odiándote, Tan, y en cambio no recuerdo desde hace cuánto tiempo no he deseado a una mujer como ahora te deseo a ti. Quería vengarme. Hacértela pagar y en cambio, lo único que pienso es en cuántas veces te follaré esta noche.

—No hay mejor venganza que esta, Alexander. Devolverme a la vida y luego dejarme morir de nuevo será tu recompensa.

Esta vez fui yo a besarlo, a abrazarme a él y seguir los movimientos de sus dedos dentro de mí.

Con su mano libre dejó caer los vasos que se hicieron añicos en el suelo.

Fue cuando Dark ladró y ambos lo miramos.

—No podemos... no podemos hacerlo frente a él.

—No dirá nada —respondió sonriendo—. No pienses en él y déjate llevar, ¿cerraste la puerta de la niña? —asentí.

Quitó sus dedos de mi interior y lamenté ese vacío. Me separó las piernas y la lengua tomó su lugar.

Seguí su consejo. Me dejé ir. Dejé que me saboreara. Me tomé la libertad de disfrutármelo con el corazón y el cuerpo, y cuando llegó el primer orgasmo intenté contener un grito de placer.

Dios, ¿cuánta vida me estaba perdiendo? ¿Cuánto amor no conocía?

Exigí que me besara. Probé sus labios que sabían de mí y esperé que aquel sabor nunca lo olvidara.

—No tengo condón. No había planeado esto —dijo unos segundos después.

—Estoy limpia y... —Me mordí el labio—. No puedo tener hijos... al menos ya no.

Alexander me observó un rato que pareció muy largo.

Tal vez dije demasiado.

Tal vez me equivoqué.

Cuando tomó su miembro con la mano, corrió mi braguita y lo guio dentro de mí, el corazón pareció explotarme en el pecho.

Alexander comenzó a empujar. Sus jadeos me buscaban. En cada movimiento se afirmaba para

tenerme.

Estábamos demasiado cerca para huir, y así él me apretó. Comenzamos a besarnos nuevamente, su cálida lengua parecía luchar con la mía, toda nuestra pasión estaba a punto de explotar. Él dejó de besarme y mientras me miraba a los ojos, me llevó hasta el sofá mientras salía de mi cuerpo. Me desplomé como una muñeca, me di cuenta de que era de suya y que podía hacer conmigo lo que quisiera. Se puso de rodillas y acarició mi pecho, jugando con los turgentes pezones. Lentamente bajó quitándome las bragas, estiró mis piernas acariciando la parte interna del muslo. Me sentía paralizada, ya no conseguía estar lúcida, sólo había placer en mi mente y una pequeña voz que decía: *“Soy tuya, tómame, fóllame”*.

Entendió a través de mis ojos lo que quería, así que me atrajo hacia él tirando de mis piernas. Se bajó los pantalones, vi su erección, *oh sí, él también me deseaba*.

Apoyando mis piernas sobre sus hombros y mirándome a los ojos, de repente me penetró, haciéndome saltar y contraerme. Sentí un nuevo embiste y escuché su voz: —No te distraigas, disfruta conmigo.

Leía mi mente, entendió que estaba pensando en otra cosa, así que volví al presente. Puso una mano sobre mi garganta para dominarme, lo que no me molestó, pues me inmovilizaba sin violencia, y comenzó a empujar su miembro duro cada vez más rápido y con movimientos cada vez más fuertes.

Disfrutamos mirándonos a los ojos, estaba en éxtasis, fue maravilloso ver su cuerpo tenso mientras yo era completamente suya.

—Tu cuerpo ahora es mío. Yo me encargaré. Nada te hará daño.

Me folló duro hasta alcanzar la cima de nuestro placer, sentí su orgasmo dentro de mí, su semen ardiente como fuego entre mis piernas. Permaneció inmóvil y luego se desplomó sobre mi pecho, exhausto. En mi rostro una sonrisa de placer y satisfacción, creo que él también lo notó, porque en ese momento, se separó de mí, se levantó y comenzó a recomponerse.

Capítulo 24

Tanjia

Catorce años antes, Ciudad de México.

El collar de diamantes brillaba alrededor de mi cuello, dándole un vivaz brillo a mi pálida piel. A los diecisiete ya lo tenía todo, joyas, riqueza, un hermoso auto que me acababan de regalar y una familia que tenía cuantioso capital.

No me faltaba nada.

Me rocié un poco más de “*Ángel*”, mi perfume favorito, otra pasada de lápiz labial rojo y me preparé para salir de mi habitación, lista para saludar a todos los asistentes que habían sido invitados a mi fiesta de regreso.

Había pasado los últimos años en un internado en el norte del país. Mis queridos padres habían decidido alejarme de Ciudad de México debido a que mi comportamiento no era adecuado para la alta sociedad. Me llamaron rebelde, pero sólo quería sentirme libre, que era diferente.

Salía con un chico, de buena familia sí, pero no elegido por *él*, la historia no gustó a mi padre, que estuvo feliz de deshacerse de mí.

La auténtica verdad, sin embargo, era otra...

Había encontrado aquellos documentos...

Documentos que lo acorralaban. Papeles donde se apuntaban todas sus actividades. No tenía que haber estado allí en ese momento, no debería haberlo escuchado a él y a su abogado hablar de aquello y no debería haber entrado después de que se hubieran ido a revolver sus cosas.

Mis ojos se abrieron y mi piel se erizó cuando leí que mi padre estaba involucrado *en tráfico ilegal*.

Había otros nombres.

Muchos... demasiados.

Bajé las escaleras como una reina. Así me sentía, endosando una fortuna en ropa y joyas. Toda esa gente estaba allí por mí. Un grupo de pecadoras y pecadores.

Pero yo no era como ellos, era diferente, pero lo ocultaba. Tenía que hacerlo si quería sobrevivir.

Los ojos de mi padre se posaron en mí. Su dura mirada me recordaba que no hiciera gilipolleces. Me uní a él y con disgusto disimulado lo besé en la mejilla. El brindis que ofreció el hombre que había contribuido a mi nacimiento, resultó un tintineo de copas llenas de champán.

No me faltaba nada, pero no tenía nada.

Excepto mi hermana.

La bella y perfecta Ysabel.

Estaba al margen de todo. Ella vivía en su mundo, hecho de arte y beneficencia.

Aquella noche socialicé poco, más que nada me senté en un rincón y los vi emborracharse y comer a costa de mi familia.

“*Qué asco*” pensé antes de que decidiera levantarme e ir a tomar un poco de aire.

—¿A dónde vas? —Ysabel se paró frente a mí tan pronto como me puse de pie.

Miré hacia el techo. La luz cegadora de la araña de cristal, que iluminaba todo el salón, me causó dolor en los ojos.

—Fuera. Necesito respirar —contesté dándole voz a mis pensamientos.

—¿Estas bien? —preguntó mi hermana.

—Estoy bien. Lo siento, tengo que salir —contesté pasándola sin dar más explicaciones.

También estaba enojada con ella. La amaba, no podía ser de otra manera, aunque contaba con su ayuda. Pensé que me apoyaría con papá, que trataría de convencerlo de que no me enviara lejos o que anticipara mi regreso a casa, pero no sucedió.

Había pasado cinco largos años en un internado sólo para señoritas. Apenas podía escuchar a mis padres, a mi hermana y aún más raramente a mis amigos.

Vivía con reglas estrictas y obligada a respetar el toque de queda.

Nosotras éramos vistas como aquellas que no habían podido disfrutar de los placeres que la vida les había ofrecido tan generosamente. Éramos las que necesitábamos ser reeducadas. Fue horrendo.

—Tan, espera... —Ysabel corrió detrás de mí. Me volví hacia ella. El ajustado vestido rosa envolvía un cuerpo que daría envidia a la modelo más bella de Estados Unidos. Su cabello oscuro era del mismo color que sus ojos, solo que éstos eran más profundos.

—¿Qué pasa? —pregunté irritada.

—Lo siento. Espero que me perdones... algún día.

No le respondí. Podría haberlo hecho, tal vez. Pero necesitaba mi tiempo. Tenía que recuperarme y reanudar mi vida.

Cuando salí al exterior, el cálido aire de agosto no me ofreció el alivio que buscaba.

Caminé por el jardín, me encantaba la naturaleza, las plantas, las flores y las mariposas. Me encantaban sus colores, me hacían sentir feliz.

Sin embargo, incluso eso no me otorgaba alivio. Algo se había roto durante los años de “reclusión”.

No tenía más pasión. El amor a la vida había disminuido.

Seguí caminando, crucé toda la avenida hecha con piedra, estaba lejos de la villa. Pasando la pared con hiedras miré la piscina que se extendía a mis pies. Me acerqué, me agaché y metí un dedo en el agua. No estaba fría, pero zambullirse en la piscina en medio de la noche, consciente de que tenía una casa llena de invitados y de que alguien podía verme, provocó un escalofrío que me recordó cuando era libre.

Dejé deslizar una hombrera del vestido plateado y luego la otra. El vestido se convirtió en un montoncito de tela alrededor de mis pies. Me quité los zapatos, respiré hondo y me zambullí.

Permanecí bajo el agua hasta que sentí la necesidad de tomar aire. Nadé de nuevo, como si pudiera encontrar un escape en aquel charco.

Cuando mis músculos comenzaron a dolerme, me acerqué al borde para aferrarme.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero lo suficiente como para que mis padres se preguntaran qué había sido de mí.

Sonreí para mí misma feliz de no haber perdido al menos esa pizca de pasotismo que sentía hacia ellos.

No me gustaban.

No me gustaba mi padre.

Estaba lista para salir a buscar algo para secarme cuando mi mirada fue cautivada por una figura sentada en el borde de una tumbona.

Tenía la cabeza vuelta hacia mí, pero tal vez ni siquiera se había fijado que estaba.

Lo observé mientras se llevaba una lata a la boca y tomaba un sorbo.

¡Joder, esto no lo necesitaba!

Tenía que encontrar una manera de escabullirme sin ser vista.

Me mordí el labio consciente de que era imposible pasar desapercibida, así que reuní todo mi valor y salí del agua.

En ese momento me vio. Me di cuenta porque saltó como un resorte y se puso en pie.

—Me voy enseguida. —Era la casera, pero me estaba justificando con un extraño. Era él quien tenía que irse.

La prioridad era salir de aquella situación sin levantar alboroto, así que fui hacia el ventanal que daba a los vestuarios.

Casi había llegado a la puerta cuando una mano me rodeó el codo y me hizo girar.

—¿A dónde crees que vas y quién diablos eres?

Abrí la boca para gritar, pero él fue más rápido para cubrirmela.

Nos miramos uno al otro, yo con los ojos muy abiertos, él con una mirada amenazante. No me sentía incómoda. Estaba observando una divinidad

La mirada en marrón oscuro más hermosa que he visto en mi vida.

La boca más bella que he visto.

La cara más esculpida que había tenido ante mí.

Me temblaban las piernas, no por miedo, sino por deseo.

Un deseo que nunca debería haber sentido, porque él era el hijo de los sirvientes. Un pobre muchacho que nunca debería haberme tocado.

Aun así, le quería.

Sentí el efecto del sexo corriendo por mis bragas ya mojadas.

Todo por su culpa.

Su mano en mi brazo era grande, las venas estaban hinchadas y su agarre férreo.

¡Maldición!

Cuando pudo enfocar quién estaba frente a él, me dejó y sentí el frío que había salido a buscar.

—Tanjia Méndez —murmuró.

Su aliento *olía* a cerveza. ¿Estaba quizás borracho?

Lo había visto por última vez cinco años antes, cuando tenía doce años, el instinto me advirtió de inmediato que me traería problemas, y acertó.

Bajó su mirada recorriendo mi cuerpo cubierto solo por pequeñas gotas; para desafiar a mi padre, no me había puesto ropa interior.

Sus ojos se volvieron casi negros, su expresión se convirtió en la de un cazador.

Me estaba devorando con los ojos.

Recé para que hiciera algo para que nuestros cuerpos se tocaran y al mismo tiempo, me odié por pensarlo.

Finalmente se alejó. Entró en la casa y reapareció inmediatamente después con una bata de baño.

Antes de irse, me la ofreció. La agarré, pero no la usé de inmediato. Quedé observando sus anchos hombros mientras se marchaba.

Mientras me dejaba, ahí, anhelando su roce.

Al día siguiente, mi hermana me reveló que él era su hombre.

Me quedé mirando, de nuevo.

Pero no con ganas. Sólo con odio.

Él no era digno de ella.

Ella era demasiado para él.

Ysabel merecía a alguien que no miraba a su hermana como si fuera la mujer más bella en la

Tierra.

Porque estaba claro que Alexander me quería tanto como yo a él.

Capítulo 25

Alexander

Había llegado el momento de lidiar con la realidad. Ya no quería huir de mí mismo. De reprimir mis emociones.

Había estado en la cama con Tanjia. O más bien, habíamos follado en cada parte de la casa.

No. Estaba. Programado.

Lo había querido

Deseado.

La exigía.

Los primeros rayos del sol despuntaban iluminando todo el horizonte y la casa que dejaría tras unas horas.

Me encontraba a punto de regresar a Nueva York. Ahí estaba mi vida. Ahí estaban mis amigos. Mi trabajo. Mis folladas ocasionales.

No obstante, dejar México ya no era una necesidad, como lo había sido muchos años antes.

Por entonces no me importó alejarme de mis padres, no me costó dejar a todas las personas que conocía. Eran para mí una fuente de dolor. De recuerdos que quería olvidar.

Pero hoy...

Hoy todo había cambiado.

No había olvidado a Ysabel ni a la muerte de mi hija.

Nunca podría hacerlo.

Pero podría comenzar de nuevo.

Me pasé la mano por el pelo y luego vacié la taza de café de un sorbo.

¿Comenzar de nuevo con Tanjia?

¡Que gilipollez! Toda esa historia era un puto problema.

Todavía no me explicaba cómo pudo convertirse en súcubo de su esposo. ¿Cómo podría dejarse tratar así?

Pensaba en el día en que llegó a casa desde el internado.

Cuando la vi nadar en la piscina.

Todavía recordaba cómo mi polla palpité en el momento en que la agarré entre mis brazos.

Recordaba cuán difícil que era ignorarlo, cada vez que estaba frente a ella. Cada vez que sus venenosas palabras me hacían querer azotarla y luego sumergirme en ella.

Me sentía culpable por la atracción que se revelaba.

Ysabel, sin embargo, nunca había sospechado esto, no tenía nuestra malicia.

Pensé en lo difícil que había sido elegir seguir un amor racional en lugar de una pasión visceral en una noche de verano.

Al final había elegido estar con Ysabel. Ella era como yo. Ella compartía mis mismas ideas.

Ella era más fácil.

Tanjia era un caos. Un desastre que me había atormentado durante muchos años.

Puse la taza en el fregadero.

Cuando me di la vuelta me encontré frente a una pequeña mujer con cabello oscuro y ojos claros.

Tenía su mirada fija en mí. Se estaba mordiendo el labio, la barbilla levantada y me miraba con

expresión de carencia.

Ciertamente esa actitud la había heredado de su madre.

Pero aquella niña estaba en grado de incomodarme. Tremendamente.

—¿Entonces debes ser Alexander? —dijo en español.

Me quedé inmóvil mientras continuaba mirándola.

—Mamá me dijo quién eres.

Tan le había contado sobre mí, probablemente para explicarle por qué la estaba buscando.

—Tu eres Ysabel, yo también sé quién eres —pronunciar aquel nombre fue como una puñalada en el corazón, la niña tenía casi la edad de mi hija.

—¿De Verdad? —Un destello de luz atravesó sus ojos claros.

—¡Ysa, ven aquí! —llamó Tanjia, llegando rápidamente hacia nosotros.

Verla tan pronto como se despertó, con su cabello despeinado y ojos rojos me hizo querer follarla más que ponerme nervioso.

Nos habíamos quedado dormidos en el sofá y no encontrarla cuando desperté me había cabreado.

—Momy, sólo estábamos conversando.

—Tenemos que ir a la casa de la abuela.

—¿Sí? ¿No voy a volver al internado?

Tanjia me lanzó una mirada avergonzada.

¿Qué carajo de historia era esa?

—No, mamá ya no te llevará más a ese lugar.

—Podéis quedaros aquí —repetí.

Ambas me miraron.

—Sabes que no podemos —respondió y tomando la pequeña mano de su hija en la suya caminaron hacia la habitación.

—Preparemos nuestras cosas —dijo antes de desaparecer en el corredor.

Miré a mi alrededor, desconcertado.

Dark se había despertado y no me había dado cuenta de que estaba cerca de la puerta en silencio pidiendo que lo sacaran.

—Tienes razón, amigo, ya vamos.

No podía volver a mi habitación a buscar una camisa, así que me puse la de la noche anterior.

Tenía su olor. El que recordaba. El que me hubo dejado muchos años antes, al borde de su piscina.

Maldije por el cambio de planes. La deseaba desde hacía tiempo, pero nunca pensé que sucedería realmente.

Busqué las llaves del apartamento y las divisé sobre la mesa. Las agarré rápidamente y al hacerlo dejé caer la bolsa que Tan había dejado allí.

Me agaché apresuradamente para recoger los diversos objetos esparcidos por el suelo. Cogí el teléfono, un espejo, un paquete de cigarrillos y dos pasaportes.

Debería haberlos devuelto, pero la intuición, la jodida intuición que tan sólo tienen quienes hacen mi trabajo, me obligó a abrirlos.

El primero fue el de la mujer que ocupaba la mayor parte de mis pensamientos... el otro, en cambio, era de una niña nacida el 17 de octubre de 2007.

17 de octubre de 2007

12 años atrás.

Su foto

*Su cara.
Su historia
Carajo...*

14 años antes

Las manos tocaban su piel. Desnuda. Suave. Tierna. Perfumada. Los labios besaban su cuello, sus hombros, su pecho hasta llegar entre sus muslos. Abiertos. Para mí. Para mi placer. Para su placer.

Hundí la lengua en su grieta.

El sabor de Ysabel era mi fruta de la pasión.

Mi pecado de gula.

Era lo más favorito de ella. Sentirla. Saborearla.

La fiesta había terminado y yo, como siempre, me había colado en su habitación rosa chicle. Me reí cuando la vi por primera vez. Parecía la de una niña pequeña, pero ella había crecido. Y lo había hecho conmigo.

Yo había sido el primero. Solo y único. Y esto me excitaba cada vez que lo pensaba.

Continué lamiéndola hasta el final, donde su placer sabía se volvería cada vez más intenso. Cuando estaba a punto de llegar al orgasmo, me separé, agarré su pierna, la puse en mi hombro y la penetré.

Empujé dentro de ella, contra ella. Busqué el frenesí sumergiéndome en su calidez.

Y cuando llegué, lo hice con rabia, con ardor, lo hice para olvidar.

Olvidar ojos púrpuras y labios carnosos.

Lo hice porque yo tenía que amar a Ysabel.

No había espacio para ninguna otra.

No había espacio para su hermana.

Capítulo 26

Tanjia

Perdonarme por caer en la trampa de Alexander y acostarme con él no sería tarea fácil. Sin embargo, no tenía fuerzas para evitarlo. Me hubiera gustado, pero no lo habría logrado. Y no me arrepentía. Para nada.

Sería un recuerdo y un secreto que habría guardado celosamente. Para siempre.

Aunque equivocado.

Aunque peligroso.

Acercarme a él había sido un riesgo. Había pasado muchos años antes y hoy aún más. Porque lo tuve, de verdad.

—Momy ¿volvemos a casa? —preguntó Ysabel mientras le ponía el suéter del día anterior.

¡No!

—Iremos donde la abuela un tiempo.

Era la verdad. Nos detendríamos donde ella, justo el tiempo suficiente para organizar el viaje.

Tenía la intención de encontrarme con Adela en Europa. Quería terminar con aquella vida. Quería volver a ser libre, pero primero tenía que descubrir cómo *hacerlo*.

Juliano me habría buscado y destruido. Mi vida estaba en sus manos desde aquella maldita noche.

Desde que acepté casarme con él.

Desde que descubrí que mi padre le había pagado para que hiciera desaparecer la niña de Ysabel.

12 años antes

Playa el Paraíso se estaba vaciando. Las últimas personas que quedaban estaban vomitando todo el alcohol que habían bebido. Alrededor de la hoguera ya no quedaba nadie, excepto la mejor amiga de mi hermana y yo.

—No veo la hora que nazca Felicity. Será hermoso, con dos padres así —Erika sonrió y dirigió su mirada al mar—. Yo también espero algún día encontrar a un hombre como Alexander. Un hombre que me ame tanto como él ama a tu hermana.

Afortunadamente la noche ocultó mi expresión triste. Vivir con la alegría de Ysabel, durante nueve meses, se había vuelto agotador y no porque no la amara o no estuviera feliz por ella, sino que todavía tenía la idea de que Alexander no era la persona adecuada para ella.

Pero... para mí.

—Me voy a casa —dije tabaleándome; había empujado el codo yo también aquella noche, de hecho, llamé a un taxi.

Unos treinta minutos después regresaba a la fortaleza de los Méndez. El vestíbulo estaba oscuro al igual que el gran comedor por el que tuve que pasar para subir a mi habitación.

La única luz provenía de debajo de la puerta de las escaleras de servicio que conducían a las cocinas.

¿Quién podría haber estado despierto a esa hora?

Eran las tres de la mañana y los sirvientes ya estaban en sus habitaciones desde hacía rato.

Pensé en Ysabel, tal vez tenía hambre, visto que estaba en el noveno mes de embarazo. Me acerqué, la acompañaría con gusto, incluso mi estómago retumbó.

Bajé los escalones de mármol blanco, cuando estaba casi en la puerta oí voces procedentes del interior.

Definitivamente no era mi hermana, sino mi padre.

Sabía que no tenía que detenerme ahí, que debería haberme ido a mi habitación. Lo que había descubierto unos años antes sobre los mercados ilícitos del Sr. Méndez ya me había causado muchos problemas. Nunca había hablado con nadie sobre eso, él lo sabía, por otro lado, estábamos en México y nadie era tan rico como nosotros, de algún lugar tenía que sacar ese dinero y ¿por qué no de las drogas y prostitutas?

Aquel recuerdo me puso la piel de gallina. Desde entonces, mi odio por él había crecido constantemente.

—La transacción del millón de pesos ya se realizó en tu cuenta de Suiza. Ahora encuentra una familia para Felicity y hazla desaparecer.

—Es un placer hacer negocios con usted, Méndez —respondió una voz no del todo desconocida.

—Nuestro trato es seguro, supongo —señaló mi padre nuevamente.

—¡Lo es! No entiendo por qué hacer tanto mal a tu propia hija —preguntó la otra voz.

—Mis millones no caerán a manos de un pobretón. Ysabel se casará con un hombre que esté a la altura de seguir con mi negocio. Punto —terminó mi padre.

El Sr. Méndez era un gilipollas sin escrúpulos. Por desgracia, sólo unos pocos lo conocían realmente.

Pensé en mi madre, quien sabe si ella estaba al tanto de aquella historia, esperaba que no, no lo habría soportado.

Los dos continuaron hablando, pero había dejado de escucharlos. Estaba ideando un plan para poder detener aquella locura y ya tenía algo en mente, pero para implementarla, necesitaba descubrir la identidad de la persona que estaba con mi padre.

Quería destruirlo. Despojarlo de todo y si era a cambio de sacrificar mi felicidad, lo habría hecho.

Ysabel tendría a su hija y quedaría tranquila.

Me acerqué aún más a la puerta, estaba cerrada y si hubiera tratado de abrirla me habrían descubierto.

Entonces esperé. Esperé hasta que la suerte estuvo de mi lado y de los labios de mi padre salió un nombre:

Juliano

Juliano Hernández, jefe del departamento de ginecología del hospital.

Por eso mi padre les había negado el dinero para poder pagarse una clínica privada. Por esta razón no había querido ayudarla.

Subí a tuestas las escaleras. Estaba molesta, enojada y me sentía responsable de la vida de Ysabel y de su hija.

La idea de contarle todo no se me había ni pasado por la cabeza, así como la posibilidad de revelárselo a Alexander.

Sólo yo hubiera podido cambiar su futuro y lo habría hecho.

Había planeado ya hacer una visita al hospital al día siguiente.

Capítulo 27

Alexander

¿Qué se siente al ser padre?
¿Qué sentí cuando Ysabel me mostró la prueba de embarazo con los ojos cargados de lágrimas?
¿Cómo podría olvidar el pequeño corazón que latía rápido, ultrasonido tras ultrasonido? Aquel frijol que se volvía más y más real. Más mío.

¿Qué sentí cuando lo perdí?
Cuando toda mi vida se había desvanecido en el mismo momento en que lo que quedaba de ellos eran dos cuerpos sin vida.

Sin vida.

Vida.

Sin embargo, mi hija estaba viva.

Doce años.

Doce años pasaron sobreviviendo.

Sin ella.

Sin un pedazo de mí.

Aun así, ella estaba aquí.

Había visto su cara.

Había escuchado su voz.

Había hablado con ella.

No me había equivocado, *ella* era de Ysabel y mía.

Pero, sobre todo, *ella* sólo me pertenecía a mí, ahora.

Llamé a Dark con un silbido y esperé a que me alcanzara después de zambullirse en el agua cristalina.

Había bajado a la playa a paso rápido y apretando el pasaporte en las manos.

Me había escapado. Escapado para no volcar toda la ira, el dolor, el odio hacia Tanjia frente a la niña.

¡Dios, sí que lo pagaría!

Le quitaría todo. Todo lo que poseía terminaría en mis manos. La habría privado de todo lo que necesitara su vida.

Quería hacerle lo que me había hecho a mí.

¿Cómo pudo actuar así?

¿Cómo pudo haber separado a una niña de su padre? De mí, que la amaba inmensamente.

Había renunciado a todo por ellas y ella lo sabía.

Había dejado de soñar, de estudiar derecho y estaba decidido a invertir mis ahorros para tener un hogar mejor, una vida mejor para ofrecer a mi familia.

¡Era feliz, carajo!

Éramos felices.

Ella, sin embargo, siempre había sido un obstáculo. Para nuestra historia. Para mi estabilidad mental. Por todas las veces que la deseaba, aunque no quisiera.

Yo amaba a Ysabel.

¡Tenía que amarla, joder!

Ella me había salvado de las malas compañías, de la calle, de las drogas.
Ella les hubo dado sentido a mis sueños.
Ella siempre había creído en mí y me alentó a convertirme en lo que yo quería.
Y me había convertido en alguien.
Había alcanzado aquella meta.
En Nueva York yo era el dios de los juzgados.
Un hombre sin corazón.
Sin emociones
Una máquina de guerra.
En Ciudad de México era un hombre con demasiados defectos.
Vacío.
Débil.
Ahí estaban mis sentimientos.
Y era un asco
¡Joder, si era un asco!
Dolía. Malditamente mal.
Me pasé una mano por el pelo, alborotados por el viento.
La playa estaba vacía, al igual que el mar plano, que era un chasco para los surfistas que venían a pillar olas.
Tenía que pensar
Pensar en el próximo movimiento.
Cómo traer a Ysabel a Nueva York.
A la prueba de ADN.
Tenía que llamar a Simon, hablar con él al respecto.
Me preocupaba cómo podría reaccionar. Podría hacer cualquier tipo de jugada sólo para recuperarla. Lo que fuera.
—Alexander.
Un peso tan grande como una roca cayó sobre mi estómago.
No me di la vuelta.
No quería mirarla.
Quería que desapareciera.
Ella lo había arruinado todo.
Lo había hecho siempre
Lo hacía siempre.
—Es mía, ¿verdad? —Sentí que su respiración se aceleraba—. Dime Tan. ¿Es mía o no? Apreté el trozo de papel que contenía la verdad. La otra mano se cerró en un puño.
—Lo sé, sé qué estás pensando. Se cómo te sientes. Yo... quiero explicarte. Quiero decirte...
—¡Basta, carajo! No hay una explicación. ¿Es mía o no? —grité. Ya no podía escuchar más su maldita voz.
¡Nunca más!
No quería verla nunca más.
—Sí
Me di vuelta y la miré a la cara.
De sus ojos violeta corrían lágrimas tan grandes como gotas de lluvia.
Ella me había devuelto todo y luego me lo quitó de nuevo.
Y la odiaba. La odiaba como nunca odié a nadie.

—Cometiste un gran error, Tanjia Méndez. Esta vez nadie puede salvarte. Quédate cerca, al menos hasta que mi hija sea mía, luego desaparece. Para siempre.

Le di la espalda y me fui a casa, pero no entré. Les di tiempo a ambas para prepararse y partir.

Me di el tiempo a mí mismo, para metabolizar que había encontrado a mi hija.

Me detuve por un momento. El aire en los pulmones parecía haberseme agotado.

Dark se acurrucó a mis pies.

Abrí aquel documento nuevamente.

Yo era padre.

Capítulo 28

Tanjia

Yo no era tonta, sabía que no sería capaz de ocultar la verdad durante toda la vida. Tarde o temprano lo sabría. Tarde o temprano, Ysabel lo buscaría.

Pero aún era muy pronto.

Aún su vida no estaba a salvo.

Todavía dependía de mí.

Tomé su manita y la conduje fuera de la habitación de Alexander.

Por primera vez en doce años, no sabía qué hacer. Dónde ir.

Sus dedos apretaron los míos, la miré y ella asintió.

Los apreté a la vez, como si quisiera absorber algo de su ingenuidad, de su optimismo.

Cuando le conté acerca de su padre, su verdadero padre, la comprensión que ella mostró ante aquella verdad demasiado fea como para contarla a una niña de sólo diez años, me hizo comprender lo madura que era y, sobre todo, lo aliviada que estaba al saber que el que la había engendrado no era Juliano.

Verla sufrir por como la trataba me había consumido el corazón, buscar una justificación para llevarla a un internado me había dejado sin fuerzas.

Y cuando la situación se volvió insostenible, decidí contarle la verdad.

Todo.

Cada detalle.

Y ella simplemente respondió “ok”.

Le prometí que más tarde ella podría buscarlo, una vez que alcanzara la mayoría de edad, eso la haría libre.

Ahora, era demasiado pronto y si Juliano supiera que Alexander sabía de ella, habría arrojado su ira sobre mí.

Como siempre. Desde que decidí tenerla, a toda costa.

Mi vida cambió aquel día. Cuando fui a verle al hospital. Cuando le revelé que había escuchado la conversación que tuvo con mi padre.

Cuando le mostré los documentos de papá y le propuse que podía quedarse con todo, que podía amenazarlo, denunciarlo, matarlo si quería... podía hacer cualquier cosa mientras la niña se quedara con mi hermana.

Juliano no aceptó mi propuesta aquel día, pero lo hizo la noche en que murió Ysabel.

Aquella noche hicimos un trato. Me había vendido a mi sobrina y a cambio, elegiría la forma más fácil de tomar toda la riqueza de mi familia... casarme.

Acepté con una cláusula.

Ysabel a los dieciocho años habría sido libre y yo también.

México tenía una superficie de mil novecientos setenta y tres kilómetros cuadrados, esconder el inframundo era un juego de niños, pero esconderse de él era prácticamente imposible.

Teníamos que huir.

Tan pronto como fuera posible.

No sólo estaba mi esposo, ahora también estaba Alexander, que removería el mundo para recuperar a su hija.

—Momy —me llamó Ysabel mientras esperábamos el taxi—. Es él, ¿no? Mi padre.

Bajé la cabeza mientras trataba de contener las lágrimas.

—Sí. —Mi respuesta fue más un silbido que una declaración.

—Es agradable. Me gusta —dijo encogiéndose de hombros.

Miré al cielo y recé.

La última vez que invoqué el nombre de Dios, fue en el internado, obligada por sus estrictas reglas. Pero hoy. Hoy necesitaba apoyo. Necesitaba apoyo y sólo podía buscarlo en Dios porque estaba sola en este mundo.

Completamente sola.

Escondí el Mercedes no lejos de Playa El Paraíso, Juliano seguía cada uno de mis pasos, estaba segura de eso, estaba segura de que sabía dónde estaba en ese preciso momento.

Nos detuvimos al borde del camino.

Me temblaban los dedos cuando marque el número de taxi, había perdido toda esperanza de abandonar el país ya que no tenía el pasaporte de mi hija.

Ysabel estaba junto a mí.

¿En qué estaba pensando ahora?

Cuánto sufrimiento y problemas para una niña tan pequeña.

Había hecho un desastre.

Pero si no lo hubiera hecho, nunca la habría vuelto a ver, con sólo pensarlo, mis ojos se llenaron de lágrimas.

Lo conseguiríamos. Como siempre. Habríamos salido de esta.

El sonido de un automóvil frenando frente a nosotros me advirtió que el taxi había llegado.

Miré hacia el frente para acercarme, pero el SUV azul metalizado de Juliano me congeló en el acto.

Ysabel se aferró a mi brazo, aterrorizada después de lo que había visto.

Me quedé mirando el auto inmóvil.

Mi esposo bajó con la habitual sonrisa falsa en su rostro y vino hacia nosotras.

—Subid —ordenó aparentemente tranquilo.

—No. —Lo desafié. Tenía miedo, pero estaba acostumbrada a sus acciones violentas.

—Entra o pagarás las consecuencias —me susurró al oído, mientras fingía saludarme.

Me hubiera gustado romperle la cara, hacer todo el daño que me había hecho, pero ¿qué habría sacado? Habríamos pagado las consecuencias.

—Sólo yo —Me obsequió con una sonrisa malvada—. Ella es mi hija. La he criado yo. — Nuestra mirada se encontró. Las arrugas rodeaban sus helados ojos, mostrando la verdad sobre su edad mayor.

Los pequeños labios habían tomado una curva delgada y dura.

¿Cómo había podido confiar en él? ¿Cómo había logrado sobrevivir todos aquellos años?

Me agarró la muñeca. La apretó casi para querer romperla y lo más probable es que lo hubiera hecho si no le hubiera seguido.

—Ella fue una mercancía de cambio. Te convertiste en uno de los hombres más ricos gracias a mi hija. Obtuviste lo que querías de ella, ahora déjala libre.

La risa resonó entre las casas y los árboles que adornaban la calle desierta. La lluvia le había dado algo de paz a la bahía, pero estaba volviendo a ser densa.

—He dicho que salgáis. No me hagais repetir Tanjia o te arrepentirás.

Estaba cansada. Cansada de sus modales. De sus órdenes. De su actitud.

Cansada de esa vida.

Me di la vuelta, Ysabel me miró con los ojos llenos de miedo.

—Huye. —Inicialmente el tono fue más como un susurro, pero cuando noté que Juliano había comenzado a apretarme la muñeca, no pude soportarlo más.

—Corre, Ysabel. Huye —grité.

Grité muy fuerte.

Agarré todo el dolor que sentía y me aferré al valor que surgía sólo cuando la vida de mi hija estaba en juego.

—Momy —Ysabel comenzó a llorar.

—Escapa. Por favor. Ahora.

Dio unos pasos hacia atrás. Juliano me soltó para agarrarla a ella, pero fui más rápida a lanzarme contra él.

Escuché los pasos de mi hija alejarse.

Podía dejar de luchar.

Nunca habría ganado.

Pero al menos él me tendría.

Sólo a mí.

Capítulo 29

Alexander

—No puedo creerlo, amigo. Lo que me estás contando es surrealista. Joder, ¿cómo has hecho para esconderlo todo este tiempo? —exclamó Simon al otro lado del teléfono.

—No tengo ganas de hablar de eso. Los recuerdos ya tenían la mayor parte de mi vida.

—Podría haberte ayudado.

Sonreí. Es cierto podría haberlo hecho.

—Puedes ayudarme ahora. Necesito que vengas aquí. Tengo que recuperar a mi hija y no puedo manejarlo solo. No estoy seguro de poder controlarme —Me pasé la mano por el pelo. Estaba de vuelta en la playa. Dentro de la casa todavía había quedado su olor. El olor de Tanjia y por mucho que la odiara en aquel momento, era todo lo que quería percibir.

—No tienes ni que pedirlo. Brian podrá encargarse del despacho mientras no estemos. Alex, Melinda vendrá conmigo, ¿lo sabes no?

—Por supuesto, no sería lo mismo sin ella.

La esposa de Simon tenía buena mano con los niños. Estaba criando al hijo de Simon, Daniel, como si fuera suyo. Amaba a ese niño y si bien Ysabel tenía el doble de edad que Daniel, estaba seguro de que ella también se llevaría bien con él.

Al contrario que a mí.

Ni siquiera sabía qué mierda decirle.

¿Qué haría una vez estuviera en Nueva York?

Mi ático había sido concebido para un hombre soltero y no para una familia.

Lo pensaría más tarde.

Además, tendría que arreglar mil cosas de mierda.

Colgué el teléfono y lo puse en mi bolsillo.

Dark siempre estaba a mi lado. Lo acaricié y él respondió con una lamida entre mis dedos.

—Lo sé, te descuidé. Nuestra vida cambiará a partir de hoy. No más mujeres en la casa. No más mujeres con las que solías divertirte asustándolas. Sólo habrá una, un poco más alta que tú y que te encantará.

Caminamos a casa, al día siguiente llegaría Simon y desarrollaríamos una estrategia para resolver el asunto.

Quería llevar a Ysabel lejos de allí. De Juliano y su violencia.

¿Se saldría con la suya el Dr. Hernández?

¿Debería haber cerrado los ojos y no haberme entrometido en toda esa historia?

Era tanto su culpa como la de Tan, ambos deberían pagarlo.

Él por todo el daño que me había hecho a mí y a todas las mujeres que habían perdido su hijo.

Erika vino a mi mente.

¿Cuál era la verdad de su historia? ¿Por qué Brian había encontrado una foto de ellos dos?

¿Realmente había sufrido el mismo destino?

Tenía la impresión de que esto era sólo la punta del iceberg, que se escondía mucho más detrás de aquella historia.

Tomé el pequeño camino que conducía a la villa en el acantilado. Dark, que siguió mi propio ritmo, comenzó a correr y ladrar.

Miré frente a mí y vi a Ysabel sentada en las escaleras. Aceleré el paso y cuando me acerqué me di cuenta de que estaba temblando, la lluvia, aunque no demasiado fuerte, le había mojado el pelo y la ropa.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

Tan pronto como me vio, se puso de pie.

Se secó las lágrimas con la manga de la sudadera.

—El doctor se llevó a mamá y no sé a dónde la llevará. Ella me dijo que huyera y no sabía a dónde ir. Lo siento, lo siento si vine a ti, Alexander. No sabía qué hacer. Yo no sabía —se echó a llorar.

La cogí en brazos y la llevé adentro.

Sus palabras me retumbaban en la cabeza cuando la apreté por primera vez sabiendo que era mi hija.

Ysabel puso su cabeza sobre mi hombro. Por fin mi niña tenía cara y un corazón que latía tan fuerte que lo sentía en mi piel.

La llevé al baño, la senté en el borde de la bañera y encendí el secador de pelo.

Los dos estábamos en silencio mientras trataba de infundirle calor y evitar que temblara.

Sabía que el temblor no sólo se debía al frío, a la ropa empapada, sino a algo que llevaría dentro por toda su vida. Para siempre. Y dependía de mí hacerla feliz.

Yo lo habría hecho. Me lo juré a mí mismo.

¿Pero cómo? Si Tanjia no estaba con ella, ¿soportaría su distancia?

¿Lo habría logrado sin ella?

¿Y yo?

¿Lo habría logrado?

¡Tanjia!

¿Dónde estaba? ¿Adónde la había llevado Juliano?

Tenía que encontrarla.

—Sabes cómo usar esto, ¿no? —dirigí mi mirada hacia el secador de pelo que le señalaba.

—Tengo doce años, no dos —dijo levantándolo.

Había sido concebida por Ysabel, pero estaba claro que Tanjia la había criado, de ella había aprendido aquella insolencia.

—La encontraré —dije antes de dejar que se secase sola.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y llamé a Andrea, esperando que tuviera la información que necesitaba.

Él respondió al tercer timbre.

—¿Qué carajo quieres?

—Necesito saber la matrícula del auto de Juliano Hernández. Trabajas para su empresa de seguridad, no será difícil encontrar esa información. —Fui directo al grano.

—Dame unos minutos.

Asentí, pero tuve la sensación de que eran demasiados.

Mientras más tiempo pasaba, más peligro correría Tan.

Empecé a caminar de un lado a otro.

Pasaron unos minutos cuando el teléfono se iluminó en mis manos y Andrea me daba la información que le pedí.

Mientras tanto, Ysabel había salido del baño. Marqué otro número y le indiqué a ella y a Dark que me siguieran. Estábamos entrando al auto cuando Adam contestó el teléfono.

—Necesito que encuentres esta placa y le digas que me paso por el forro la ilegalidad. Está en

juego la vida de personas, por lo que necesito esta información, de lo contrario, tan pronto como ponga un pie en Nueva York, será el primero en recibir mi visita.

Adam trabajaba en una empresa de investigación de localización de dispositivos en Nueva York. Después de darle la placa, nombre y apellido, colgué.

Apreté el acelerador y me dirigí aprisa hacia casa de mis padres.

En diez minutos estábamos frente a mi madre que, en la puerta, miraba a Ysabel de pies a cabeza.

—Te lo explicaré todo más tarde. Ahora déjala entrar.

—Ella es... ella es... la hija de Tan...

—Sí, es ella. —No le permití que terminara la frase, tenía prisa. Había recibido el mensaje con las coordenadas de dónde se encontraban Juliano y Tanjía en ese momento.

Más tarde le explicaría que era su nieta, con la esperanza de no fuera un golpe fuerte para el corazón de mis padres.

—Vamos lindo. —Me volví hacia Dark y corrí de regreso al Jeep.

Detendría a Juliano.

Sólo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Capítulo 30

Tanjia

Conocí el miedo la primera vez que Juliano me puso las manos encima sin ningún motivo aparente.

Lo conocí cuando estaba a punto de hacerlo con Ysabel, de sólo cuatro años.

Reconocía su ira a través de sus ojos. A través de los iris dilatados y llenos de rabia. Esas eran las señales que me advertían que Juliano desahogaría su frustración en mí. Trataba de esconderme, a veces.

Cuando podía

Cuando tenía tiempo de hacerlo.

Pero la mayoría de las veces me encontraba y aunque consiguiera negarle el sexo, no podía con sus bofetadas.

No siempre había sido así. Al principio parecía que me adoraba, me mimaba y me rodeaba de regalos. Nunca mostró su lado violento, incluso cuando me negaba en la cama.

No es que no hubiera tratado de complacerlo, quería que me gustara, me obligué a dar ese paso extra para llevar nuestra relación al nivel físico, pero no lo había logrado.

Cada vez que me tocaba, me besaba, respiraba sobre mi piel, pensaba en él... en Alexander.

Entonces llegó mi herencia y todo cambió. El hombre que realmente era salió a relucir. El empresario del mercado negro.

—Quédate ahí y espera —ordenó arrojándome dentro del chalet donde pasamos las vacaciones de verano en Cabata Grande en las montañas, cerró la puerta y me dejó allí sola.

Pasé mis manos alrededor de mis brazos. Hacía frío y estaba mojada, débil por la fiebre que tuve y por la noche que pasé con Alex, de la que guardaba cierto dolor entre las piernas.

A mi alrededor había oscuridad, las ventanas que daban a la impresionante vista de la ciudad estaban cerradas, los muebles cubiertos con sábanas blancas y el hedor a cerrado y a polvo invadían el ambiente.

Hubo un tiempo en que aquella casa era el lugar de encuentro de mi familia con parientes y amigos. Allí celebramos nuestros cumpleaños y jugaba con Ysabel.

Aquella casa guardaba algunos de mis mejores recuerdos.

Hasta que, justamente allí, pasé la luna de miel con el monstruo.

Probablemente por eso me encontraba allí, donde todo comenzó y dónde terminaría.

Me moví por la habitación y me acerqué a uno de los grandes ventanales. Decidí abrir el que estaba la terraza, no había respirado aire de montaña, aire limpio en años. Tan pronto como abrí la cerradura, el crujido de la madera acompañó mi movimiento.

Inhalé profundamente cuando el aire frío y perfumado invadió mis fosas nasales, cerré los ojos y me encantó aquel silencio anterior a la tormenta.

La tormenta, de hecho, llegó solo después de unos minutos cuando Juliano regresó a casa.

El elegante vestido beige contrastaba con su alma poco noble.

Sus intenciones, sin embargo, eran claras. Hube recibido el mensaje incluso antes de que él hablara, cuando noté que la pistola me apuntaba directamente.

—Entra y cierra esa maldita ventana.

Avancé en la habitación, como me ordenó.

—Si tienes que matarme, al menos permíteme ver algo hermoso antes de cerrar los ojos para siempre.

No tenía miedo a la muerte. Sabía que tarde o temprano me llegaría.

Estaba segura de que se desharía de mí. Lo entendí al mismo tiempo que descubría que era un traficante de niños.

Sólo un hombre sin corazón podría hacerlo.

Y él lo era.

—¡Esto incluso podrías merecerlo! —dijo burlándose de mí.

Permanecí en silencio esperando su próximo movimiento—. No puedo dejarte que vallas por ahí ahora, Tan. No puedo dejar que le soples todo a ese abogado de mierda.

Estaba claro que él sabía que yo pasé la noche con él y de seguro, también imaginaba lo que había sucedido.

—Puedes matarme si quieres. Estoy en paz, ahora que Ysabel ha conocido a su padre —lo desafié.

¡Fui estúpida, sí! Pero no quería inclinarme a sus pies. No quería volver a hacerlo, nunca más.

Ysa tenía a alguien que la amaría ahora. Alguien que haría su vida mejor y más hermosa.

Alexander le daría lo que necesitaba, probablemente incluso una nueva madre.

Yo era feliz así, la había salvado.

La había amado.

Sólo eso importaba.

—Podrías haber sido una reina, si tan sólo me hubieras querido como me merecía. Podrías haber tenido la ciudad a tus pies.

—Sólo quería a mi hija. El resto te lo dejé a ti. —Una sonrisa amarga curvó mis labios.

—Eres tan joven y malditamente hermosa. Es una pena que tu vida termine así.

Apuntó el arma a mi corazón.

Era el final.

Apreté los ojos y esperé...

Esperé...

Esperé...

Esperé a que el disparo saliese y finalmente lo hizo.

La detonación retumbó en mis oídos.

Asustó a los pájaros posados en la barandilla de la terraza.

Marcó el final.

El fin de mi vida.

Después de todo, los malos siempre ganan.

Capítulo 31

Alexander

No estaba claro para mí por qué estaba corriendo al chalet para salvar a Tanjia. Después de lo que me había hecho, de lo que había tenido que soportar por su culpa, también podía ignorar su vida. Ella había elegido mentir.

Separarse de mí.

Separarme de mi hija.

Me debía una explicación.

Esa era la razón. Quería saber la verdad. Probablemente quería mirarla a los ojos y preguntarle por qué me había privado del regalo más hermoso que la vida me había dado.

O...

O tal vez era sólo una cuestión de venganza. Esa era otra razón. Quería que sufriera, pero en mis manos y en las de ningún otro.

También había alguien más que quería encontrarme y era el Doctor, el que había trastornado mi vida y la de otros hombres y mujeres.

Tan pronto como los árboles de hoja perenne al costado del camino me dejaron ver la casa, sentí un apretón en el pecho.

Habíamos huido allí la primera vez que el padre de Ysabel nos descubrió. Habíamos pasado tres días maravillosos, solos ella y yo, sin pensar en los demás, en el futuro, sino sólo en nosotros.

Sabía que el rostro de Ysa estaba desapareciendo de mis recuerdos, apenas recordaba sus rasgos somáticos, tal vez porque ya no pensaba en ella como antes. Probablemente porque ahora, alguien más ocupaba una gran parte de mi mente.

Aparqué el todoterreno no lejos de la entrada, salí del auto y Dark me siguió.

En la parte trasera sabía que había una entrada de servicio. Esperaba que estuviera abierta mientras me movía hacia allí en silencio.

La maleza y la alta hierba que rodeaba la casa me dio a entender que no era muy frecuentada. Probablemente Tanjia no había venido aquí por un tiempo, recordaba su pasión, quería ser arquitecto y diseñar jardines, por esa razón nunca lo habría dejado en aquellas condiciones.

Crucé el porche de madera blanca y vi que la puerta estaba abierta de par en par.

Bien, así no necesitaría romperla, no haría ningún ruido.

Estaba impaciente por atraparlos por sorpresa, juntos.

Quería destruirlos.

Lo hubiera hecho con las armas adecuadas.

Tenía mucho a mi favor.

Era abogado y siempre ganaba en los juzgados y fuera de ellos. Siempre.

La puerta daba a una pequeña cocina. El olor a cerrado y a polvo se colaron en mis fosas nasales, confirmándome que nadie había estado allí desde hacía un tiempo.

Despacio me fui internando.

Dark caminaba detrás de mí, olisqueando cada cosa que bloqueaba nuestro camino.

Un disparo rompió el silencio petrificándome en el acto.

¿Qué carajo estaba pasando?

El pánico no me permitió moverme durante unos segundos. Segundos que permitieron a mis

miedos y pensamientos cruzar por mi mente.

La muerte de Ysabel.

La muerte de mi hija.

El dolor de la soledad.

Mi vida vacía en Nueva York.

Y...

La muerte de Tanjia.

Ese momento fue crucial. Esencial para entender que *ella* no podía y no debía morir.

Que no podría soportar revivir la misma situación otra vez.

Que no podía permitir que sucediera.

Corrí hacia el ruido ensordecedor. Ni siquiera lo pensé por un momento, la experiencia de controlar las emociones me había enseñado a no dudar ante cualquier situación, cuando saqué el teléfono de mi bolsillo y contacté a la policía.

Necesitaba refuerzos y ayuda.

Si Tanjia había sido alcanzada, tenía que ser auxiliada.

Rápidamente llegué al comedor y lo que vi no era exactamente el escenario que había imaginado.

El cuerpo de Juliano yacía en el suelo, la sangre continuaba fluyendo de su pecho.

Tanjia lo miraba con los ojos muy abiertos y las manos cubriendo su boca. Había gotas de sangre en su rostro y su vestido.

—Qué carajo... —retumbó mi voz en la habitación mientras miraba el cuerpo.

—Tenemos que hacerlo desaparecer... ahora —escuché desde otro lado la voz de una mujer.

Sacudí la cabeza y encontré a Erika con el arma en la mano.

—Tenemos que hacerlo desaparecer —decía mientras lloraba moviendo el arma de lado a lado.

¡Mierda!

Tenía que calmarla y, sobre todo, quitarle el arma de las manos.

—Suelta el arma, Erika. Tírala y te ayudaré.

Ser complaciente y esperar el momento adecuado para golpear, una de las reglas fundamentales de mi oficio.

—Nooooo, haced que desaparezca —gritó histérica.

—Lo haremos juntos, pero desechemos el arma.

Erika la miró, algo cambió en sus ojos. El destello de locura que los atravesó me llamó la atención.

Lo que imaginaba sucedió, me apuntó a mí.

Dark ladró tan pronto como olfateó el peligro.

—Tranquilo Dark —le dije con una mirada que no correspondía con lo que pasaba.

—El me engañó, me traicionó, vendió a nuestro hijo. Mi hijo. Dijo que estaba mejor con una familia más unida. Dijo que había sido el resultado de una pasión enferma. ¡Me lo quitó todo! — siguió gritando y llorando.

La ira hacia ese hombre fluyó por mis venas haciendo que mi sangre hirviera.

Juliano merecía ese final.

Merecía morir.

Las sirenas de la policía comenzaron a escucharse en el interior de la casa.

El sonido empeoraría el estado de ánimo de Erika, así que tuve que hacer algo para detenerla, de lo contrario habría perdido el control nuevamente.

—Escúchame, tienes un atenuante. Podemos probar lo que hizo. Vosotras sois testigos. —Traté

de convencerla.

—¡No! No. En México no somos nada. Me acusarán de asesinato y me encarcelarán. ¿Lo entiendes? No puedo ir a la cárcel sin terminar mi venganza. La dirección de su arma cambió.

La apuntó hacia Tanjia.

La policía se acercaba cada vez más, pero yo sabía que no llegarían a tiempo para detenerla.

Tenía que hacerlo yo.

Caminé hacia Erika, sus ojos se volvieron hacia Tanjia y esto me permitió dar unos pasos sin que ella lo notara.

—¿Estás lista para unirme a tu esposo? Mataste a Ysabel y te quedaste con su bebé. Eres una puta. —Fueron las últimas palabras antes de apretar el gatillo.

El grito de Tanjia se quebró antes de colapsar en el suelo.

Había llegado antes

Lo hice.

La bala se perdió en algún lugar de la habitación y el arma acabó en el suelo.

En ese momento entraron los agentes. Dos hombres uniformados se nos acercaron. Dos más para el cuerpo sin vida de Juliano.

Sólo me hicieron una pregunta, si los hubiera contactado yo.

Entonces sucedió lo que había imaginado.

Tanjia y Erika terminaron esposadas.

La ambulancia vino a recoger el cuerpo que yacía en el suelo cubierto con una sábana blanca.

Y yo fui invitado a la comisaría de policía para una declaración.

Salimos del lugar después de aproximadamente una hora.

Los seguí con mi auto.

Sólo una pregunta hizo eco en mi cabeza: ¿cómo diablos la sacaré de la cárcel?

Capítulo 32

Tanja

Estaba acabada.

Mi vida había terminado.

Estaba arrestada.

Todo lo que sabía, lo que había visto, saldría a la luz.

Yo era cómplice.

También yo era traficante de niños.

La cárcel en Ciudad de México significaba morir.

Tal vez eso era lo que me merecía.

Quizás Erika debería haberme disparado.

Quería que lo hiciera porque sólo la prisión de Ciudad de México era peor que la muerte.

Capítulo 33

Alexander

—La sacaré —Simon y Brian me miraban mientras me movía de un lado a otro de la habitación. Al final, mi primo quiso venir.

—La sacaremos Alex, tú lo sabes.

Solté un suspiro de alivio tan pronto como mi compañero pronunció aquellas palabras.

Habían llegado al amanecer, en el primer vuelo de Nueva York, confiaba en ellos, se habían convertido en buenos puntos de referencia durante aquellos años y juntos podíamos alcanzar cualquier objetivo, por lo tanto, ganar.

—Un millón de dólares —dije dando una calada al cigarrillo y miré directamente a Brian.

Mi primo asintió.

—La corrupción es el único medio que tenemos. Tanjia ha sido acusada de homicidio y le irá bien si se sale con cuarenta años de prisión. Probablemente morirá antes.

Exhalé el humo y me apoyé contra el armario de la cocina. Me crucé de brazos y cerré los ojos.

—Es inocente, ¿verdad? —intervino Simon.

—Si hablamos de la muerte del doctor del carajo, sí. Aunque si hablamos de mi hija, ella es la primera y única culpable.

—No sabes por qué lo hizo —continuó.

—¡No me importa una mierda, Simon! Me hizo creer que estaba muerta. ¡Viví doce años creyendo que ella se había ido, maldición!

—Entonces, ¿por qué quieres sacarla?

—Porque estoy del lado de la justicia. Tanjia no mató a Juliano y ningún juez la acusará de los crímenes que cometió su esposo. Si va a ser arrestada, debe ser por lo que hizo y no por ningún otro motivo. Además, su libertad era mi moneda de cambio. Habría hecho lo posible para que saliera de ese lugar, pero le quitaría todo. Todo.

—¿Estás dispuesto a pagar? —preguntó Brian.

—Llama a tu contacto y pregúntale dónde y cuándo. Cuanto antes cerremos esta historia, antes podré abandonar este maldito lugar.

Mi primo asintió nuevamente, se levantó y salió de la habitación.

—Toda esta historia es surrealista, Alex. —Simon se pasó una mano por el pelo.

—Bueno, tú también hiciste cosas surrealistas para recuperar a tu hijo —Él sonrió a medias.

Estaba a punto de casarse con una mujer que nunca había visto debido al chantaje de su exesposa, que no le permitía ver a Daniel, de sólo tres años.

Pero le había ido bien. Habían pasado tres años desde que conoció a Melinda y se enamoraron al instante.

—¿Qué vas a hacer con Ysabel?

Escuchar ese nombre fue como recibir un puñetazo en el estómago. La vida había sido cruel. Haber encontrado a mi hija removía la pesadilla de los últimos años, pero el hecho de llevar el mismo nombre de su madre era aún peor.

Todavía no tenía claro el porqué de la decisión de Tanjia de mantenerme fuera de su vida. Me costaba creer que la única razón hubiera sido el odio hacia mí. ¡Era difícil aceptar que me creía tan inepto como para ocuparme de mi hija!

Era mía.

Y ella me la había quitado.

—Ella me pertenece Simon y vendrá a Nueva York conmigo.

—¿Y Tanjia? ¿Ella es su madre?

—Ella no existe. No tiene ningún derecho.

—¡Está hecho! Tan pronto como se complete la transacción del dinero Tanjia estará libre —dijo Brian al entrar en la casa.

—¿Te ocupas tú? —pregunté a mi primo.

Esperaba que pudiera ver en mis ojos toda la gratitud que le profesaba.

—Es lo menos que puedo hacer, Alex. Mis disculpas no serán suficientes para hacerte entender cuánto lo siento por crear este desastre.

Estaba claro que no había entendido lo fundamental que había sido para mí. Había encontrado a mi hija sólo gracias a él.

—Lo siento por Erika, te preocupaste por esa chica.

—Nueva York está llena de mujeres hermosas. La olvidaré pronto. —Me guiñó un ojo.

—Vamos a violar la ley, se necesita un brindis —afirmó Simon, levantando el vaso que acababa de llenarse con whisky.

Después de muchos días volví a experimentar mi sonrisa.

Eran mi familia y aunque me esperaban días difíciles, sabía que ellos estarían ahí.

Brian habría seguido rompiéndome las bolas.

Simon, por otro lado, me habría ayudado a ser un buen padre.

Un par de horas después estaba en la sala de espera de la prisión de Santa Martha Acatitla; la pequeña habitación no tenía ventanas y el único color que se podía admirar eran las paredes blancas y el piso gris de suciedad.

Pronto Tanjia haría su entrada y sería la última vez que la vería.

Me acaricé la mejilla cubierta con unas puntas de barba, no me había afeitado durante días, fui al baño sólo por necesidades básicas y para ducharme. Parecía que no corría durante años y que no había cuidado mi cuerpo desde mucho.

Y a pesar de que pronto regresaría a Nueva York, no sabía bien qué cambio traería Ysabel a mis hábitos.

Seguramente todo cambiaría.

La cerradura sonó y la pequeña puerta se abrió.

Esperé a que entrara Tanjia y cuando la vi, respiré hondo.

Era demasiado para ella.

El sufrimiento marcaba su hermoso rostro. Las ojeras habían surcado sus ojos púrpuras.

Estaba hecha pedazos.

Y para mí era demasiado.

Lo que siempre me había encantado de ella era su temperamento ardiente. Combativo.

Su gilipollez había sido mi perdición desde que la conocí.

Pensé que rompería el mundo.

Que se convertiría en una mujer de poder.

Lo tenía todo.

¿Entonces por qué? ¿Por qué había actuado de aquella manera?

¿Porque había elegido a ese hombre y me había ocultado la existencia de mi hija?

La vi avanzar, en sus muñecas, las cadenas simbolizando el crimen.

En lugar de ropa, llevaba un mono naranja.

Era demasiado.

Joder, era realmente demasiado.

—Tienes diez minutos. —El guardia indicó el reloj y dirigió su sucia mirada directamente a Tanjia.

Cerré los ojos y conté hasta diez para no partirle la cara por la forma en que la había mirado.

La odiaba, pero algo, una pequeña parte de mi ser masculino, la anhelaba.

Ella todavía me pertenecía.

Tanjia se sentó, pude escuchar su corazón latir rápido en el silencio de ese lugar angosto y cuando me dirigió la mirada, la volví a ver.

No se había rendido.

Ella estaba peleando.

Ella nunca se rendiría.

Me moría por preguntarle cómo estaba. Si la habían lastimado. Si había comido y otras mil tonterías sobre su bienestar.

Pero me lo guardé.

Elegir ser su abogado tenía una razón muy específica y era poder mirarla a los ojos y decirle lo que perdería.

Qué caro habría pagado su gesto.

Abrí el maletín y extraje el contrato que había preparado antes de ir a aquel lugar.

Pero ella se anticipó a mis palabras.

—Quiero explicártelo. Tenemos poco tiempo, pero quiero que sepas la verdad —habló en voz baja, pero su tono era firme y duro.

—No me importa un carajo en este momento. Tenemos tiempo para firmar esto —le entregué las hojas.

Tanjia las tomó y comenzó a leer.

Tan pronto como llegó al primer punto, levantó la cabeza de repente.

—No me rendiré con Ysabel, no desapareceré de su vida. La crié yo. —Las lágrimas comenzaron a mojarle las mejillas.

—Firma esta hoja en la que renuncias y certificas que ella es mía y saldrás en unas horas.

—¿Cómo puedes preguntarme esto, Alex? ¿Como puedes hacerme esto?

—¿Realmente me preguntas? ¿Después de lo que me hiciste? —Sacudí la cabeza con incredulidad.

—Yo sólo quería protegerla. La salvé y ni siquiera te das cuenta —su tono había subido unos decibeles y esto llevó al guardia a entrar en la sala.

—Firma e Ysabel estará a salvo y tú serás libre.

—Se acabó el tiempo —intervino el guardia.

Le tomé el bolígrafo y después de una última mirada, que evité por miedo a leer lo que no quería, garabateé algo en aquellas hojas que habría dividido nuestras vidas para siempre.

Capítulo 34

Alexander

Tres meses después

—Aunque todas las mujeres de Nueva York saben que te has convertido en padre, no has perdido tu encanto —Simon miró a una modelo de un catálogo de ropa interior al otro lado de la habitación que me miraba como si yo fuera el único hombre en la tierra.

No es que no me hubiera dado cuenta. Reconocía la mirada de una mujer que quería ser follada.

—Deberías volver al camino amigo, de lo contrario Brian arruinará tu récord.

Me eché a reír.

—Las mujeres se sienten atraídas por los padres solteros, ¿no lo sabías? —afirmó Simon nuevamente.

No me importaban un carajo las mujeres.

Un huracán había afectado por completo mi vida diaria creando un caos que me costaba seguir sin quedarme atrás.

Tenía una hija, marcada por la violencia, que echaba de menos a su madre y que estaba entrando en la fase más crítica de su vida, la adolescencia.

Cuando me despertaba por la mañana, muchas veces reía por no llorar.

Los primeros días parecieron una pesadilla, Ysa apenas podía hablar conmigo, lloró porque quería estar con Tanjia y la culpa me devoraba vivo.

Afortunadamente, Melinda había intervenido. Incluso me había convencido de que llamara a su madre por Skype y tuve que admitir que había sido buena idea, Ysa se había calmado.

—*Si te preocupas por tu hija, no puedes privarla de ella. No seas egoísta, Alex, no se trata de ti* —me dijo en una de nuestras conversaciones.

Yo había aceptado

En el fondo era lo justo.

—¿Desde cuándo no estás jodiendo? —Simon volvió al ataque.

—¿Qué mierda te importa?

—Tu actividad sexual tiene un impacto en el trabajo. Siempre has dicho eso también, que el sexo es tu taurina.

—No he follado desde que regresé de México —admití. No había hablado con nadie sobre la noche que pasé con Tanjia.

—Espera. ¡Espera! ¿Qué coño significa eso?

—Estuve en la cama con Tanjia —confesé, quitando el recuerdo de su piel suave y el olor de su perfume de mi mente.

—¡Guau! No lo hubiera esperado. ¿Y por qué? —Simon era un buen abogado y sabía a dónde quería ir con sus preguntas.

—¿Qué quieres saber?

—Ella es la hermana de tu exnovia, quien murió para dar a luz a tu hija. Creo que sufriste mucho, incluso si nunca lo mencionaste, pero te conozco. Acostarte con su hermana no fue sólo un capricho y tú también lo sabes.

La corbata combinada con el traje a medida para mí estaba empezando a apretarme.

—Ella siempre ha sido un problema desde que yo tenía unos veinte años. —Me dolió admitirlo, era como si estuviera engañando a Ysabel, pero no podía escapar de la verdad. Ya no.

—¿Qué otros secretos estás escondiendo?

Aparté mis ojos de la mujer que seguía mirándome y los dirigí hacia mi amigo.

Las fiestas de caridad siempre habían sido una tocada de huevos, la parte divertida llegaba al final, cuando volvía a casa en compañía de una hermosa mujer.

—Demasiados —respondí sonriendo.

—Creo que deberías saber por qué retuvo a Ysabel con sigilo. Creo que deberías hablar con ella —dijo con seriedad.

—¡No! —respondí secamente.

—Si sientes algo por ella, no te prives de ello. No prives a Ysabel de la mujer que la crio. Escucha, Alex, no sé una mierda, pero aparentemente Melinda es consciente de algo, ya que la defiende cada vez que hablamos de ello. Estás poniendo en grave peligro nuestra relación. —Mentía, por supuesto.

Nada de lo que viniera del exterior habría desestabilizado a aquella pareja después de lo que habían pasado.

—Habla con Melinda al menos, creo que ella tiene algo para ti.

—No hablaré con Melinda y no hablaré con Tanjia. Cerré el tema. Y ahora bebamos, necesito algo fuerte. —Le di unas palmaditas en el hombro antes de caminar hacia el mostrador en la sala decorada para la fiesta.

—Y de follar —escuché decir en la distancia.

Tenía razón.

Esa noche jodería, carajo.

Capítulo 35

Tanjia

Acababa de regresar de una clase de arquitectura al aire libre. El olor de las albóndigas de mi abuela se había extendido por toda la casa. Era una viejita de ochenta y dos años, pero hasta hacía unos meses, una de las más grandes sustentadoras.

Ella sabía la verdad. Lo sabía todo y aunque no estaba de acuerdo, nunca me puso trabas.

Lo había hecho con mi padre, su hijo, cuando se dio cuenta de que era un criminal de traje y corbata.

—Chica, la cena está lista —me advirtió en cuanto la llamé para decirle que había vuelto a casa.

Me había mudado allí después del funeral de Juliano. Aunque no merecía mi presencia, no había podido escapar de aquella obligación, de lo contrario la gente habría seguido viéndome como una criminal, a pesar de la declaración de inocencia del gobernador cuando me liberaron.

Cuando Alex pagó por mi libertad.

Una libertad que no cuenta para nada sin mi hija.

Sin él.

El primer mes había sido el más difícil, lloraba día y noche.

Los recuerdos eran todo lo que tenía durante las horas del día y las pesadillas me desvelaban todas las noches.

Ya no sonreía, apenas lo hacía antes y en aquel momento ya nada.

Ni siquiera la visita inesperada de mi mejor amiga había tenido el efecto deseado, de hecho, había sido peor, había consumido su hombro a fuerza de llorar en él.

Pero después de todo, las amigas también están para eso.

Para llorar.

Habían pasado cuarenta y cinco largos días y vi la luz al final del túnel. Llegó una llamada telefónica inesperada y todo a mi alrededor volvió a tener sentido.

Por supuesto, no como yo quería. No como lo había imaginado, pero fue un comienzo. El comienzo de una nueva vida.

Melinda Spencer me había llamado, Ysa probablemente recordaba mi número de memoria, ya que el teléfono que usaba había quedado en el cajón de su habitación.

Desde aquel momento me puse en contacto con mi hija, la escuché al menos dos veces por semana y pude verla a través de Skype.

Nunca le pregunté por Alex, me limité a saber qué clase de padre era.

No está mal.

Siempre la misma respuesta. Siempre las ganas de saber más se apoderaban.

No me había arrepentido de mi elección, lo hice para proteger a mi hija.

Nuestra hija.

Pero yo quería a Alex. Desde que mi cuerpo había conocido su roce, no sólo lo había imaginado, se había convertido en mi obsesión.

Sin embargo, nunca habría futuro para nosotros y aprendí a aceptarlo.

Necesitaba, no obstante, pasar el tiempo de alguna manera. No pensar y mi abuela me había dado el empujón para perseguir mi sueño.

Me matriculé en la universidad.

Empecé a estudiar de nuevo.

Habría podido no hacerlo. Había heredado una gran cantidad de dinero. Era una mujer rica, todo lo que pertenecía a Juliano ahora era mío. Una pequeña recompensa por lo que tuve que sufrir a lo largo de los años.

Su lista negra también había terminado en mis manos, no quería saberlo, así que se lo dejé a su abogado junto con las fábricas que anteriormente pertenecían a papá y que servían como tapadera para cierto tipo de negocios.

Había salido limpia. Al menos para el submundo marginal.

Había llegado el momento de comenzar de nuevo y lo había hecho.

Seguía las clases cada día, pronto me graduaría y finalmente comenzaría a diseñar los exteriores como soñé hacerlo.

Antes de llegar a la cocina, donde mi abuela, fui a mi habitación para cambiarme la ropa y ponerme cómoda.

A pesar de la distancia con mi hija, comencé a respirar el aire de la tranquilidad nuevamente, Todavía no había superado el trauma de la violencia que había sufrido, el hecho de que no podía tener hijos y la conciencia de que mi vida estaba marcada para siempre. Sin embargo, era fuerte, era lo suficientemente fuerte como para seguir y lo haría y tal vez algún día también sería feliz.

Algún día, tal vez.

El sonido del teléfono disipó mis pensamientos. Lo saqué de la bolsa, lo coloqué entre el hombro y la oreja y mientras desabrochaba los pantalones respondí:

—Melinda.

—¿Te molesto?

—No, ¿pasó algo? —Me detuve al instante.

—Ha llegado tu carta para Alex.

¡Ah, aquella!

Había decidido intentar un último contacto con él. Lo había hecho una noche cuando la necesidad de que sus dedos acariciaran mi piel no me dejaba dormir.

Alex nunca me preguntó el porqué de mi elección. Siempre había evitado escucharme.

Se hubo limitado a dejarme a un lado, sin darme la oportunidad de explicarme.

—Ya no estoy segura de que sea una buena idea. —Me encontré diciendo.

—Lo es, créeme. Se la daré personalmente.

Envidiaba su tono alegre. Quién sabe si ella también había experimentado momentos difíciles en su vida.

—¡Oh, Tanjia, hay una persona aquí que quiere saludarte!

Tan pronto como escuché la voz de Ysabel, fue como un rayo de sol en un día de invierno.

Hablé con ella unos minutos, nos despedimos con la promesa de que nos veríamos al día siguiente.

Tenía la sensación de que tarde o temprano las cosas se solucionarían.

¡Si! Todo encajaría en su lugar.

Después de todo, si Juliano no me había matado, ¿quién más podría hacerlo?

Capítulo 36

Alexander

Me había llevado unos días acostumbrarme al ruido del tráfico de Nueva York, a todas las personas que llenaban las aceras y las bocinas que sonaban en las calles.

Incluso acostumbrarme a mi ático había sido difícil.

Fueron suficientes diez días en playa el Paraíso para recordar cuánto amaba mi tierra.

Qué importante era para mí todavía.

Les había prometido a mis padres que volvería, que no pasarían doce años para volver a verlos, pero era más probable que enviara un jet privado a recogerlos.

Aquel viaje me había costado un millón de dólares, pero me lo había devuelto mi hija, el dinero no era nada comparado con la importancia de tenerla conmigo.

Agarré el teléfono de la mesita de noche, eran más de las once, pero era domingo por la mañana y a pesar de ser un adicto al trabajo, aquella mañana había decidido quedarme a dormir.

También porque no estaba solo.

Me volví hacia el otro lado de la cama. Una cascada de cabello negro cubría la almohada junto a la mía.

Miré a la mujer con la que había pasado la noche y lo único que sentí fue molestia.

Quería que se fuera y no porque no hubiera sido lo suficientemente buena o mereciera ser echada de mala manera, sino porque lo que habíamos hecho no tenía sentido. No había experimentado nada más que un corto orgasmo.

Estaba cansado de pasar de una mujer a otra.

Cansado de mentir sobre el hecho de que volvería a llamarlas.

Cansado de no sentir nada.

Los párpados de mi anfitrión se abrieron, mostrándome dos ojos de cervatillo.

—Buenos días. —Sonrió estirándose entre mis sábanas.

Seguí mirándola y lo que mi mente me mostró era justo lo que no quería ver:

Ondas rubias.

Ojos violetas.

Un cuerpo que envidiaría cualquier mujer.

La molestia agrandó. Aumentó cuando la muchacha, cuyo nombre ni siquiera recordaba, pasó su mano sobre mis pectorales tatuados.

—¿Tienen un significado? —murmuró besándome en el pecho, justo ahí, donde se escondía la cruz.

La esquivé. Estaba rompiendo algo. Estaba entrando en mi mundo. Un mundo que no le pertenecía.

Aparté su mano y su mirada pasó de lujuriosa a molesta.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó apoyándose en un codo.

Un pecho próspero se deslizó de las sábanas de seda, en otro momento habría aceptado esa invitación silenciosa. Pero aquel momento ya no existía.

—Te llamaré un taxi. Puedes usar el baño de visitas si quieres. —Salí de la cama, me puse calzoncillos, pantalones de chándal, agarré el teléfono y salí de la habitación.

Cuando estaba solo, llamé a Melinda para averiguar sobre Ysa que se había quedado a dormir

con ella.

—Está bien. Durmió toda la noche y ahora juega con Daniel. ¿Vienes a almorzar? Cocina italiana.

—Puedes asegurarlo.

Antes de llegar a Nueva York, Melinda había vivido en Roma, era una cocinera excepcional y nunca hubiera renunciado a su invitación.

—Alex, hay una carta para ti, la puse debajo de la puerta. Por favor léela. —Colgó sin dejarme responder.

Me apresuré a agacharme y vi un sobre blanco en el suelo. Estaba sucio con huellas de zapatos, lo había pisado y no me había dado cuenta.

Leí la dirección y cuando entendí de dónde venía, me sentí abrumado por una nueva sensación.

Quizás alivio por tener noticias tuyas. O tormento, porque no quería aquellas noticias.

La llevé a la cocina y la miré durante el mismo tiempo que llevó tomarme una taza de café.

A la Mierda.

Habían pasado tres meses.

Noventa días en los que había ignorado la existencia de Tanjia.

En los que me impuse no pensar en ella.

Aun así, mi esfuerzo no fue suficiente.

¿Quería que pagara por lo que me hizo?

Sí, por cojones.

Ya lo estaba pagando. No tenía a su hija y este era el peor castigo.

Pero una parte de mí quería la verdad. Entender por qué demonios lo hizo.

Al final decidí abrirla. Decidí que estaba preparado. Estaba preparado para aceptar todo lo que tenía que decirme.

Hola Alex,

si estás leyendo estas líneas significa que estás dispuesto a saber la verdad.

Es una historia larga, demasiado para describirla en estas hojas, y no quiero que la dejes a medias, así que iré directo al grano.

Mi padre, nuestro padre, el hombre que mi hermana amaba más de lo que merecía, un día decidió arruinar su vida. Para destruir la felicidad por la que ella había luchado construir contigo.

Desde el principio pensó que vuestra historia estaba destinada al fracaso. Una chica rica nunca se casaría con un mecánico. Luego llegaron las noticias del embarazo. Un rayo en un día sereno para la familia Méndez, una realidad demasiado incómoda para ser aceptada. Entonces nuestro padre decidió usar a su hija en sus turbios asuntos y deshacerse del bebé.

Tu no sabías lo que mi padre estaba haciendo.

Bueno, estuvo involucrado en muchas maniobras ilegales, incluyendo el pago de familias ricas que no podían tener hijos para obtener uno, arrebatándolos de los brazos de las madres más pobres.

Este era también el destino de Felicity.

El destino de vuestra hija.

Pero él no me había previsto a mí. Yo me había enterado. Había descubierto sus planes y los saboté.

Conocí a Juliano y le hice una propuesta. Yo por ella. Primero dudó y luego, cuando aumenté la oferta, lo aceptó. Felicity se habría quedado con vosotros.

Entonces Ysabel murió y no podía arriesgarme a que la niña se fuera con otras personas, así que me quedé con ella y con todas las consecuencias que vinieron.

¿Por qué lo hice?

Porque la amaba.

Porque amaba a mi hermana y porque te amaba a ti.

Mucho.

Demasiado para aceptarlo.

Le salvé la vida poniendo en riesgo la mía, y lo volvería a hacer.

Sacrifiqué a mi familia por ella.

Cuidar de ella, porque eso era lo que me quedaba de vosotros.

Ysabel sabe quién eres. Siempre lo supo. Desearía que te hubiera buscado algún día cuando Juliano ya no fuera un problema. Cuando tuviera la edad suficiente para dejar sola México.

Le conté todo sobre vosotros, sobre mí.

Sabe quién es su madre y quién es su padre.

Sólo quería que no se perdiera.

Sólo quería salvarla.

Lo siento si has sufrido.

Lamento no haber podido buscarte y decirte la verdad, pero mis fuerzas se concentraron en Ysabel y, sobre todo, en defendernos de Juliano.

Esta es toda la verdad.

Esto es todo lo que le diré, porque contarte doce años en una carta sería imposible, pero si quieres, puedo hacerlo en persona.

Podremos poner un punto y comenzar de nuevo.

Juntos.

Tè amo Alex.

Siempre te he amado desde la primera vez que me viste en la piscina y la única forma en que tuve para demostrártelo era protegiendo a tu hija.

Tan.

Terminé de leer.

Cerré la carta, la arrugué y la tiré contra la pared.

¡Mierda!

Capítulo 37

Tanjia

Había decidido comenzar a practicar en el jardín de mi abuela. La casa donde vivía estaba ubicada en el mismo vecindario donde vivieron mis padres, en una de las zonas más ricas y prósperas de Ciudad de México. Cada jardín estaba perfectamente cuidado y organizado, al igual que el de mi abuela, pero quería que hubiera un toque de clase, al igual que ella.

Seguí admirando el borrador del dibujo que tenía en mis manos en busca de ideas aún más originales. El sol brillaba en el cielo azul, el verano estaba a las puertas y aunque los momentos tristes eran más que los felices, comenzaba a sentirme bien.

Sujeté los dibujos con la boca y me até el cabello en una cola para evitar sudar.

Estaba completamente concentrada en mi trabajo y apenas me di cuenta de que algo húmedo y pegajoso rozaba mi pierna desnuda.

—¿Dark? —No creí lo que veían mis ojos. No podía ser el perro de Alex. Habían pasado más de veinte días desde que Melinda le había entregado la carta y sinceramente, pensé que ni siquiera la hubiera leído.

Sin embargo, era él. Era el perro de Alexander realmente.

Me reí cuando saltó sobre mí y colocó sus pesadas patas en mis caderas.

—Pero ¿qué haces aquí? —Le acaricié la cabeza y me detuve al tiempo que me daba cuenta de que no podía haber llegado él solo.

Empecé a mirar alrededor. Nunca había sentido mi corazón latir tan fuerte, así como nunca había sentido tanta adrenalina pasando por mi cuerpo.

Sabía que él también estaba allí... ellos.

—¡Momy!

La alegría explotó en mi pecho cuando vi a Ysabel corriendo hacia mí.

No lo estaba imaginando, era cierto, sus manos rodearon mi cuello y podía abrazarla.

—Estás aquí. —Ya no pude contener mis sentimientos. No podía dejar de llorar.

—Me faltaste mucho. —Sus lágrimas mojaron mis mejillas.

—Tú también —susurré en su oído.

Me había inclinado a su altura al mismo tiempo que se arrojó a mis brazos y fue cuando me separé de ella y me puse de pie que le vi.

Estaba a unos pasos de mí.

Alexander tenía las manos en los bolsillos de sus jeans, las gafas de sol lo hacían aún más guapo y la ajustada camiseta mostraba lo musculoso que era.

Un calor que ciertamente no dependía del sol cruzó cada parte de mi cuerpo.

—Ve con tu abuela. Se alegrará de verte —dije a Ysabel, pero seguí mirando a Alexander.

Él permaneció inmóvil, fui yo quien se acercó a él.

Acorté las distancias. Hubo demasiada y ahora tenía que acortarla.

Quería que mi sueño se hiciera realidad.

Quería que me dijera que había vuelto por mí.

Que comenzaríamos de nuevo juntos.

Quería todas esas cosas y más.

—¿Me la trajiste?

—No. —Alexander se quitó las gafas y me clavó con la mirada. —Ella me pertenece —anunció caminando a unos pasos de mí.

—¿Entonces, porque estás aquí? ¿Qué significa eso?

Me tomó la barbilla en sus manos.

—Vinimos a buscarte porque tú nos perteneces. —Su aliento tocó mis labios. Su boca se apoderó de la mía. El lápiz y el papel cayeron al suelo y mis brazos se apretaron alrededor de su cuello.

De repente, lo que comenzó como la peor pesadilla se había convertido en un hermoso sueño.

Un sueño hecho realidad.

Una realidad que me había devuelto a la vida.

Epílogo

Alexander

Entré en ella a cada momento del día. Cada vez que tenía la oportunidad, lo tomaba todo y dejaba que ella lo tomara todo.

Ella se había convertido en mi todo.

Empujé aún más profundo. Dejé que sus uñas se pegaran a mi carne, me rasgaran, se aferran a mí de la misma manera que me aferraba a ella cada vez que hacíamos el amor.

Me había hecho una promesa a mí mismo y a ella.

No más moretones.

No más violencia.

No más sufrimiento.

Sólo amor.

Habría venerado su cuerpo y protegido su corazón a costa de mi vida.

Aquel amor que nos arrancaron muchos años antes.

Aquel amor que le había faltado y del que me habían privado.

Le acaricié la parte interna del muslo, llegando hasta su parte más sensible.

—Oh, Dios. ¡Alex!

La besé quitándole el aliento y dándole el mío.

Después de todo, se lo debía. Desde que regresó a mi vida, ella me lo había devuelto.

—Quiero un hijo tuyo, Tan. Quiero un niño que podamos criar juntos —susurré cerca de sus labios.

Tanjia continuó gimiendo y cuando asumió mis palabras sus ojos violetas se abrieron.

Me congelé, mi polla aún dentro de ella protestó.

—Alex... yo...

Mordí su labio inferior y comencé a moverme de nuevo.

—Hay muchas maneras de ser padres y encontraremos la nuestra, pero empezaremos por hacer que te conviertas en mi esposa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, sus manos bajaron para acariciar mi pecho, trazaron los límites de mis tatuajes.

Observé aquel gesto, todavía quedaba espacio en mi piel, en mi pecho.

En mi corazón.

En mi vida.

Fin

Agradecimientos

Si habéis llegado hasta aquí es porque habéis leído el libro entero, espero que os haya gustado y os agradezco de corazón por haberme dedicado vuestro tiempo.

Gracias a Gioia De Bonis porque a través de ella he tenido la posibilidad de traducir "Ella me pertenece" en español

[Mi gran agradecimiento a Laura de ElleBi translations, gracias a Anna Russo que arregló las páginas para mí y gracias a Elayne por el mantenimiento de la página de Facebook en Español. Gracias a Nory Graphic por la realización de la maravillosa portada. Gracias a todas las lectoras, sin vosotras nada sería lo mismo. Hasta pronto.

Lia

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)